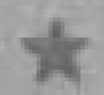


IMPERIO EN DECLIVE



"MUNDO PROHIBIDO"

MURRAY LEINSTER



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



Mundo prohibido

Sobrecubierta

None
Tags: General Interest







MURRAY LEINSTER

NOVELA DE CIENCIA - FICCION

Murray Leinster
Mundo prohibido

EL MIEDO TRIPULA LOS COHETES

El Servicio Médico Interestelar era casi la única organización galáctica superviviente que respetaba a cada uno de los cientos de planetas habitados. Pero cuando este servicio irrumpió en el Sector Estelar Doce, se originó una situación peligrosísima.

Cuando Calhoun sacó su navío médico de la velocidad llamada superimpulsión cerca de Weald, planeta de dicho sector, no podía ni imaginar siquiera los riesgos que iba a correr. Pero la crisis le alcanzó como la onda expansiva de una bomba, en el mismísimo instante en que solicitó coordenadas para el aterrizaje:

–¡Contaminación! ¡Movilización general! ¡Alerta! ¡Mueran los pieles-azules! – así, con estas frases le saludaron.

Y empezó a parecer todo un caso de nerviosismo cósmico que sólo la más drástica cirugía orbital podría curar.

El pequeño navío médico salió de la superimpulsión y las estrellas parecieron desconocidas, y la Vía Láctea pareció poco familiar. Lo que, claro, tenía su origen en que la Vía Láctea y los puntos de referencia de las Cefeidas se veían desde un ángulo desacostumbrado, y todavía uno no estaba habituado a precisar la variación de magnitudes.

Pero Calhoun gruñó satisfecho. Habían partido bien del aeropuerto, lo que era agradable. Un salto a no más de sesenta horas luz del destino propio no era nada malo, en un sector extraño de la Galaxia y después de tres años luz de viajar a ciegas.

–¡Despierta y levántate, Murgatroyd! – dijo Calhoun-. Péinate las patillas. ¡Prepárate para asombrar a los nativos!

–¡Jiiii! – contestó una voz aguda, pequeña, soñolienta.

Murgatroyd, el tormal, salió arrastrándose del agujero que constituía su cubil. Miró parpadeando a Calhoun.

–No tardaremos en aterrizar -observó Calhoun-. Tú impresionarás a los habitantes locales. Me haría impopular entonces. De acuerdo con los archivos, no ha habido inspección médica desde hace doce años estándar. Y prácticamente no fue especial de ninguna clase, a juzgar por el informe.

–¡Jiii-jiii! – contestó Murgatroyd.

Comenzó su aseo personal: primero se lamió las patillas de la derecha y luego las de la izquierda. Luego se puso en pie, se sacudió y miró interesado a Calhoun. Los tormales son pequeños y sociables animalitos. Se muestran encantados cuando alguien les habla. Encuentran una gran y profunda satisfacción en imitar las acciones de los humanos, como los periquitos y loros imitan las palabras. Pero los tormales tienen ciertos talentos valiosos transmitidos genéticamente que los hacen mucho más apreciados que las meras mascotas.

Calhoun leyó el indicador de distancias con referencia al Sol. No

podía ser una medida exacta, pero serviría de guía.

–¡Prepárate para lo que venga, Murgatroyd! -dijo.

Murgatroyd le miraba. Vio que Calhoun hacía ciertos gestos que presagiaban disconformidad. Apresuradamente se volvió a meter en su cubil. Calhoun dio al conmutador de superimpulsión y el navío médico entró en aquel estado especial en el que son posibles velocidades de cientos de veces mayores que la luz. La sensación de marchar en superimpulsión era desagradable. Un momento más tarde, la sensación de salir de ella no lo fue menos. Calhoun las había experimentado varias veces y seguían sin gustarle.

El sol de Weald brillaba enorme y terrible en el espacio. Ahora estaba cerca. Su disco cubría medio grado de arco.

–Estupendo -observó Calhoun-. Weald Tres es nuestra meta, Murgatroyd. El plano de la eclíptica sería… Hum…

Giró el telescopio electrónico exterior, lo apuntó a un objeto cercano y brillante, aumentó su imagen para mostrar los detalles y los comprobó con la estrella piloto local. Calculó durante un momento. La distancia era demasiado corta para un salto de superimpulsión, pero llevaría demasiado tiempo llegar en marcha ordinaria al sistema solar.

Bajó el botón del comunicador y habló por el micrófono.

–Navío médico *Aesclipus Veinte* informa de su llegada y pide coordenadas para el aterrizaje -dijo con con indiferencia-. El propósito de la visita es una inspección sanitaria interplanetaria. Nuestra masa es de cincuenta toneladas estándar. Llegaremos a posición de aterrizaje en unas cuatro horas. Repito: navío médico *Aesclipus Veinte*…

Acabó la segunda transmisión y se hizo café mientras esperaba la respuesta. Murgatroyd salió para tomar también una taza; adoraba el café. A los pocos segundos tenía una tacita en su pata pequeña y peluda y tomaba plácidamente el líquido caliente. Una voz salió del comunicador:

–*Aesclipus Veinte*, repita su identificación.

Calhoun se dirigió al tablero de control.

–*Aesclipus Veinte* -dijo con paciencia-, navío médico, enviado por el Servicio Médico Interestelar para hacer una inspección sanitaria en Weald. Compruebe con sus autoridades sanitarias. Ésta es la primera visita de un navío médico en doce años estándar, creo… lo que es inexcusable. Pero sus autoridades sanitarias estarán enteradas. Compruébelo con ellas.

La voz dijo con truculencia:

–¿Cuál fue su último puerto?

Calhoun lo nombró. Aquél no era su sector habitual, pero el Sector Doce estaba temporalmente en una malísima situación. Algunos de sus planetas no habían recibido visita durante lo menos veinte años, y el

que hubieran transcurrido doce entre las inspecciones era cosa corriente y ordinaria. Otros sectores habían tenido que acudir en ayuda del Sector Doce.

Calhoun era uno de los hombres del Servicio Médico prestados al Sector Doce, y a causa de la emergencia había recibido una lista de media docena de planetas para inspeccionar uno tras otro, en vez de regresar al cuartel general del Sector e informar después de cada visita. Había tenido ya antes dificultades de índole menor con los operadores de aterrizaje del Sector Doce.

Por eso se mostró muy paciente. Nombró el planeta últimamente inspeccionado, aquel del que había partido hacia Weald Tres. La voz del comunicador contestó agudamente:

–¿Qué otro puerto antes que ése?

Calhoun nombró el antepenúltimo.

–¡No se acerque más! – dijo la voz con aspereza-. ¡Si se acerca será destruido!

–Escuche, mi asustado amigo -dijo Calhoun con frialdad-. Soy del Servicio Médico Interestelar. ¡Póngase en contacto con las autoridades y servicios de su planeta inmediatamente! ¡Le recuerdo el Tratado de Inspección Médica Interestelar, firmado en Tralor, hace doscientos cuarenta años estándar. Recuérdeles que si no cooperan con la inspección médica colocaré su planeta en cuarentena y todo comercio espacial quedará suprimido. Ningún navío saldrá para Weald desde cualquier otro planeta de la Galaxia hasta que haya habido inspección sanitaria. Las cosas han ido ya demasiado lejos en lo que se refiere al servicio médico de este sector, pero yo estoy decidido a obrar según los reglamentos. ¡Les estoy pidiendo las coordenadas! Les doy veinte minutos para que lo aclaren todo; luego entraré y si no me permiten aterrizar, ¡ordenaré la cuarentena! Repítales lo que acabo de decir a sus autoridades sanitarias.

Silencio. Calhoun cortó el interruptor y se sirvió otra taza de café. Murgatroyd entregó su vasija para que se la volviera a llenar. Calhoun lo hizo.

–Me sabe mal hacer uso de mi autoridad, Murgatroyd -dijo enojado-. Pero hay personas que lo necesitan. El reglamento dice que no hagamos uso de los galones mientras sea posible, pero cuando no haya más remedio, la autoridad debe enterarse.

–¡Jiii! – dijo Murgatroyd y se tomó su tacita de café.

Calhoun comprobó el curso de su navío médico. Navegaba a través del espacio. Del comunicador salían ruiditos. Se oían susurros y murmullos y ocasionalmente retazos de una hermosa música cuyo origen era todavía oscuro pero que, puesto que se veía transportada por radiación electromagnética de diversas longitudes de onda, no era la música de las esferas celestes.

Durante quince minutos nada diferente salió del altavoz.

–¡Navío médico *Aesclipus*! ¡Navío médico *Aesclipus*! – Calhoun respondió, y la voz dijo con ansiedad-: Siento la impertinencia, pero siempre tenemos problemas en nuestras relaciones. ¡Debemos ser cuidadosos en extremo! ¿Quiere usted entrar, por favor?

–Voy de camino -contestó Calhoun.

–Las autoridades sanitarias del planeta se muestran ansiosas de cooperar -dijo la voz, todavía más ansiosa-. ¡Necesitamos ayuda del Servicio Médico! Hemos perdido muchas horas de sueño por causa de la «piel azulada». ¿Podría decirnos el nombre del último navío médico que aterrizó aquí y su inspector, y cuándo fue hecha tal inspección? Queremos mirar el registro del acontecimiento para ser capaces de ayudarle por todos los medios y caminos que sean posibles.

–Miente -dijo Calhoun a Murgatroyd-, pero está más asustado que hostil.

Cogió el folio correspondiente a Weal Tres. Dio información acerca de la última visita del navío médico.

–¿Qué es esa «piel azulada»? – preguntó.

Había leído el folio sobre Weald, claro, pero mientras el navío avanzaba a través del espacio lo releyó de nuevo. La última inspección médica había sido sólo protocolaria. Doce años antes, un navío médico aterrizó en Weald Tres. Hubieron conferencias oficiales con las autoridades sanitarias. Se hizo un informe oficial de compromiso: los nacimientos corrientes, las muertes corrientes, las anomalías corrientes y una relación de todas las enfermedades propias del planeta. Pero eso fue todo. No habían comentarios especiales, ni una imagen global. Al poco, Calhoun encontró una palabra en un diccionario del sector, en donde se hallaban solamente las palabras de uso local:

Piel-azul: Término coloquial para una persona que ha curado de una enfermedad que deja grandes retazos de pigmento azul irregularmente distribuidos por el cuerpo. Especialmente, los habitantes de Dará padecen de tal mal. Se dice que esa condición es causada por una epidemia, crónica pero no mortal, de Dará, y hasta se ha comentado que no es contagiosa, aunque este último punto no puede tenerse por cierto. La etiología de la epidemia de Dará todavía no ha sido descubierta. La condición de «piel-azul» es hereditaria, pero no es una modificación genética, puesto que no aparecen señales en las distribuciones no mendelianas.

Calhoun se quedó turbado pensando en aquello. Nadie podía haber leído el directorio del Sector completo, ni siquiera en las ilimitadas holganzas de los viajes entre sistemas solares. Calhoun no lo había intentado. Pero ahora se puso laboriosamente a consultar los índices y las referencias mientras la nave seguía su marcha hacia adelante.

No encontró ninguna alusión a la «piel-azul». Miró a Dará. Estaba registrado como planeta, habitado, con sólo cuatrocientos años de colonización, pista de aterrizaje y, cuando fue redactada la nota, un comercio interestelar floreciente. Pero había una noticia, añadida evidentemente al asiento para su corrección en posteriores ediciones: «Desde la plaga o epidemia, se requiere para aterrizar permiso especial del Servicio Médico». Eso era todo. Absolutamente todo.

El comunicador dijo suavemente:

–Navío médico *Aesclipus Veinte*, entre en visión, por favor.

Calhoun se dirigió al tablero de control y conmutó la visión.

–Bueno, ¿qué hay ahora? – preguntó.

Su pantalla se iluminó. Un rostro inexpresivo le miró desde ella.

–Hemos, hum… comprobado sus afirmaciones -dijo la tercera voz desde Weald-. Sólo hay una cosa más. ¿Viaja usted sólo en la nave?

–Claro -dijo Calhoun frunciendo el ceño.

–¿Enteramente solo? – insistió la voz.

–Pues claro -repitió Calhoun.

–¿Ninguna otra criatura viviente? – volvió a preguntar de nuevo la voz.

–Pues… ¡oh! – exclamó Calhoun molesto, y llamó por encima de su hombro-. ¡Murgatroyd! ¡Ven aquí!

Murgatroyd saltó a su regazo y miró interesado la pantalla. El rostro inexpresivo cambió perceptiblemente. La voz lo hizo todavía más.

–¡Muy bueno! – dijo-. ¡Muy, pero que muy bueno! Los pieles-azules no tienen tormales… ¡Es usted del Servicio Médico! Entre lo antes posible; sus coordenadas serán…

Calhoun las anotó. Cortó el interruptor del comunicador y miró a Murgatroyd gruñendo.

–¿De modo que podía haber sido un piel-azul, eh? ¡Y tú eres mi pasaporte, porque sólo los navíos médicos tienen a bordo miembros de tu tribu! ¿Qué diablos ocurrirá, Murgatroyd? Actúan como si temieran que alguien trata de bajar a su planeta con un cargamento de microbios perniciosos…

Estuvo varios minutos gruñendo para sí que la vida de un miembro del Servicio Médico no es exactamente una sinecura. Significa largos períodos en el espacio vacío marchando a superimpulsión, lo que es absoluta y mortalmente aburrido. Luego dos o tres días en tierra, comprobando documentos oficiales y estadísticas, formulando preguntas para ver cuántas de las últimas técnicas médicas han llegado a aquel planeta o a otro, y suministrando información acerca de lo que todavía no ha llegado.

Luego salir al espacio durante otros largos períodos de aburrimiento, para repetir el proceso en cualquier otra parte. Los

navíos médicos transportan sólo a un hombre, porque dos no soportarían el estrecho contacto sin pelearse mutuamente. Pero sí llevan tormales, como Murgatroyd, y un tormal y un hombre pueden llevarse bien indefinidamente, como un ser humano y un perro. Es una amistad muy desigual, pero parece satisfactoria para ambos.

Calhoun estaba muy enojado con el modo en que el Servicio Médico estaba operando en el Sector Doce. Era él uno de los muchos hombres que trabajaban para corregir los resultados de la incompetencia en la dirección de dicho servicio dentro de la zona. Pero es siempre descorazonador tener que trabajar enmendando las torpezas ajenas, cuando hay mucho trabajo nuevo que necesita ser hecho.

La condición demostrada por los recelos del puesto del control de aterrizajes era un caso más. Los pieles-azules eran personas que heredaban una pigmentación de la piel de unos antecesores que habían sobrevivido a la epidemia. Weald con toda evidencia mantenía una cuarentena individual contra tales pieles-azules. Pero la cuarentena es por regla general una medida de emergencia. El Servicio Médico debería haber borrado la necesidad de tal cuarentena, y después, cuando no hubiese ya que temer por la seguridad sanitaria, la debía haber levantado. Sin embargo, no se había hecho así.

Calhoun estaba furioso.

El mundo de Weald Tres se hacía más brillante, convirtiéndose en un disco. El disco tenía casquetes de hielo y una proporción razonable de tierra y agua en su superficie. La nave frenó, las voces notificaron las observaciones hechas desde la superficie y el pequeño navío llegó hasta detenerse a cinco diámetros planetarios del terreno firme. Las fuerzas del campo de aterrizaje entraron entonces en funciones, apoderándose de él y haciéndole comenzar el lento descenso.

El trámite del aterrizaje era muy familiar, desde el azulado borde que aparecía en los confines del planeta a la distancia de un diámetro, hasta el singular resplandor de las características superficiales cuando el navío se hundía todavía más abajo. Allí podía verse la pista circular de aterrizaje y la torre de control, extendiéndose a una altura de casi una milla en el cielo. Eso permitía que aterrizaran los navíos comerciales interestelares desde el vacío y que luego remontasen su vuelo hacia el vacío otra vez, con un gran ahorro para todos.

El navío médico aterrizó en el centro y los oficiales salieron para saludar a Calhoun, quien vio por anticipado que comenzaba la parte rutinaria de su visita. Se celebraría una entrevista con el jefe ejecutivo del planeta, llevara el título que llevase. Habría un banquete. Murgatroyd se vería mimado por doquier. Se desarrollarían penosos esfuerzos para impresionar a Calhoun con la conducta espléndida de los encargados de la salud pública en Weald. Despertaría mucho

alboroto.

Podrían incluso encontrar en alguna parte a un hombre que trabajase apasionadamente para mejorar el nivel de vida de sus compañeros, descubriendo cómo conservarles sanos o, al fracasar en eso, cómo devolverles la salud cuando caían enfermos. Y al cabo de dos días, o tres, acompañarían a Calhoun hasta la pista de aterrizaje y le verían partir hacia el espacio, y él pasaría largos y vacíos días bajo la superimpulsión, y luego aterrizaría en cualquier otro lugar para repetir de nuevo la serie de operaciones.

Todo ocurrió exactamente como se esperaba, con una excepción. Cada ser humano que conoció en Weald deseaba hablar acerca de los pieles-azules. Los pieles-azules y la idea de la enfermedad obsesionaban a todos. Calhoun escuchaba sin formular preguntas, hasta que tuvo el concepto de lo que aquellas pieles-azules significaban para las personas que de ellas hablaban. Entonces se dio cuenta de que sería inútil hacer preguntas al azar.

Nadie mencionó siquiera haber visto a un piel-azul. Nadie mencionó un caso específico en el que un piel-azul hubiese tomado parte, fuera en el tiempo que fuese. Pero todo el mundo tenía miedo de los pieles-azules. Era una idea obsesiva, fija, inculcada, dirigida. Y encontraba en las sorprendentes referencias a la vileza, a la depravación, a la monstruosidad de los habitantes pieles-azules de Dará, la expresión de los peligros de que Weald debía ser protegido a toda costa.

Eso no tenía ningún sentido. Por lo tanto, Calhoun escuchó educadamente hasta que descubrió a un médico que deseaba informes especiales acerca de la selección genética tal y como se practicaba en otras zonas de la Galaxia. Invitó a aquel hombre a que visitase su navío médico, donde le suministró una información no asequible para cualquiera. Vio cómo los ojos de su invitado brillaron un poco, con esa alegría ávida que el hombre siente cuando descubre algo que ansiaba conocer.

–Ahora bien -dijo Calhoun al terminar su explicación-, ¿querría usted decirme algo? ¿Por qué todos en este planeta odian a los habitantes de Dará? Está a muchos años luz de distancia. Nadie se queja de haber sufrido personalmente a causa de ellos. ¿Por qué ese odio concentrado?

El médico wealdiano se puso serio.

–Tienen manchas azules en sus pieles, y son distintos de nosotros. Por lo tanto, se les imagina como un peligro, y nuestros partidos políticos toman como base de sus propagandas electorales el competir por el privilegio de defendernos de ellos. Una vez hubo una epidemia en Dará; les acusan de tenerla dispuesta y latente para la exportación.

–Hum -exclamó Calhoun-. Dicen, seguramente, que quieren

extender el contagio aquí, ¿eh? ¿Y nadie ha dicho aún que si se les matara se haría con ellos un acto de piedad? – preguntó, con tono sardónico.

–Oh, sí -admitió el doctor de mala gana-. Se dice algo de eso en los discursos políticos.

–Pero ¿cómo lo razonan lógicamente? – preguntó Calhoun-. ¿En qué argumento se basan para decir que las manchas de pigmentación entrañan degradación moral y física, como me aseguraron que ése es el caso?

–En los colegios públicos -contestó el médico- se enseña a los niños que los pieles-azules son ahora portadores de la enfermedad a la que sobrevivieron… ¡hace tres generaciones! Que ellos odian a todo aquel que no es piel-azul. Que están constantemente intrigando para introducir su plaga aquí para que la mayor parte de nosotros muera, y el resto se convierta en hombres manchados como ellos. Eso está mucho más allá de la lógica. No puede ser cierto, pero… no es saludable dudar de ello.

–Mal asunto -exclamó Calhoun fríamente-. Esta clase de cosas al final cuestan vidas humanas. ¡Podría conducir hasta a una matanza!

–Quizá sí, en cierto modo -dijo el médico con desaliento-. A uno no le gusta pensar en tales términos. – Se detuvo-. Hace veinte años hubo hambre en Dará. Se perdieron las cosechas. La situación debió de haber sido tan mala que les obligó a construir una nave espacial. Normalmente no suelen hacer tales cosas, porque no hay ningún planeta cercano capaz de comerciar con ellos o permitirles aterrizar. Pero construyeron una nave espacial y vinieron aquí. Entraron en órbita en torno a Weald. Quisieron comprar alimentos. Ofrecieron su precio en metales pesados… oro, platino, iridio, etc. Hablaron desde la órbita por los comunicadores de visión. Se vio la piel azul que ellos tienen. ¡Imagínese lo que ocurrió!

–Cuéntemelo -dijo Calhoun.

–Armamos navíos a toda prisa -admitió el doctor-. Dimos caza a la nave espacial hasta Dará. Nos quedamos fijos en el espacio lejos del planeta. Les dijimos que destruiríamos su mundo de polo a polo si se atrevían otra vez a navegar por el vacío. Les hicimos destruir su única nave y nos cercioramos, contemplándolo por las pantallas, de que en realidad la destruían.

–Pero… ¿les dieron alimentos?

–No -contestó el doctor, avergonzado-. Eran pieles-azules.

–¿Fue muy grave el hambre que pasaron?

–¿Quién lo sabe? ¡Pudieron morir a millares! Y nosotros conservamos un pelotón de naves armadas volando sobre sus cielos durante años…, para evitar que extendiesen la plaga, eso dijimos. ¡Y muchos de nosotros lo creímos!

El tono del doctor era de la más pura ironía.

–Últimamente -dijo-, ha habido un movimiento en pro de la economía por parte de nuestro Gobierno. Casi al mismo tiempo comenzamos a tener una serie de abundantes cosechas. Las autoridades tuvieron que comprar el exceso de grano para mantener los precios altos. Los navíos de patrulla retirados, que habían sido construidos para vigilar Dará, fueron preparados como almacenes espaciales. Los llenamos de grano y los pusimos en órbita. Hay ahora cientos de miles de millones de toneladas de grano girando en el espacio.

–¿Y Dará?

El doctor se encogió de hombros. Y se puso de pie.

–Nuestro odio a Dará ha producido una cosa -dijo de nuevo con ironía-. Apenas a mitad de camino entre aquí y Dará hay un sistema solar de dos planetas, Orede. En él hay un mundo utilizable. Se propuso construir un puesto avanzado de Weald en dicho mundo, siempre pensando contra los pieles-azules. Se desembarcó ganado para que corriese salvaje y se multiplicase, y fuera una razón para que los colonos se instalaran allí. Todo eso hicieron, pero ¡nadie quiere acercarse a los pieles-azules! Así que Orede permaneció deshabitado hasta que una expedición de caza, que trataba de disparar contra el ganado salvaje, encontró una rica veta de metal pesado. Ahora hay allí una mina. Y eso es todo. Unos pocos centenares de hombres trabajan la explotación minera con salarios fabulosos. Puede que le pidan que compruebe la salud de esos hombres, pero… no la de Dará.

–Comprendo -contestó Calhoun, frunciendo el ceño.

El doctor se movió hacia la puerta de salida del navío médico.

–He respondido a sus preguntas -dijo ceñudo-. Pero si hablase a alguien tal y como he hecho con usted, ¡tendría suerte si sólo me condenaran al destierro!

–No le traicionaré -contestó Calhoun. No sonrió siquiera.

Cuando se hubo ido el médico, Calhoun dijo, deliberadamente:

–Murgatroyd, debías estar contento por ser un tormal y no un hombre. ¡Siendo un tormal no tienes de qué avergonzarte!

Luego, muy serio, se puso el uniforme de gala del Servicio Médico. Iba a celebrarse un banquete en el cual se sentaría al lado del jefe ejecutivo del planeta, y escucharía innumerables discursos sobre el esplendor de Weald. Calhoun tenía su propia y estricta opinión, tipo Servicio Médico, de las conquistas últimas y más pregonadas de dicho planeta. Había una ciudad perfecta en las regiones polares, en donde nadie tenía que salir siquiera al exterior. Ése era el mayor progreso.

Sentía un entusiasmo menos que profesional acerca de las calles movibles, y mucho menos aprobaba las emisiones de radio que suministraban ritmos hipnóticos e inductores del sueño a cualquiera

que deseara escucharlas. El precio era que, mientras se dormía, uno oiría altas alabanzas de productos comerciales y creería en dichos productos cuando despertara. Pero no era función de Calhoun criticar cuando podía evitarlo. El Servicio Médico se las había arreglado mal en el Sector Doce; así que en el banquete Calhoun hizo una breve y diplomática alocución, en la que alabó templadamente lo que podía alabarse y no mencionó ninguna otra cosa.

Le siguió en el uso de la palabra el jefe ejecutivo. Como cabeza del Gobierno pagó su tributo al Servicio Médico. Pero luego recordó a sus oyentes con orgullo la alta cultura, la espléndida salud y la notable prosperidad del planeta desde que su partido político alcanzó el poder. Esto, dijo, a pesar de la idea de estar perpetuamente en guardia contra el mayor y más grande peligro inmediato que cualquier mundo en toda la Galaxia pudiera estar expuesto.

Se refería, claro, a los pieles-azules. No fue necesario que dijese al pueblo de Weald qué vigilancia, qué constante sentido de la alerta era necesario contra la raza de malévolos y depravados seres degenerados, para proteger al resto normal de la Humanidad. Pero Weald -lo dijo con emoción- mantenía alzada la antorcha de todo aquello que era más caro a la Humanidad, y defendía no sólo las vidas de su pueblo contra el contagio de los pieles-azules, sino la enorme herencia de ideales en oposición a la corrupción piel-azul.

Cuando se sentó, Calhoun dijo, con la. mayor educación:

–Parece como si algún día pudiera ser medida política práctica incitar a una matanza de todos los pieles-azules. ¿Ha pensado usted en eso?

–Se ha propuesto ya esa idea -dijo con tranquilidad el jefe ejecutivo-. Es buena norma política solicitarla, pero sería una locura llevarla a la práctica. La gente vota contra los pieles-azules. Si los hacemos desaparecer, ¿qué armas de propaganda tendríamos?

Calhoun rechinó los dientes… en silencio.

Hubieron más discursos. Luego un mensajero, pálido como la cera, llegó con una nota escrita para el jefe ejecutivo. La leyó y se la pasó a Calhoun. Era del Ministerio de Salud. El puerto espacial informaba que una nave acababa de romper la superimpulsión dentro del sistema solar wealdiano. Su trasmisor automático acababa de señalar su llegada diciendo que procedía del planeta minero Orede.

Pero, tras emitir su señal automática, la nave permaneció muerta en el espacio. No marchaba hacia Weald. No respondía a las llamadas. Derivaba como si no tuviese gobierno y ni siquiera rumbo en absoluto. Parecía ominosa, y puesto que venía de Orede, el planeta más próximo a Dará, el de los pieles-azules, el Ministerio de Salud informaba al jefe ejecutivo del planeta.

–Serán los pieles-azules -dijo con firmeza el astuto gobernante-.

Son vecinos de Orede. Ellos son los que lo han hecho. ¡No me sorprendería que hubiesen contaminado a Orede con la epidemia, y que ese navío haya venido desde allí para avisarnos!

–No hay pruebas de ninguna cosa así -protestó Calhoun-. Un navío simplemente puede salir de superimpulsión y no emitir más señales. ¡Eso es todo!

–Lo veremos -contestó el jefe ejecutivo muy serio-. Vayamos al puerto espacial. Allí recibiremos las noticias nada más llegar, y podremos disponer nuestras órdenes según las últimas informaciones.

Tomó a Calhoun por el brazo.

–¡Murgatroyd! -gritó Calhoun con viveza.

Durante el banquete, Murgatroyd había estado jugueteando con las esposas de los altos funcionarios; normalmente estaban lo bastante hartas de sus maridos para no escuchar sus discursos oficiales. Le llevaron a Murgatroyd, con su pequeña panza distendida por los pasteles, el café y los dulces que le habían dado a comer. Estaba semicomatoso del hartazgo y del exceso de mimos, pero se alegró de ver a Calhoun.

Calhoun sostuvo a la pequeña criatura en sus brazos mientras el coche oficial terrestre corría por entre el tráfico, con sus sirenas pidiendo paso libre. Llegó al puerto espacial en donde las enormes columnas metálicas de la monstruosa base de encaje férreo se alzaban contra el cielo lleno de estrellas. El jefe ejecutivo dio grandes y magníficas zancadas para entrar en las oficinas del puerto espacial. No había noticias nuevas; la situación permanecía sin cambios.

Un navío de Orede había salido de superimpulsión y permanecía muerto en el vacío. No respondía a las llamadas. No se movía en el espacio. Flotaba errante sin ninguna órbita, sin ir a ninguna parte, sin hacer nada. Y la consecuencia era el pánico.

Le pareció a Calhoun que el manejo oficial del asunto buscaba que se acrecentase el terror general. La inexplicada porción de noticias estaba en el aire por todo el planeta de Weald. No había nadie despierto de entre toda la población de aquel mundo que no creyese que en el firmamento había un nuevo peligro. Nadie dudaba que proviniera de los pieles-azules. La forma de tratar las noticias estaba calculada con precisión para mantener vivo y constante el odio de Weald por los habitantes del mundo de Dará.

Calhoun colocó a Murgatroyd dentro del navío médico y volvió a la oficina del puerto espacial. Una pequeña nave espacial, diseñada para inspeccionar de vez en cuando los navíos graneros que circulaban en órbita, había partido ya. El rayo de aterrizaje la había impulsado rápidamente durante la mayor parte del camino. Ahora la soltaba y la dirigía con firmeza hacia el enigmático navío. Calhoun no tomó parte en las agitadas conferencias entre los oficiales y los periodistas que

habían acudido al puerto espacial, pero escuchó lo que se hablaba en su torno. Mientras la pequeña nave de investigación se acercaba al navío de carga mortalmente quieto, las deducciones acerca del significado de aquel hecho insólito y el consiguiente silencio se hicieron más y más frenéticas.

Pero, singularmente, no había la menor sugestión de que el misterio no fuese obra de los pieles-azules. Los pieles-azules eran la ola de escape para todos los temores y todas las intranquilidades que pudiese desarrollar un mundo supercivilizado.

A poco la nave investigadora llegó al navío misterioso y le dio la vuelta, emitiendo preguntas. Ninguna respuesta. Informó que la nave de carga estaba oscura. No había luces ni en el interior ni el exterior. No habían ni siquiera señales inductivas de que funcionasen sus máquinas. Decididamente, la nave mensajera maniobró hasta tocar al silencioso navío. Informó que los micrófonos no detectaban movimiento alguno dentro.

–Que entre un voluntario a bordo -ordenó el jefe ejecutivo-. Que informe de lo que descubra.

Una pausa. Luego el anuncio solemne del nombre de un intrépido voluntario, desde lejos, desde muy lejos. Calhoun escuchó sombrío, frunciendo el ceño. Aquel heroísmo pomposo no sería tomado en cuenta en el Servicio Médico; se le consideraría como un comportamiento rutinario.

Intriga, suspenso, informes al segundo. El voluntario había marchado en sus cohetes unipersonales por el vacío que separaba de nuevo a las dos naves. Había abierto la escotilla de aire desde el exterior. Había entrado. Había cerrado escotilla externa. Había encendido la linterna. Informaba…

El informe fue casi incoherente, como si el error y la incredulidad fueran los sentimientos dominantes del voluntario. El navío era un enorme transporte de mineral, diseñado para enlazar Orede y Weald con cargamentos de metal pesado y llevar una tripulación no mayor de cinco hombres. Ahora no llevaba ninguna carga, sin embargo.

En su lugar, había hombres. Llenaban el navío. Llenaban hasta los corredores. Estaban apiñados dentro de cada centímetro de espacio en donde un hombre pudiese hallar un lugar para meterse. Los había a cientos. Era una locura. Y había sido mayor locura todavía, porque la nave había partido con tan notoria carga de criaturas vivas.

Pero ya no había ninguna viva ahora. El equipo de abastecimiento de aire había sido diseñado para una tripulación de cinco personas. Podría purificar la atmósfera para veinte o más, pero había allí cientos de hombres escondidos y a plena vista dentro del navío de carga de Orede. Había muchos, muchísimos más de los que el aparato de aire y los tanques de reserva podían haber hecho respirar. Ni siquiera les

había sido posible comer durante el viaje de Orede a Weald.

Pero no habían muerto de hambre. La falta de aire les mató antes que la nave saliese de la superimpulsión.

Una cosa notable era que no había ningún mensaje escrito en el diario de a bordo que se refiriese a aquel despegue. No había memorándum que hablase y explicase cómo había subido a la nave un número imposible de pasajeros.

–Los pieles-azules lo hicieron -dijo el jefe ejecutivo de Weald. Estaba pálido. Todos los hombres en torno a Calhoun parecían enfermos y sorprendidos y aterrorizados-. ¡Fueron los pieles-azules! ¡Tendremos que darles una lección! – luego se volvió a Calhoun-. El voluntario que entró en esa nave… tendrá que quedarse allí, ¿verdad? No puede volver a Weald sin traer consigo la contaminación.

El jefe ejecutivo pronunció aquellas palabras con un aplomo y serenidad inauditos. Sugería la condena a muerte para el voluntario.

Calhoun le miró furioso.

II

Había cierta frialdad en los modales del personal del puerto espacial de Weald cuando a la mañana siguiente partió el navío médico. Calhoun no gozaba de popularidad, porque Weald estaba asustado. Había sido preparado para que se asustara con facilidad siempre que se tratara de algo relacionado con los pieles-azules. Sus niños eran adiestrados para reaccionar explosivamente a la sola mención de la frase piel-azul, y los adultos tendían a pronunciarla cuando algo les producía intranquilidad mental. Por tanto, en todo el ámbito del planeta se había formado un hábito de respuesta irracional, que no parecía serlo porque todos respondían de igual modo.

El voluntario que había descubierto la tragedia a bordo del navío de Orede estaba a salvo, sin embargo. Había efectuado una concienzuda inspección en la nave a la que entró voluntariamente. A no ser por Calhoun, su valor hubiera encontrado como recompensa la condena a muerte.

La reacción de sus conciudadanos era que al haber entrado en la nave podía estar en trance de contaminación de piel-azul, si es que todavía existían los gérmenes de la infección y si los tripulantes de la misma nave habían pillado la odiosa enfermedad -aunque con toda seguridad no habían muerto de dicho mal-, y si los pieles-azules eran responsables de la tragedia, lo que de momento era pura especulación. Pero Weald temía que el arriesgado voluntario pudiese llevar consigo la muerte a todo el planeta si se le permitía el regreso.

Calhoun le salvó la vida. Ordenó que el encargado de la entrada del navío abriera la escotilla permitiendo que entrara, luego de que habían llenado la esclusa con vapor y clorina desinfectantes. Tal combinación esterilizaría su traje espacial-e incluso se lo comería en

parte-, tras de lo que tanto la clorina como el vapor serían arrojados al espacio, dejando entrar a la esclusa aire del propio navío.

Si se quitaba el traje espacial sin tocar la superficie externa del mismo y se reintegraba a la nave investigadora mientras el traje era arrojado al vacío por un ayudante que se valiese de un largo palo para efectuar la operación, no habría posibilidad de que trajera consigo ningún germen contaminador. Calhoun tenía razón, pero Weald en general consideraba que había convencido al Gobierno para correr un riesgo irrazonable.

Había otras razones para no aprobar su conducta. Calhoun había sido desagradablemente franco. La llegada del navío de la muerte despertó el frenesí en aquellas personas que creían que exterminar a todos los pieles-azules sería un acto piadoso. Muchos de estos agitadores, conscientes o inconscientes, habían aparecido ante las cámaras de visión citando no sólo el caso de la nave de Orede, sino otros incidentes que interpretaban como crímenes contra Weald.

Exigían que todos los reactores wealdianos fueran modificados para que fabricaran materiales para la construcción y montaje de bombas de fisión, mientras que una flota espacial debía prepararse a emprender una cruzada contra los pieles-azules. Exigieron confiadamente que se dejara caer una lluvia de bombas nucleares sobre Dará para que no quedara ningún piel-azul, ni animal, ni partícula de vegetación, ni peces, aun en lo más profundo de los océanos; ni siquiera un solo virus viviente de la enfermedad piel-azul en aquel mundo de los pieles-azules.

Uno de aquellos oradores afirmó incluso que Calhoun, hablando en nombre del Servicio Médico, había dicho que ése era el único remedio posible. Y Calhoun, furioso, exigió ocasión para negar por radio tal afirmación. Cuando se la concedieron, pronunció un discurso difundido a todos los habitantes del planeta en el que los llamaba, con poca diplomacia, locos contumaces. Sí, eso les llamó.

Por tal motivo, cuando su navío partió de Weald, se había convertido en una persona harto impopular. Secamente comunicó que su próximo destino sería Orede, lugar de donde vino aquella nave de la muerte. El radiofaro de aterrizaje se puso en movimiento, operó en los controles de la nave y la condujo hacia el espacio desde el que Weald se veía como un gran globo brillante, para luego, desdeñosamente lanzarlo todavía más hacia afuera. El navío médico estaba libre, en el espacio abierto en donde no había ningún campo gravitatorio lo bastante fuerte como para dificultar la superimpulsión.

Calhoun puso rumbo a su destino, con el rostro sombrío.

–¡Prepárate, Murgatroyd! Vamos por la superimpulsión… -dijo, con aire salvaje.

Oprimió el botón correspondiente. El universo de estrellas

desapareció, mientras todo ser viviente en la nave experimentaba las sensaciones acostumbradas de torpeza, náuseas y de una caída en espiral hacia la nada. Luego, silencio.

El navío médico se movía a una velocidad mayor en varias veces a la de la luz, pero se le notaba absolutamente sólido, completamente firme y fijo. Una nave en superimpulsión se comporta exactamente como si estuviera enterrada por entero en el corazón de un planeta. No hay vibración. No hay signo de nada que no sea sólido y, si uno se asoma a una de las escotillas, sólo se ve una profunda negrura, que añadida a la ausencia total de sonidos amenaza con hacerle estallar a uno los tímpanos.

Pero al cabo de unos cuantos segundos empiezan a oírse al azar débiles ruidos. Había allí una cinta magnetofónica y altavoces para evitar que la falta de sonidos diera ambiente de tumba a la nave. La cinta funcionaba y los altavoces emitían a cada minuto chasquidos y murmullos sin significado y ruidillos de todas las clases imaginables, pero todo en el mismísimo umbral de lo inaudible.

Calhoun se estremeció. El Sector Doce estaba en muy malas condiciones. Un miembro consciente y responsable del Servicio Médico nunca hubiera dejado que la obsesión anti piel-azul quedase sin mencionar en el informe sobre Weald. La salud no es sólo una cuestión física; existe también la llamada salud mental. Cuando la salud mental de una civilización vacila, puede ser destruida más segura y terriblemente que por cualquier imaginable guerra en la que se emplearan gérmenes nocivos. Una epidemia mata a todos aquellos cuyos organismos son débiles y susceptibles de incubarla, pero deja inmunes a otros muchos seres, capaces de reedificar su mundo. Pero los inmunes son los primeros en morir cuando una neurosis masiva barre toda una población.

Weald era en definitiva un mundo problema para el Servicio Médico. Dará era otro. Y cuando cientos de hombres se apiñaban amontonados en una nave espacial de carga incapaz de suministrarles aire para respirar, y de hacerles despegar y entrar en la superimpulsión antes de que pudiera faltarles el aire…, Orede no constituía una preocupación menor.

–Me parece que prepararé un poco de café -dijo Calhoun en tono sombrío.

Café era una de las palabras que Murgatroyd comprendía. De ordinario se agitaba nada más oírla y contemplaba al que lo preparaba con ojos brillantes e interesados. Incluso había intentado imitar los movimientos de Calhoun al hacer café en cierta ocasión, aunque salió con las zarpas escaldadas en el intento.

Pero entonces no se movió siquiera. Calhoun volvió la cabeza: Murgatroyd estaba sentado en el suelo, su larga cola enrollada

reflexivamente en torno a la pata de una silla. Miraba hacia la puerta de la cabina dormitorio del navío médico.

–Murgatroyd, he dicho café -repitió Calhoun.

–¡Jiii! – chilló Murgatroyd.

Pero siguió mirando a la puerta. La temperatura se mantenía más baja en la otra cabina y el aspecto de las cosas era distinto que en el departamento de control. Esta diferencia formaba parte de los medios empleados para hacer que un hombre fuera capaz de estar solo durante semanas sin fin -a excepción de su tormal- sin llegar a sentir odio hacia su navío.

También había otro grupo de cosas cuidadosamente estudiadas para el mismo propósito, pero ninguna de ellas haría que Murgatroyd las mirara de manera tan fascinada como miraba ahora hacia la puerta de la cabina dormitorio. ¡Y menos cuando estaba preparando café!

Calhoun meditó. Se enfureció ante la sospecha que se le acababa de ocurrir de inmediato. Como miembro del Servicio Médico tenía la obligación de ser imparcial. Ser imparcial podía significar no estar del lado de Weald en su enemistad hacia los pieles-azules.

Y el pueblo de Weald habíase negado a ayudar a Dará en época de hambre, y había aislado al mundo paria durante años después de ello. Y tenían otras razones para odiar a la gente que trataban de tan mala manera. Era muy lógico que cualquier fanático de Weald hubiese considerado que, de no matar a Calhoun, seguramente éste ofrecería ayuda a los aborrecibles pieles-azules.

En efecto, cabía dentro de lo posible que alguien se hubiera introducido de polizón en el navío médico para asesinar a Calhoun, de manera que no hubiera posibilidad de que presentara en ninguna parte un informe favorable a Dará. De ser así, tal polizón estaría ahora en la cabina dormitorio, esperando a que Calhoun entrara confiado allí para matarlo de un disparo.

Por tanto, Calhoun hizo café. Se metió un desintegrador en el bolsillo, donde pudiera tenerlo a mano. Llenó una tacita para Murgatroyd, otra mayor para sí mismo y una tercera igual que la suya.

Dio unos golpecitos a la puerta de la cabina dormitorio, manteniéndose a un lado por si le disparaban con un desintegrador a través de la hoja.

–El café está listo -dijo sardónico-. Salga y únase a nosotros.

Hubo una larga pausa. Calhoun volvió a llamar.

–Tiene usted asiento reservado en la mesa del capitán -exclamó todavía más sarcástico-. ¡Es de mala educación hacerme esperar!

Escuchó, alerta a cualquier rumor presuroso que pudiera ser el desesperado intento de algún fanático para asesinarle a pesar de saberse prematuramente descubierto. Calhoun estaba preparado para disparar implacable, porque estaba en misión de servicios y sus

superiores, si bien no aprobaban la exterminación de seres humanos, tampoco justificaban que otros habitantes de cualquier planeta la aceptaran como su credo cotidiano.

Pero no hubo salida apresurada. En su lugar, se percibieron pisadas vacilantes que sobresaltaron a Calhoun. La puerta de la cabina se abrió despacio. En el hueco apareció una muchacha, desesperadamente pálida y desesperadamente compuesta.

–¿Cómo… cómo supo que estaba yo ahí? – preguntó balbuciente. Se humedeció los labios-. ¡Usted no me vio! ¡Estaba encerrada en el armario y ni siquiera entró usted en la habitación!

Calhoun contestó ceñudo:

–Poseo mis fuentes de información. Murgatroyd me lo dijo esta vez. ¿Me permite que se la presente? Murgatroyd, ésta es nuestra pasajera. Estréchale la mano.

Murgatroyd se adelantó, se puso en pie sobre sus cuartos traseros y extendió una peluda y escuálida patita. La chica ni se movió. Miraba a Calhoun.

–Será mejor que le dé la mano -dijo Calhoun, tan hosco como antes-. Puede que eso relaje un poco la tensión. Y luego, ¿querrá contarme su historia? Porque estoy seguro de que tiene alguna preparada.

La chica tragó saliva. Murgatroyd le estrechó la mano muy serio.

–¡Jiii-jiii! – dijo con sus tonos más agudos y volvió a su anterior postura.

–¿La historia? – insistió Calhoun.

–No… no tengo ninguna -dijo la muchacha incómoda-. Sólo que… necesitaba llegar a Orede y usted va allí. No hay otro modo de ir, ahora.

–Al contrario -repuso Calhoun-. Indudablemente en cuanto puedan reunirla y armarla, partirá para Orede toda una flota de naves espaciales. Pero me temo que esa historia suya no sea lo bastante buena. Pruebe con otra.

La muchacha se estremeció un poco.

–Soy una fugitiva…

–¡Ah! – exclamó Calhoun-. En ese caso, la devolveré a su punto de procedencia… a Weald, claro.

–¡No! – gritó la muchacha con fiereza-. ¡Antes… antes morir! ¡Primero soy capaz de destruir esta nave!

Sacó la mano de detrás de su cuerpo. Empuñaba un diminuto desintegrador. Pero temblaba visiblemente al tratar de apuntar el arma.

–¡Dispararé contra los mandos!

Calhoun parpadeó. Había tenido que hacer un cambio drástico en su estima de la situación, en el mismísimo instante en que vio que el

polizón era mujer. Ahora se vio obligado a realizar un nuevo cambio porque la muchacha no amenazaba matarle, sino destruir los controles de la nave. Es raro que las mujeres se dediquen a asesinar, y cuando lo hacen no utilizan armas enérgicas; las drogas y venenos son más propios de ellas. Pero aquella muchacha amenazaba destruir al navío con preferencia a matar a su propietario, por lo que no se podía considerar en absoluto como una asesina.

–Sería preferible que no lo hiciera -dijo Calhoun con sequedad-. Además, se aburriría usted mortalmente si nos quedáramos a la deriva y en espera de que se nos acabaran el aire y las provisiones.

Murgatroyd, sin razón alguna en apariencia, creyó necesario intervenir en la conversación.

–¡Jiii-jiii-jiii!

–Una sugerencia muy sensata -observó Calhoun-. Nos sentaremos a beber una taza de café. – Y volviéndose hacia la muchacha, dijo-: La llevaré a Orede, puesto que es ahí a donde quiere usted ir.

–Mi novio está en Orede…

Calhoun sacudió la cabeza.

–No -dijo con tono reprobatorio-. Casi toda la colonia minera se metió atiborrada en la nave que vino a Weald repleta de muertos. Pero no todos. Y no hubo revisión alguna para ver qué hombres estaban en el navío y cuáles no. Usted no iría a Orede si fuese probable que su novio hubiera muerto en el camino de regreso. Tome su café. ¿Azúcar o sacarina? ¿Le gusta con leche?

Temblaba un poco, pero cogió la taza.

–No lo comprendo.

–Murgatroyd y yo somos benefactores -explicó Calhoun, sin saber si hablaba a impulsos de la cólera o de otro sentimiento-. Vamos por ahí tratando de impedir que la gente se ponga enferma o se muera. Algunas veces hasta procuramos evitar que se maten. Es nuestra profesión; la practicamos incluso por nuestro bien. Queremos seguir viviendo. Aunque las suyas no sean auténticas amenazas, la llevaremos a donde quiere ir. Especialmente puesto que vamos al mismo sitio.

–¡Usted no me ha creído ni una sola palabra de cuanto le he dicho! – afirmó la chica.

–Ni una palabra -admitió Calhoun-. Pero no tardará usted en contarnos algo más creíble. ¿Cuando comió por última vez?

–Ayer.

–¿Prefiere prepararse usted misma su comida? – preguntó Calhoun educadamente-. ¿O me permite que le disponga un tentempié?

–Yo… yo lo haré -respondió ella.

Primero, sin embargo, se bebió el café. Luego Calhoun le enseñó cómo programar la cocina ultrarrápida para obtener los platos

deseados, retirándolos de la despensa, calentándolos o enfriándolos, según el caso, y sirviéndolos a los intervalos adecuados. También había equipo para prepararse la comida uno mismo, al propio gusto. Era otro de los dispositivos de la nave para hacer más soportable la soledad.

Calhoun se abismó deliberadamente en la lectura del Directorio Galáctico, buscando lo concerniente al planeta Orede. Se encaminaba a él, pero no había motivo alguno para que no se enterara de cuantos detalles le pudiesen ser luego de utilidad práctica. Leyó la información tratando de evidenciar plena concentración.

La muchacha comió con corrección. Murgatroyd la contemplaba con un alto y amable interés. Pero ella parecía extremadamente intranquila.

Calhoun acabó su consulta al Directorio, y sacó los carretes de microfilm que contenían la información más extensa. Buscaba específicamente la historia de todos los planetas del sector, preparada por el Servicio Médico. Siguió en las películas paso a paso el proceso de cada inspección realizada en Weald y Dará.

Pero el Sector Doce no había sido bien gobernado. No había un relato adecuado de la epidemia que había barrido las tres cuartas partes de la población de un planeta habitado. ¡Inconcebible! Empezó poco después de la visita de un navío médico y había terminado ya mucho antes de la llegada de la siguiente nave del Servicio.

Debería haberse llevado a cabo una concienzuda investigación, incluso después de pasado el peligro. Debieron haberse recogido muestras de la materia infecciosa *y* efectuar un estudio razonable y una necesaria identificación del agente patógeno. No se hizo nada. Probablemente se produjera otra emergencia en el sector por aquel tiempo, y eso obligó a que la investigación de lo ocurrido se pasara por alto. Calhoun, cuya carrera no tenía que desarrollarse en aquel sector, resumió en un informe detonante las consecuencias de aquella negligencia.

Se mantuvo a sí mismo indiferentemente atareado, ignorando la presencia de la chica. Un miembro de los navíos médicos tiene a su alcance abundantes fuentes de estudio y meditación en qué ocuparse durante el viaje en superimpulsión de un planeta a otro. Calhoun hizo uso de tales fuentes, y actuó como si no tuviera la menor noticia de la presencia del polizón. Pero Murgatroyd la contemplaba con encantadora atención.

Horas después de haber sido descubierta, dijo ella, intranquila:

–¿Me permite?

Calhoun levantó la vista.

–Diga usted.

–No sé exactamente cuál es mi situación aquí.

–Es usted un polizón -contestó Calhoun-. Legalmente tengo derecho a echarla por la escotilla, pero no me parece necesario. Hay una cabina. Cuando tenga sueño, úsela. Murgatroyd y yo nos las arreglaremos aquí bastante bien. Cuando sienta hambre, ya sabe cómo obtener algo que comer. Y luego que aterricemos en Orede, probablemente se irá usted a resolver sus propios asuntos. Eso es todo.

La muchacha le miró fijamente.

–¡Pero usted no creyó nada de lo que le dije!

–No -asintió Calhoun, pero no añadió nada más.

–Pero… se lo diré -ofreció ella-. La policía iba tras de mí. ¡Tenía que marcharme de Weald! ¡Era preciso! Había robado…

Calhoun sacudió la cabeza.

–No -dijo-. Si fuese usted una ladrona, diría cualquier cosa en este mundo menos confesar su robo. Todavía no está dispuesta a decirme la verdad. No es preciso que lo haga, así que, ¿para qué contarme mentiras? Le sugiero que duerma un poco. A propósito, la cabina no tiene cerradura porque se supone que este navío es unipersonal. Pero puede colocar una silla detrás de la puerta, o algo parecido. Buenas noches.

La muchacha se levantó lentamente. Por dos veces se abrieron sus labios como para volver a hablar, pero luego entró en la cabina y se encerró. Se oyó el ruido de una silla al ser colocada contra la puerta.

Murgatroyd parpadeó con los ojillos fijos en el lugar por el que ella había desaparecido y después trepó hasta el regazo de Calhoun, completamente seguro de ser bien recibido. Se instaló a su comodidad y permaneció en silencio unos momentos. Luego dijo:

–¡Jiii!

–Creo que tienes razón -contestó Calhoun-. Ella no es de Weald, o con el acondicionamiento que habría sufrido, el único sitio al que temería más que a Orede, sería Dará. Pero me parece que ella no tiene miedo ni de aterrizar en Dará.

A Murgatroyd. le gustaba que le hablaran. Incluso pretendía tomar parte en la conversación, como si fuera un ser humano.

–¡Jiii-jiii! – dijo con convicción.

–Definitivo -asintió Calhoun-. Ella no lo hace por conseguir beneficios personales. Cualquier cosa que crea hacer, es más importante, según su criterio, que su propia vida. Murgatroyd…

–¿Jiii? – exclamó Murgatroyd en tono inquisitivo.

–Hay ganado salvaje en Orede -prosiguió Calhoun-. Manadas y manadas. Tengo la sospecha de que alguien ha estado cazándolos. En cantidad. ¿No te parece? ¿No crees que en Orede últimamente ha sido sacrificado ganado en gran escala?

Murgatroyd bostezó. Se puso todavía más cómodo en el regazo de Calhoun.

–Jiii -dijo, soñoliento.
Se echó a dormir, mientras Calhoun proseguía el examen de la muy condensada información. Estudiaba el coeficiente normal de incremento, con otros datos, entre las manadas de *bovis domesticus* en estado salvaje, viviendo en planetas desprovistos de enemigos naturales de su especie.
No era insólito que se «sembrara» un mundo con tipos útiles de la flora y fauna terrestre antes de intentar su colonización. Las formas de vida terráqueas podían prosperar diabólicamente en un sistema ecológico extraño… para beneficio de la humanidad. Microorganismos y vegetación corriente se añadían para hacer más práctica la colonización humana en los mundos nuevos. Pero a veces los resultados eran sorprendentes.
Tan sorprendentes, a menudo, como para conseguir que unos cientos de hombres se apiñen frenéticamente a bordo de un navío de carga que posiblemente no podrá ofrecerles medios de sobrevivir, ya que todos morirán mientras la nave esté en superimpulsión.
Para cuando Calhoun se tendió en el colchón neumático de recambio, había calculado ya que tan sólo una docena de cabezas de ganado, sueltas en un planeta adecuado, se transformarían en manadas de cientos de miles de reses en mucho menos tiempo de lo que cualquiera podría imaginarse.
El navío médico marchaba dentro de lo que parecía un medio absolutamente sólido, sin sonido externo, sin que pudiera verse nada fuera, sin pruebas de no hallarse en el corazón de un planeta en vez de surcar el vacío a una velocidad tan grande que era imposible de imaginar racionalmente.
Al día siguiente, la chica miró singularmente a Calhoun cuando entró en la sala de control. Murgatroyd la contempló con gran interés. Calhoun hizo un gesto educado con la cabeza y prosiguió haciendo aquello en que se hallaba ocupado cuando ella apareció.
–¿Puedo desayunarme? – preguntó insegura la muchacha.
–Murgatroyd *y* yo ya lo hicimos -contestó Calhoun-, ¿por qué no usted?
Silenciosa, operó la cocina ultrarrápida y comió. Calhoun era la mismísima imagen del hombre que responde con educación cuando le hablan, pero que está preocupado con actividades que nada tienen que ver con los polizones.
Sobre el mediodía, hora de la nave, preguntó ella:
–¿Cuándo llegaremos a Orede? – Calhoun se lo dijo con aire ausente, como si estuviera pensando en otra cosa-. ¿Qué… qué cree usted que ocurrirá allí? Me refiero a la causa posible de la tragedia del navío.
–No lo sé -respondió Calhoun-. Pero no estoy de acuerdo con las

autoridades de Weald. Me parece que no fue una atrocidad planeada por los pieles-azules.

–¿Qué… qué son pieles-azules? – preguntó la chica.

Calhoun giró en redondo y la miró con fijeza.

–Cuando se miente -dijo en tono melifluo-, dice uno tanto como pretende no decir, eso le pasa a usted. ¡Sabe muy bien lo que son los pieles-azules!

–Pero… ¿qué piensa usted que son? – preguntó ella.

–Hubo antaño una enfermedad humana llamada viruela -empezó a decir Calhoun-. Cuando la gente se recuperaba de ella, quedaba de ordinario marcada. Su piel se llenaba de hoyuelos cicatrizados, procedentes de las pústulas secas. En aquel tiempo, allá en la Tierra, se esperaba que todo sujeto, tarde o temprano, pillara la viruela y que un gran porcentaje muriera. Y se convirtió eso en una cosa tan corriente que si enviaban la descripción de algún criminal nunca mencionaban si tenía señales de viruela. Ya no servían como medio de distinción. Pero si no las tenía, ¡entonces sí que lo mencionaban! – hizo una pausa-. Las señales de la viruela no eran hereditarias, pero por lo demás, un piel-azul es como un hombre que hubiese sufrido de viruela. No puede ser más que eso.

–Entonces, ¿cree usted que son seres humanos?

–Nunca se ha presentado todavía un caso de evolución inversa -contestó Calhoun-. Quizá el *Pithecanthropus* tuvo por tío a algún mono, pero ningún *Pithecanthropus* se convirtió jamás en mono.

La muchacha se apartó bruscamente, pero durante el día le miró a menudo. Calhoun continuó ocupándose de aquellas actividades que permitían que la vida en un navío médico se mantuviera dentro de los límites de la cordura.

Al día siguiente, sin preámbulos, la muchacha le preguntó:

–¿No cree usted que los pieles-azules planearon que la nave de los muertos llegara a Weald y extendiera allí la plaga?

–No -dijo Calhoun.

–¿Por qué?

–Probablemente, porque no habría dado resultado -contestó Calhoun-. Llevando a bordo sólo hombres muertos, la nave nunca hubiera podido llegar a algún sitio desde el cual el rayo de aterrizaje la hubiese conducido a tierra. Eso habría sido lo malo. Unos hombres contaminados por la epidemia no tratarían de ocultar que estaban enfermos. Lo más seguro es que pidieran *ayuda*, pero sabrían muy bien que les matarían inmediatamente en Weald si se les encontraba víctimas de la plaga. ¡Eso tampoco habría sido bueno! No, la nave no estaba proyectada para esparcir en Weald la epidemia.

–¿Es usted amigo de los pieles-azules? – preguntó la muchacha con aire de incertidumbre.

–Dentro de lo razonable, deseo el bien para toda la raza humana -contestó Calhoun-. Sin embargo, está usted resbalando. Cada vez que utiliza la frase piel-azul lo hace de manera poco segura, como si fuera un término que ninguna persona refinada gustara de emplear. ¿No es verdad? A propósito, mañana aterrizaremos en Orede. Si tiene intención de decirme la verdad, no le queda mucho tiempo disponible.

Ella se mordió los labios. Dos veces, durante el resto de la jornada, se encaró a él y abrió la boca como para hablar, pero se apartó de nuevo. Calhoun encogióse de hombros. Tenía ideas perfectamente definidas con respecto a la muchacha. Tuvo buen cuidado sin embargo de no tratar de comprobarlas, pero ninguna mujer nacida en Weald iría a Orede voluntariamente, creyendo todos los wealdianos que una nave cargada de mineros había preferido la muerte a quedarse allí. Eso lo relacionaba todo, como creía la generalidad, con los pieles-azules. ¡Nadie en Weald soñaría en aterrizar en Orede! No ahora.

Un poco antes de que el navío médico debiera salir de la superimpulsión, la chica dijo, con el mayor cuidado:

–Ha sido usted muy amable. Me gustaría poder darle las gracias. En… en realidad, no creí nunca poder vivir lo bastante para llegar a Orede.

Calhoun alzó las cejas, pero no dijo nada.

–Desearía poder decirle todo cuanto usted desea saber -añadió con pena la muchacha-. Creo que usted es… honrado de veras. Pero algo…

–Usted me ha informado de muchas cosas -dijo Calhoun en tono cáustico-. No ha nacido en Weald. No se crió allí. La gente de Dará, y advierta que no digo los pieles-azules, a pesar de que lo son, han fabricado por lo menos una nave espacial desde que Weald les amenazó con el exterminio total. Probablemente hay una nueva escasez de víveres ahora en Dará, conducente a la más extrema desesperación. Es lo más adecuado para impulsarles a correr el riesgo de aterrizar en Orede, para matar ganado, congelarlo y llevárselo, para atender a las necesidades alimenticias más perentorias. Les ha dado resultado…

La muchacha carraspeó y se puso en pie de un salto. Sacó del bolsillo el diminuto desintegrador. Le apuntó vacilante.

–¡Tengo que matarle! – gritó desesperada-. ¡Es… es preciso!

Calhoun alargó el brazo. Ella oprimió desesperadamente el disparador del arma. No ocurrió nada. Antes de que pudiese darse cuenta de que no había quitado el seguro, Calhoun le arrebataba el desintegrador arrancándoselo de los dedos. Luego dio un paso atrás.

–¡Buena chica! – dijo aprobador-. Le devolveré esto cuando aterricemos. Y, gracias. ¡Muchas gracias!

La muchacha se retorció las manos. Luego le miró con fijeza.

–¿Me da las gracias, cuando traté de matarle?

–¡Pues claro! – exclamó Calhoun-. Hice conjeturas. No tenía modo de saber si eran ciertas. Cuando trató de matarme, usted me las confirmó una por una. Ahora, al tomar tierra en Orede, conseguiré de usted que me ponga en contacto con sus amigos. Va a ser arriesgado, porque deben estar muy asustados por lo de aquella nave…, ¡pero es algo que tiene que hacerse!

Volvió al tablero de control del navío y se sentó ante los mandos.

–Faltan veinte minutos para romper la superimpulsión -anunció.

Murgatroyd asomó la cabecita por la entrada de su cubil. Sus ojillos miraban ansiosos. Los tormales son criaturillas amables, cariñosas. Durante los días de la superimpulsión, Calhoun le había prestado menos atención que de costumbre, mientras que la muchacha se mostró fascinadora para el animalito.

Se habían hecho amigos, torpemente por parte de la chica, muy de buena gana por la de Murgatroyd. Pero sólo unos momentos antes, en el aire hubo amarga emoción: Murgatroyd corrió a su cubil para escapar de ella. Se sentía desolado. Ahora, al reinar de nuevo el silencio, se asomaba con expresión de infelicidad.

–¿Jiii? – inquirió plañidero-. ¿Jiii-jiii-jii?

Calhoun contestó con indiferencia.

–Todo va bien, Murgatroyd. Si no nos desintegran cuando intentemos aterrizar, podremos hacernos nuevos amigos y cumplir una misión delicada.

La afirmación era desesperanzadoramente insegura.

III

No hubo respuesta del suelo cuando, tras salir de la superimpulsión y conducir Calhoun el navío médico hasta una posición favorable, efectuó la primera llamada. Paciente repitió, una y otra vez, que el navío médico *Aesclipus Veinte* notificaba su llegada y solicitaba coordenadas para el aterrizaje. Añadía que su masa era de cincuenta toneladas estándar, y que el propósito de su visita era efectuar una inspección planetaria de sanidad.

Pero no hubo respuesta. Debería haber habido una ondulante descripción procedente del centro de navegación del planeta con la que, a ciertas horas o a intervalo de minutos, los campos de fuerza de la torre de aterrizaje se cerrarían en torno al navío médico, descendiéndolo. Pero el radiocomunicador permaneció silencioso.

–Hay una torre de aterrizaje -dijo Calhoun con el ceño fruncido-, y si la utilizan para enviar carne fresca para Dará, carne obtenida de los rebaños que antes mencioné, tendría que poseer dotación humana. Pero no parecen interesados en contestar. Quizá crean que si fingen ignorar que yo estoy aquí, lo más seguro es que me canse y me vaya.

Reflexionó y se acentuó su entrecejo.

–Si no supiera lo que sé, puede que me marchase. Pero si aterrizo

utilizando los cohetes de emergencia, los pieles-azules de ahí abajo podrían suponer que vengo de Weald. Y en ese caso, puede que encuentren razonable desintegrarme antes de que aterrice, temiendo que descargue un grupo de soldados. Por otra parte, ninguna nave de Weald aterrizaría concebiblemente sin asegurarse primero de que no había peligro en hacerlo. Antes dejaría caer una serie de bombas… -se volvió a la muchacha-. ¿Cuántos darianos hay ahí abajo?

La joven sacudió la cabeza.

–No lo sabe usted -musitó Calhoun-, o no quiere decírmelo, todavía, pero… ellos deben saber de la llegada de aquella nave a Weald, y lo que supondrá Weald acerca de eso. Por otra parte, me sospecho que usted vino para decirles lo referente a la última parte, para hacerles saber cuál ha sido la reacción wealdiana. No creo que Dará obtenga sus informes directamente de Weald… Dígame, cuando la enviaron de Dará para actuar como espía, ¿dónde desembarcó usted?

Los labios de ella se separaron como para hablar, pero los apretó inmediatamente con fuerza. Volvió a sacudir la cabeza.

–Debe haber venido de muy lejos -dijo Calhoun inquieto-. Su pueblo habrá construido una nave y falsificado perfectamente la documentación de a bordo, y luego viajaron tan lejos desde esta parte del espacio, que cuando aterrizaron nadie se imaginó que venían de Dará. Seguro que utilizaron maquillaje para tapar los lunares azules, pero puede ser que aterrizaran tan lejos, que los nativos jamás hubieran oído hablar de los pieles-azules…

El rostro de la muchacha se contrajo, pero no replicó.

–Entonces desembarcaron a una docena de ustedes, con abundante provisión de maquillaje para tapar las manchas azules. Luego, todas y cada una se separaron y llegaron individualmente a Weald, para ver qué es lo que podía hacerse allí -se detuvo-. ¿Cuándo descubrió usted de manera positiva que allí ya no había plaga en absoluto?

La joven empezó a palidecer.

–No, no leo las mentes -explicó Calhoun-. Pero sé sumar dos y dos. Usted es de Dará. Usted ha estado en Weald. Es prácticamente cierto que hay otros… agentes, si prefiere mejor esa palabra, en Weald. Y en dicho planeta no ha habido epidemia, así que su pueblo no es el agente portador y propagador de los gérmenes. Pero me parece que eso lo sabía usted por anticipado. ¿Cómo lo aprendieron? ¿Acaso gracias a alguna nave que aterrizó en Dará encontrándose en una situación apurada, que le obligaba a buscar refugio en su proscrito mundo?

–Sí… sí…-exclamó la muchacha-. No queríamos dejarles que se fueran de nuevo. Pero la tripulación no pilló la… no murieron. Vivieron… -se detuvo de repente-. ¡No está bien ponerme encerronas!

– gritó apasionadamente-. ¡Eso no es jugar limpio!

–Lo dejaré, pues -contestó Calhoun.

Se volvió al tablero de control. El navío médico estaba sólo a dos diámetros planetarios de Orede ahora, y el telescopio electrónico mostraba las estrellas moviéndose lentamente a través de su pantalla. Luego apareció una forma reluciente, enorme y gibosa, con los retazos irregulares color fango de los mares profundos y las multicolores áreas de las llanuras y bosques. También había montañas. Calhoun fijó la imagen y la estudió.

–Encontraron la mina -observó- los miembros de la expedición de caza, mientras mataban por deporte ganado salvaje.

Incluso un pequeño planeta tiene muchos millones de kilómetros cuadrados de superficie, y una única instalación humana en todo un mundo no es fácil de localizar mediante una búsqueda al azar. Pero en aquella ocasión había pistas. Los cazadores deportivos no escogerían para dar rienda suelta a su afición ni un clima tropical, ni un clima ártico. Por tanto, puesto que hallaron un depósito mineral, éste debía estar situado en la zona templada.

El ganado no suele vivir en terreno muy montañoso, pero la mina no podía estar en plena pradera. El puesto minero en Orede, pues, tendría que estar al borde de las montañas, no lejos de la llanura que frecuentara el ganado salvaje, y en un clima templado.

Las zonas boscosas podían descartarse. Además, tenía que haber una torre de control para aterrizajes y despegues con la altísima antena del rayo conductor de naves espaciales. Al tener que ocuparse cada vez de una sola nave, era posible que la torre no fuese muy grande. Quizá tuviera un diámetro de un par de cientos de metros y una altura de algo menos de un kilómetro. Pero su sombra sería fácil de distinguir.

Calhoun buscó por entre las bajas montañas próximas a la pradera y en la zona templada. Encontró una motita. La aumentó muchas veces de tamaño, gracias al juego de objetivos electrónicos de su telescopio. Era la mina de Orede. Había montones de escorias y desechos minerales. Había algo que arrojaba una sombra larga y escuálida: la torre-antena de aterrizaje.

–Pero no responden a nuestras llamadas -observó Calhoun-, así que tomaremos tierra aunque no seamos bien recibidos.

Invirtió el navío y disparó los cohetes de emergencia. La nave se hundió hacia el planeta. Poco tiempo más tarde, estaba profundamente inmersa en la atmósfera. El ruido de los cohetes se había hecho atronador, porque el aire transportaba y reforzaba el sonido.

–Agárrate a algo, Murgatroyd -ordenó Calhoun-. Puede que tengamos que esquivar algún antiaéreo.

Pero nada les vino desde abajo. El navío médico volvió a invertirse; sus cohetes apuntaron hacia el planeta y vertieron llamas blanquiazuladas, delgadísimas y a gran velocidad. Osciló ligeramente, pero continuó descendiendo. No lo hacía de manera directa sobre la antena de aterrizaje, sino algo alejado de ella.

Continuó el descenso hasta alcanzar casi el nivel de los picos de las montañas en que estaba situada la mina. Tornó a oscilar y pasó por encima de los montes, luego una nueva oscilación y corrió hacia el valle en el que la torre de aterrizaje era plenamente visible. Calhoun maniobró la nave en un rumbo errático, por si encontraba oposición para la toma de tierra.

Pero no hubo ninguna. Entonces los cohetes bramaron, y el navío disminuyó su movimiento de avance, cabeceó un instante y se posó en el terreno firme, fuera de la armazón de la torre. La antena era pequeña, como Calhoun había calculado. Pero parecía prolongarse sin fin hacia el cielo.

Cortó los cohetes. Aun siendo muy delgadas y esbeltas, las llamas fundieron y perforaron profundos agujeros en el suelo. La roca fundida hervía y burbujeaba por debajo, pero no parecía haber otro sonido. No se percibía otro movimiento. Todo a su alrededor estaba en absoluta quietud. Pero cuando Calhoun conectó los micrófonos exteriores percibióse un dulce, débil y confuso gorjear producido por los seres vivientes escondidos en la vegetación de las laderas de las montañas.

Calhoun se metió en el bolsillo un desintegrador y se puso en pie.

–Veremos qué aspecto tiene el panorama desde el exterior -dijo con cierta aspereza-. No creo por completo lo que me muestran las pantallas de visión.

Minutos más tarde bajaba al suelo, franqueando la puerta de salida del navío médico. La nave había aterrizado a quizá treinta metros de lo que antaño fuera un edificio de madera. En él, las ahora inútiles vagonetas acumulaban el mineral de la mina y se lo llevaban hasta las correas sinfín que lo amontonaban finalmente en una monstruosa pila de piedra desmenuzada. Pero dicho edificio ya no estaba en pie.

Cerca había habido una estructura albergando un triturador de mineral. La masiva maquinaria aún era visible, pero la construcción estaba reducida a fragmentos ruinosos. También muy próximo a esto se habían alzado los tenderetes que cubrían las entradas principales de la mina. Como lo demás, se hallaban ahora tan destrozados que de la madera de las vigas no habrían podido fabricarse mondadientes.

Mirar el suelo en el lugar donde se levantaron las construcciones era prácticamente imposible. Por doquier se veían huellas de cascos. El ganado, por miles, por decenas de miles lo había arrollado todo. Había irrumpido primero por los tabiques de madera de las edificaciones, y había embestido a las vigas y columnas hasta

conseguir que los techados se desplomaran, y que las construcciones se desmoronaran.

El ganado había continuado pasando por encima de las ruinas hasta no dejar más que el caos indescriptible. Muchas, muchísimas reses murieron en la embestida. Se veían montones de bestias muertas en torno y por encima de las vigas metálicas que formaban la base de la torre de control de aterrizajes. El aire estaba lleno del acre hedor de la carroña.

Positivamente el puesto había sido destruido por la estampida de cientos de miles de cabezas de ganado, cargando a ciegas contra todo, sobre todo, a través de todo. De manera insensata se habían embestido unas a otras, hasta reducirse a masas informes y sanguinolentas. La boca de la mina no había quedado del todo obstruida porque unos cuantos troncos de desmesurado diámetro cayeron casualmente sobre ella, bloqueándola. Pero todo lo demás era pura destrucción.

–¡Inteligente! ¡Muy inteligente! – exclamó Calhoun en voz alta-. No se puede culpar a los hombres cuando las bestias entran en estampida. Deberíamos aceptar la evidencia de que algún monstruoso rebaño, abriéndose camino a través del paso entre las montañas, inopinadamente se volvió loco y arremetió en busca de las llanuras. El puesto de Weald se interpuso en su camino, y eso fue lo malo para él. Todo se explica, excepto la nave que llegó a Weald. Una estampida, sí; cualquiera podría creerlo. Pero también hubo una estampida humana. Los hombres se lanzaron en loca estampida dentro del navío, tan ciegamente como el rebaño que destruyó esta pequeña ciudad. El navío salió en estampida hacia el espacio, tan alocadamente como el ganado. Pero… ¿una estampida de hombres y ganado en el mismo sitio? ¡Eso ya es demasiado!

–Pero qué…

–¿Cómo intentará ponerse en contacto con sus amigos de aquí? – preguntó Calhoun a la chica abiertamente, interrumpiendo sus palabras apenas iniciadas.

–No… no lo sé -contestó ella, apurada-. Pero si el navío se queda aquí, vendrán a ver qué pasa, ¿verdad? ¿No le parece?

–Si están cuerdos, no vendrán -dijo Calhoun-. Lo menos deseable aquí serían huellas de pisadas humanas por encima de las de las reses. Si sus amigos forman parte de una expedición para suministrar carne a Dará, como yo creo, deberán borrar sus huellas, salir del planeta lo antes posible y rogar al cielo para que nunca se descubran señales de su presencia en Orede. Con toda seguridad, eso sería lo mejor que podrían hacer.

–Y yo… ¿qué haré ahora? – preguntó la muchacha, con tono desvalido.

–No lo sé a ciencia cierta. Como pura conjetura y por el momento,

nada. Ya pensaré en algo. Sin embargo, tengo ante mí una endemoniada tarea. No me es posible quedarme aquí mucho tiempo.

–Puede usted dejarme en Orede…

Calhoun emitió un gruñido y se apartó de ella. Ni por asomo podía pensarse que fuera capaz de dejar a otro ser humano en lo que se suponía era un planeta deshabitado, sabiendo que lo era en el presente, pero conociendo que cualquier visitante futuro tendría las razones más fuertes para esconderse y no mostrarse a nadie.

Creía que allí habían darianos, y que la chica que se metió de polizón en el navío médico era también dariana. Pero quien estuviera escondiéndose, fuera el que fuese, tendría mucho que perder si era descubierto y, por tanto, se hallaría a cientos, quizá miles de kilómetros de cualquier lugar en donde pudiese aterrizar una nave espacial… si es que ya no se había ido tras el incidente de la partida del navío de carga, con su interior repleto de espantados pasajeros.

Considerándolo con detalle, había posibilidades de que de nuevo hubiese escasez de alimentos en Dará; de que los pieles-azules, en su desesperación, hubiesen atacado, estuvieran atacando, o pretendieran atacar a los rebaños de ganado de Orede para enviar carne a su planeta natal; de que, de algún modo, los mineros de Orede hubieran descubierto la vecindad de los pieles-azules y murieran víctimas de las consecuencias de su innato terror. Era una deducción arriesgada para ser hecha con las pocas evidencias que Calhoun tenía, pero le era imposible formarse otra hipótesis.

Si su deducción era cierta, estaba bajo la misma obligación de hacer lo que la chica consideraba su propio deber: avisar a los pieles-azules de que Weald no tardaría en buscarles incluso en Orede, pero luego de que hubiera desencadenado sobre Dará un verdadero infierno para castigarles por su osadía; es decir, ni los que se hallaran ocultos en el planeta minero podrían gozar mucho tiempo de relativa seguridad.

Claro que de haber hombres en Orede, no podría dejarles un mensaje escrito, a defecto de un contacto personal y amistoso. No podría dejárselo, porque podría ocurrir que no lo encontraran… y que lo hallara, en cambio, alguna expedición de wealdianos. Todo lo que podía hacer era tratar de establecer contacto, y darles el aviso por medios que no dejaran pruebas de su actuación. Y es que Weald consideraría tal aviso como la evidencia más ostentosa de la culpabilidad de los pieles-azules.

No era cosa satisfactoria limitarse a la radio, cuyas llamadas podían o no ser captadas, y que era improbable que en caso de captarlas le respondieran acusando recibo. Pero, de todas maneras, se instaló ante el comunicador para realizar una tentativa.

Emitió primero una Comunicación General en onda larga. Era poco

probable que los pieles-azules utilizaran las bandas de Comunicación General para ponerse en contacto unos con otros, pero tenía que intentarlo. Emitió, con toda la potencia posible, y recorrió arriba y abajo la banda del espectro de la Comunicación General, repitiendo su aviso despacio y poniéndose seguidamente a la escucha con la esperanza de recibir respuesta.

Encontró un lugar en el dial en donde había cierta retransmisión de su mensaje, es decir, como si la efectuara un receptor-repetidor sintonizado a su longitud de onda. Pero no pudo localizarlo ni conseguir que siguiera funcionando de manera regular. Luego se dio cuenta de que nadie le escuchaba. Agotó el sistema normal de radiocomunicación. Luego emitió en la anticuada amplitud modulada que ningún transceptor moderno sería capaz de recoger y que, por tanto, podría estar siendo utilizada por los que permanecían escondidos.

Trabajó largo rato. Después, se encogió de hombros y abandonó la tentativa. Había repetido hasta la fatiga más completa los hechos que cualquier piel-azul dariano en Orede debía saber. No recibió respuesta. Y hasta le parecía probable que si alguien hubiera recibido su mensaje, lo más seguro es que lo creyera una añagaza para intentar descubrir si en Orede había oyentes.

Cerró por fin la emisora y se puso en pie, sacudiendo la cabeza. De súbito, el navío médico le pareció vacío. Luego vio a Murgatroyd mirando con tristeza hacia la puerta de salida. El portillo interior de la pequeña escotilla estaba cerrado. La luz espectral decía que el portillo exterior no estaba cerrado. Alguien había salido silenciosamente. La muchacha. Claro.

–¿Hace mucho rato, Murgatroyd? – exclamó airado Calhoun.

–¡Jiii! – le respondió Murgatroyd indignado.

No era una respuesta concreta, pero demostraba que Murgatroyd se sentía vejado porque la chica se fue abandonándolo. Él y la muchacha se habían hecho íntimos amigos. Si ella se había dejado a Murgatroyd en la nave cuando el animalito quería acompañarla, es que no pensaba volver.

Calhoun masculló un juramento. Se aseguró de que la muchacha no estaba en la nave. Luego puso en funcionamiento el altavoz exterior y habló en forma tajante por el micrófono, diciendo:

–¡Café! Murgatroyd y yo vamos a tomarlo. ¿Quiere usted hacer el favor de volver?

Repitió la llamada una y otra vez. Aumentada la potencia de su voz por los amplificadores, ella podría oírle aunque estuviera a dos kilómetros de distancia. Pero la muchacha no apareció. Calhoun se encaminó a un armarito disimulado y se armó de pies a cabeza. No es propio de los miembros del Servicio Médico que tengan que luchar,

mas para casos de emergencia llevan una buena provisión de rifles desintegradores.

Una vez hubo colgado de su hombro un pesado depósito de energía, destinada a los rifles desintegradores, y llegado a la escotilla, seguía sin verse rastro de la muchacha. Permaneció en la boca de la escotilla varios minutos, mirando airado a su alrededor. Estaba casi seguro de que ella no iría hacia las montañas para buscar a los darianos que estuvieran a la caza de reses. Utilizó los binoculares, primero ajustados panorámicamente para buscar por una zona amplia del valle, lo más amplia posible; luego los ajustó a la máxima potencia, para escrutar las rutas más probables.

Halló una motita oscilante más allá de la cresta de una distante colina. Era la cabeza de la joven. Desapareció por debajo de la cumbre.

Espetó una orden a Murgatroyd y cuando el tormal estuvo en el suelo a su lado y en el exterior, cerró la puerta con la combinación que nadie -excepto un miembro del Servicio Médico- sería capaz de descubrir y utilizar.

–¡Es una idiota! – dijo a Murgatroyd sombrío-. ¡Vamos! Seremos idiotas nosotros también.

E inició la persecución.

El cielo era azul, como es inevitablemente en cualquier atmósfera de oxígeno en todos los planetas de sistemas solares con sol amarillo. Habían montañas, como es universal en los planetas cuya superficie se levanta, baja y se pliega y dobla por efecto del clima o el vulcanismo. Existen planetas en los que los microorganismos han logrado reducir los peñascos a fragmentos tan diminutos que pueden servir de alimento a la vegetación. Y, naturalmente, viven en ellos también animales.

Se veían árboles de varios tipos prácticos y útiles, y maleza, y una especie de pelusa vegetal equivalente al césped o a la hierba. Era el de Orede, en resumen, un sistema ecológico perfectamente habitable. Las moléculas orgánicas demostraban que la vida se componía de los mismos elementos y combinaciones que en otras partes en donde idénticas condiciones de temperatura y humedad y calor del sol eran los factores determinantes de su habitabilidad.

Era un mundo diferente a la Tierra, como es natural, pero apropiado para que el ganado allí arrojado creciera y se multiplicara. Sólo la mente humana había impedido hasta ahora que fuera un lugar donde los hombres vivieran y se reprodujeran también.

Pero sólo Calhoun habría podido tomar el destruido puesto minero como una prueba de la última aserción.

La chica le llevaba mucha delantera. En dos ocasiones, Calhoun llegó a lugares en donde ella pudo haber elegido entre un par de

direcciones hacia adelante. Cada vez tuvo Calhoun que determinar cuál habría escogido la fugjtiva. Eso le llevó tiempo. Luego, las montañas se acabaron abruptamente y una vasta y ondulada pradera se extendió por el horizonte. Había, cuando menos, dos largas masas y muchos manchones de lo que sólo podían ser animales pastando. Ganado.

Pero aquí se podía ver a la chica a simple vista. Calhoun aumentó el paso. Empezó a ganarle terreno. Ella no se volvió en ningún momento a mirar atrás.

–¡Jiii! – exclamó Murgatroyd en tono plañidero.

–Debí haberte dejado en la nave -le contestó Calhoun sombrío-, pero había y hay una posibilidad de que yo no vuelva. Tendrás que seguir caminando.

Prosiguió su marcha. El recuerdo del terreno en torno al puesto minero le dijo que en la mente de la muchacha no había un destino definido. Pero la joven no estaba en tal estado de desesperación como para querer perderse de manera deliberada. Ella sospechaba, según se imaginaba Calhoun, que en caso de haber darianos en el planeta estarían vigilando la torre de aterrizaje.

Si la veían abandonar aquella zona y advertían que iba sola, seguramente la interceptarían para descubrir el significado del aterrizaje del navío médico. Entonces la muchacha se identificaría a sí misma como una de ellos y les daría el necesario y terrible aviso acerca de los recelos de Weald.

–Pero si ella tiene razón -se dijo Calhoun en su tono sombrío de las últimas jornadas-, ya me habrán visto marchando en pos suyo, lo que estropeará su plan. Y me gustaría ayudarla, pero el modo que tiene de llevarlo a cabo es peligroso…

Siguió bajando a uno de los hoyos u hondonadas de la desigual planicie. Vio un grupo de una docena o más de cabezas a poca distancia. El toro levantó la cabeza y mugió. Las vacas le miraron con truculencia. En el ambiente no había nada ahora de la llamada tranquilidad bovina.

Subió por la pendiente opuesta y salió del campo de vista de las reses antes de que el macho se decidiera a embestirle. Luego, Calhoun recordó de repente una de las particularidades leídas en la información sobre ganado que consultó precisamente unos días antes. Y al acordarse de aquello se puso pálido como la cera.

–¡Murgatroyd! -exclamó agudamente-. ¡Tenemos que alcanzarla! Permanece a mi lado, si puedes, pero… -trotaba ya mientras terminaba la frase-… aunque te pierdas, ¡tengo que correr! ¡Y de prisa!

Corrió cincuenta pasos y caminó otros cincuenta, Corrió cincuenta, caminó cincuenta. La vio, en lo alto de una ondulación del terreno. La

muchacha se detuvo de repente. Calhoun echó a correr. La vio volverse sobre sus pasos. Quitó el seguro del rifle desintegrador y disparó contra el suelo para que la joven le oyera.

De súbito, la muchacha se lanzó a una desesperada carrera, hacia él. Calhoun se precipitó hacia adelante. Ella desapareció en una hondonada. Un bosque de cuernos brotó en la cresta que la muchacha acababa de abandonar. Aparecieron las reses. ¡Cuatro, doce, quince, veinte! Marchaban arrolladoras en persecución de la joven.

La volvió a ver, corriendo frenética por la pendiente de otra ondulación de la pradera. Volvió a disparar, para guiarla. Corrió a toda velocidad, con Murgatroyd siguiéndole detrás, ansioso. De vez en cuando, Murgatroyd llamaba: «¡Jiii-jiii-jiii!…», en un tono de asustada súplica, para que no le abandonara.

Más bovinos aparecieron por el horizonte. Cincuenta, o quizá cien. Galopaban tras el primer grupo. Estos, un toro y su harén, marchaban ahora más de prisa. La chica huía de ellos, pero el instinto de los bovinos en campo abierto -Calhoun lo había leído sólo un par de días antes- les impulsa a embestir a toda criatura que vaya a pie. Un hombre montado es, para sus torpes mentalidades, un ser tolerable o del que huir; pero algo del tamaño de un humano a pie debe ser destrozado, embestido y reducido a pulpa sangrienta.

Ahora las reses de vanguardia embestían, sin ambages, con las cabezas bajas. El toro embiste furioso con los ojos cerrados -todos los machos lo hacen así-, pero las vacas, mucho más malignas, embisten con los ojos abiertos y diabólicamente alertas, y a una velocidad mucho mayor de la que podría desarrollar una muchacha.

Ella subió la última elevación, pálida como el yeso y jadeando, con el cabello flotando al viento, en el último grado de terror. La más cercana de las reses estaba de ella a unos diez metros cuando Calhoun disparó, desde el doble de esta distancia. La bestia bramó al recibir el impacto, cayó y las demás la arrollaron y pasaron sobre ella, y otras más siguieron detrás, repitiendo lo mismo. La chica vio a Calhoun ahora y corrió jadeando hacia él. Calhoun se arrodilló despacio y comenzó a contener la embestida disparando contra los animales que venían en cabeza.

No tuvo éxito. Había más ganado siguiendo a las primeras reses, y más y más detrás. Parecía como si todo el ganado de la pradera se hubiese unido en la ciega e insensata carga. El golpear de las pezuñas se hizo murmullo primero, y luego estrépito ensordecedor.

Figuras torpes, saltando, corriendo desaforadas, pasaban por cada lado. Muchas caían, pero el bosque de cuernos se alzaba por encima de los cadáveres de los animales que Calhoun había derribado. Siguió disparando. Más y más reses ascendieron por la montaña de los cuerpos de las víctimas, cada vez mayor por efecto de los disparos,

aunque siempre no lo bastante, según parecía, para impedir que los cornúpetas que venían detrás ascendieran, treparan más bien, continuando la salvaje estampida. Y Calhoun disparando y disparando…

Pero poco a poco partió en dos al rebaño. Los animales de vanguardia habían embestido al ver a un enemigo humano, pero el resto los habían seguido obedeciendo al instinto gregario de los bovinos de unirse a los compañeros que corren en cualquier loca urgencia que les domine. La masa densa, mugiente, bufante, gruñente y batiente del ganado levantó una espesa e impenetrable nube de polvo que lo celaba todo, pero los cuadrúpedos seguían galopando a ambos lados de Calhoun, Murgatroyd y la chica: de los tres seres que debieron ser sus víctimas y cuya presencia desencadenó la embestida.

Duró varios minutos. Luego, el tronar de pezuñas disminuyó. Terminó con brusquedad y Calhoun y la chica se vieron solos ante una ingente masa de animales muertos que había logrado desviar lateralmente la estampida, partiéndola en dos grupos que se volvían a juntar a sus espaldas, muchos metros detrás. Volviéndose, pudieron ver aún la retaguardia del innumerable rebaño, que continuaba estúpidamente la carga, muy parecido ahora a una estampida, cuyo original objetivo ninguna de las bestias recordaba ya.

Calhoun tocó pensativo el cañón de su rifle desintegrador, y parpadeó al notarlo excesivamente recalentado.

–Acabo de darme cuenta -dijo con frialdad-, de que aún no sé su nombre. ¿Cómo se llama?

–Maril -contestó la muchacha. Tragó saliva y añadió-: Gra… gracias.

–Maril… -exclamó Calhoun-, ¡es usted una idiota! Fue por lo menos una insensatez marcharse sola. ¡Pudo haberse perdido! Me hubiera podido costar muchos días de búsqueda hasta hallarla, días muy necesarios para resolver asuntos más importantes -se detuvo y respiró profundo-. Ha podido estropear la ligerísima posibilidad que yo tengo de hacer algo en lo tocante a los planes vengadores de Weald. ¡Y era preciso que usted actuara de la manera más reconcentradamente loca, y con la imbecilidad más supina que criatura alguna pudiera concebir! – luego añadió con tono más amargo todavía-: ¡Y yo tuve que dejar atrás a Murgatroyd, para poder alcanzarla a usted a tiempo! El pobre animalito se quedó en el mismísimo camino que siguieron las reses…

Se apartó de la muchacha y dijo:

–¡Está bien! Volvamos a la nave. Iremos a Dará; de todos modos teníamos que ir. Pero Murgatroyd…

Entonces oyó un pequeñísimo estornudo. De la nube de polvo que aún dominaba el ambiente apareció Murgatroyd, con expresión de

infinita tristeza. Estaba cubierto de tierra y desaliñado; arrastraba la cola caída y estornudaba casi continuamente. Caminaba como si apenas pudiera poner una pata delante de la otra, pero al ver a Calhoun estornudó una vez más y dijo:

–¡Jiii! – con vocecilla desconsolada. Luego se sentó y esperó que Calhoun fuera a recogerle.

Cuando Calhoun lo hizo, Murgatroyd se le colgó patéticamente, diciendo:

–¡Jiii-jiii! – y de nuevo-: ¡Jiii-jiii! – como si le contara la historia de una serie de indecibles horrores, de catástrofes increíbles, de desastres sin fin.

Y, en realidad, el hecho de que un animalito como Murgatroyd hubiese salido con vida, era muy notable. Se había librado de verse pisoteado por las pezuñas de cientos de animales en estampida. La suerte debía haber tenido gran parte en ello, aunque una agilidad histérica para esquivar también tenía que haber influido mucho.

Calhoun se encaminó al valle donde se alzaba el puesto minero y donde estaba ahora posado el navío médico. Murgatroyd iba colgado de su cuello. Maril les seguía desanimadamente. La muchacha estaba en aquella edad en que algunas chicas -y los hombres del tipo correspondiente- crecen dedicando más pasión a los puros ideales o a las causas perdidas que a los romances personales, más prometedores. Y cuando están imbuidas por aquella ansia de nobles propósitos o empresas, se sienten convencidas de que cuanto decidan hacer es lo más sensato, siempre y cuando tenga apariencias dramáticas. Pero ahora, Maril estaba abatida.

Calhoun no le volvió a dirigir la palabra. Abría la marcha. A unos dos kilómetros empezaron a ver retazos de la ya desvanecida horda. Un poco más allá, aquellos animales disgregados les vieron a ellos. De ser ganado doméstico, del que vive en las granjas lecheras, no habría habido problema, pero aquéllas eran reses salvajes, capaces de volverse furiosas por cualquier nimiedad. En dos ocasiones Calhoun tuvo que utilizar su rifle desintegrador para reprimir cargas incipientes de los irritados toros o de las incluso más irritadas vacas. Las que tenían terneros eran las más recelosas y suspicaces, quizá temiendo que Calhoun pretendiera quitarles a sus retoños.

Fue un alivio entrar en el valle de nuevo. Pero aún quedaban tres kilómetros de camino hasta llegar a la torre de aterrizaje, junto a la cual se había posado el navío médico, en un terreno repleto de hedionda carroña.

Se hallaban quizá a sesenta metros de la nave cuando un rifle desintegrador detonó y su impacto fue visible apenas más allá de Calhoun, en el suelo, y el monstruoso calor se sintió tan próximo que el joven miembro del Servicio Médico se quedó helado de espanto. No

había sido una advertencia. No era un aviso. Se trataba de un disparo que estuvo horriblemente cerca de acabar con la carrera de Calhoun de manera asaz arbitraria.

IV

Cinco minutos más tarde Calhoun había localizado a uno de los presuntos criminales detrás de una masa de tablas destrozadas, que otrora había sido una pared. Encendió la madera mediante un disparo desintegrador y luego, maliciosamente, cuando el hombre que se había cobijado allí huyó de las llamas, lanzó otros disparos en torno. Pudo haberlo matado diez veces, pero era más deseable abrir y entablar alguna comunicación. Por tanto, falló con intención.

Maril había estado gritando que procedía de Dará y que tenía un aviso para ellos, pero no le respondieron. Había tres hombres con potentes y pesados rifles desintegradores. Uno era aquel que Calhoun había hecho salir de su escondite mediante el fuego. El rifle de aquel hombre explotó cuando las llamas le alcanzaron. Quedaban dos.

El siguiente, como descubrió inmediatamente Calhoun, estaba abriéndose camino por detrás de la maleza hasta una especie de repisa de piedra desde la que podría disparar a su merced a Calhoun, porque lo tendría precisamente debajo. Calhoun se había dejado caer dentro de un hoyo, y empujó a Maril bajo cobijo al primer disparo. El segundo hombre planeaba alegremente alcanzar un punto desde el que pudiera dispararle como lo haría contra un pez dentro de la pecera.

El tercer individuo había disparado media docena de veces y luego desapareció. Calhoun imaginó que su intención era dar la vuelta para situarse a su espalda, esperando que Calhoun no tuviese desde allí protección alguna. Le llevaría algún tiempo conseguirlo.

Así que entonces, industriosamente, concentró su fuego en el hombre que trataba de colocarse por encima de él. Se hallaba ahora tras de un peñasco, no muy diferente del que servía de parapeto a Calhoun. Incendió la maleza en el punto hacia el que aquel otro hombre tenía intención de llegar. Eso, entonces, hizo que el esfuerzo de aquel agresor fuese inútil.

Luego envió una docena de disparos al cobijo rocoso de aquel individuo. Lo recalentó. Se alzó el vapor en masas blancuzcas y azuladas, y vio como su adversario huía. Le vio tan claramente que estaba seguro de que tenía un retazo de pigmento azul en el costado derecho de su nuca.

Gruñó y giró para buscar al tercero. Aquel hombre se movía a través de la espesa maleza y Calhoun la inflamó en una zona adecuada, con arreglo a la dirección del viento, para que las llamas se extendiesen. Con toda evidencia, aquellos hombres no estaban adiestrados en prácticas de combate con rifles desintegradores. El

tercer individuo también tuvo que huir, y lo hizo. Pero algo salió de su mano describiendo un arco a través del humo. Cayó en el suelo directamente delante de Calhoun, entre él y la dirección del viento. Una nube de humo blanco se expandió violentamente.

Fue el instinto lo que hizo que Calhoun reaccionase de aquel modo. Puso en pie a la chica y la apremió para que corriese hacia el navío médico. El humo procedente de la bomba lo rodeó, pero no alcanzó para nada a Maril. Calhoun, sin embargo, no pudo menos que respirar una bocanada de algo extraño, ni suave ni ardoroso, que no producía el menor efecto a la vegetación. Cesó de respirar y se lanzó hacia adelante. Una vez en el aire libre, vació sus pulmones y los volvió a llenar. Entonces estaban a mitad de camino de la nave, con Murgatroyd llevando la delantera.

Pero el corazón de Calhoun comenzó a latir furiosamente. Sus músculos se tensaron y retorcieron. Tenía síntomas extraordinarios, como los correspondientes a una extrema agitación. Juró, pero un hombre de Servicio Médico no reaccionaría ante tales síntomas como habría hecho cualquier individuo sin conocimientos de medicina. Calhoun estaba bastante familiarizado con el gas lacrimógeno, usado por la policía en algunos planetas.

Pero aquél era diferente, y peor. Incluso mientras ayudaba y apremiaba a Maril para que marchase hacia adelante, automáticamente consideró sus sensaciones y llegó a la conclusión de que se trataba de gas del pánico. La policía no lo utilizaba, porque el pánico es peor que cualquier alboroto o tumulto. Calhoun sintió todos los síntomas físicos del miedo, y un terror avasallador le apretó la garganta.

Un hombre cuya mente se llena de terror experimenta ciertas sensaciones físicas: el corazón le late salvajemente, los músculos se tensan y retuercen y se siente un impulso frenético de entregarse a la acción convulsiva. Cualquier hombre en que aquellas sensaciones físicas son producidas por otros medios, ordinariamente encontrará su mente predispuesta para el terror.

Calhoun no podía combatir con sus sentimientos mentales, pero su actitud clínica le permitió actuar a pesar de ello. Los tres, en su frenética carrera, llegaban a la base del navío médico. Uno de sus enemigos había perdido su rifle, y no contaba. Otro había huido de las llamas y podía ser olvidado por unos instantes, de todas maneras. Pero el impacto de un disparo chocó contra el casco metálico de la nave a un metro escaso de Calhoun, y el joven giró en redondo buscando al tercero mientras lanzaba una ráfaga de su rifle que vació por completo el cargador.

Entonces abrió la escotilla, pesaroso de estar conmovido y temblando. Apremió a la chica y a Murgatroyd para que entrasen.

Cerró de un portazo la puerta exterior precisamente cuando otro impacto la alcanzaba.

–No… no se han dado cuenta -exclamó Maril desesperada-. Si al menos supiesen…

–Hábleles, si gusta -dijo Calhoun; le castañateaban los dientes y estaba ofuscado, porque sus síntomas eran de terror.

Oprimió un botón en el tablero de control y señaló hacia el micrófono. Sacó una botella de oxígeno, e inhaló profundamente de ella. El oxígeno, con toda evidencia, debería de ser un antídoto para el pánico, puesto que los síntomas de terror hacen aumentar la oxigenación de la corriente sanguínea y de los músculos, y obligan a un esfuerzo sobrehumano; posible, aunque innecesario.

Respirar oxígeno al noventa y cinco por ciento le produjo el mismo efecto que a los sobrecogidos por el terror, así que su corazón disminuyó su latir hasta casi la normalidad y su cuerpo se relajó. Extendió la mano, y vio que ya no temblaba. Había tenido miedo al ver que temblaban incontrolablemente sus dedos cuando señaló a Maril el micrófono.

Se volvió hacia ella. La muchacha no había hablado todavía.

–Es que… ¡puede que no sean de Dará! – dijo vacilante-. Acabo de pensarlo. Pueden ser cualquier otra cosa, quizá criminales que planearan asaltar la mina para robar una carga de mineral.

–No diga tonterías -exclamó Calhoun-. Vi a uno de ellos con bastante claridad como para estar seguro. Pero son tipos escépticos. Me temo que hayan más de camino hacia aquí desde donde están ocultos. De todas maneras, ahora sabemos que estaban a la escucha. Me aprovecharé de eso y nos iremos.

Tomó el micrófono. Un instante más tarde su voz atronaba la quietud exterior de la nave, cortando el diminuto agitarse de las pequeñas criaturas vivientes.

–¡Éste es el navío médico *Aesclipus Veinte*!. -decía Calhoun, con una voz amplificada hasta lo indecible-. Salí de Weald hace cuatro días, uno después de que llegase desde aquí el navío de carga con todos los de a bordo muertos. En Weald no saben lo que ocurrió, pero sospechan que fueron los pieles-azules. Tarde o temprano buscarán por aquí. ¡Márchense! ¡Cubran sus huellas! ¡Escondan todo rastro de que han estado alguna vez en este planeta! ¡Váyanse de prisa!

»Una advertencia más: se habló de bombardear Dará con bombas de fisión. ¡Están asustados! ¡Si acaso encuentran sus huellas, se asustarán todavía más! Así que cubran el rastro que hayan podido dejar, y ¡márchense de aquí!

La voz muchas veces multiplicada rodó y despertó ecos entre las colinas, pero se oyó con claridad. Cualquiera que la percibiese la comprendería, y su alcance era de casi diez kilómetros.

Pero no hubo respuesta. Calhoun esperó un tiempo razonable. Luego se encogió de hombros y se sentó ante el tablero de control.

–No es fácil convencer a unos hombres desesperados de que se han pasado de listos -observó-. ¡Agárrate fuerte, Murgatroyd!

Los cohetes rugieron. Luego hubo un tremendo ruido que terminó con todo sonido pequeño, y la nave empezó a subir. Incrementó la velocidad, subiendo y subiendo y subiendo y subiendo. Para cuando llegó fuera de la atmósfera iba a bastante velocidad como para llegar al espacio vacío sin dificultad alguna. Calhoun cortó el encendido de todos los cohetes.

Se ocupó entonces de aquellas tareas de astrogación, que empiezan con orientarse en las direcciones galácticas después de partir de un planeta que gira a su propia velocidad individual. Luego se computa el rumbo de la superimpulsión hasta el siguiente planeta, según las coordenadas respectivas del mundo que se acaba de abandonar y al que se trata llegar.

En ese momento, sigue la tarea laboriosa de escoger una estrella de corta magnitud, uno de cuyos planetas sea el de destino. La eligió con precisión ultrafina.

–¡Preparados para la superimpulsión! – dijo al poco-. ¡Agárrense!

El espacio vaciló. Hubo una sensación de náusea, de malestar, de horror a caer en una espiral frenética. Luego quietud y solidez, y negrura fuera del navío médico. La nave estaba en superimpulsión.

–No sé lo que planea usted ahora -dijo la muchacha al cabo de un rato, con acento intranquilo.

–Voy a Dará -contestó Calhoun-. En Orede intenté conseguir que los pieles-azules de allí se fueran de prisa. Quizá he tenido éxito, no lo sé, pero… todo este asunto ha sido mal llevado. Incluso si hay hambre en el pueblo, no se deberían de hacer cosas más allá de la desesperación. El estar desesperado anula el funcionamiento de la mente. No se piensa nada a derechas.

–Ahora sé que fui muy… muy estúpida.

–Olvídelo -ordenó Calhoun-. No hablaba de usted. Aquí me veo en medio de una situación que el Servicio Médico debería haber tomado a su cargo y aclarado hace generaciones. Pero no sólo es obligación del Servicio Médico; es un desorden corriente. Antes de que yo pudiese comenzar a comprender el problema básico, esos idiotas de Orede… ¡Pero si todo había sucedido antes de que yo llegase a Weald! Una explosión emotiva disparada por una nave llena de hombres muertos que nadie intentaba matar…

Maril sacudió la cabeza.

–Esos individuos darianos -continuó Calhoun, enojado- no deberían haber ido a Orede, en primer lugar. Una vez allí, los navíos debieron haberse quedado en un continente en donde no hubiese gente de

Weald excavando una mina y matando el ganado por deporte en sus días libres. ¡No debieron dejarse ver! Y creo que fueron localizados. Y, de nuevo, si eso ocurría a gran distancia de la instalación minera, probablemente pudieran haber aniquilado a las personas que les vieron antes de que volviesen a la base con la noticia. Pero parece ser que los mineros vieron a hombres cazando, y se acercaran lo bastante para comprobar que eran pieles-azules, y luego volvieron a la mina con la noticia…

La muchacha esperó a que terminase de explicarse.

–Sé que son conjeturas, pero encajan -dijo Calhoun con disgusto-. Los de Dará, por tanto, tenían que hacer algo. O aniquilaban el puesto minero, o la historia de que los pieles-azules estaban en Orede tenía que ser desacreditada. Los pieles-azules intentaron ambas cosas. Utilizaron gas del pánico sobre el ganado y le hicieron volverse loco y que cargase contra el puesto, como cuadrúpedos lunáticos que son. Y los pieles-azules utilizaron también el gas del pánico en el propio puesto, mientras el ganado marchaba hacia él. Pudo haberse resuelto todo el asunto de manera satisfactoria. Una vez pasado todo, cada individuo del puesto creería que había perdido la cabeza por un rato y que lo más importante sería reedificar las destrucciones ocasionadas por el ganado. No estaría muy seguro de lo que hubiese visto u oído antes. Es posible que tratasen de comprobar más tarde la historia de los pieles-azules…, pero no recordarían nada con certeza. ¡El plan pudo haber salido bien!

De nuevo la muchacha aguardó.

–Por desgracia, cuando los mineros se vieron presos del pánico, corrieron a la nave. También por desgracia, el gas del pánico se metió en el navío con ellos. Así que permanecieron asustados mientras el navegante astronómico, presa también del pánico… partió. Se encaminaron hacia Weald y se metieron en superimpulsión… que les llevaría de todos modos a Weald…, porque ese sería el modo más rápido de alejarse de lo que les causaba temor. Pero él y todos los hombres de la nave estaban aún locos de pánico, porque seguían respirando el gas… ¡Y lo siguieron respirando hasta que murieron!

Silencio. Después de un largo intervalo, preguntó Maril:

–¿No cree usted que los darianos tenían intención de matar?

–¡Creo que fueron muy estúpidos! – contestó Calhoun airado-. Alguien instó para que se utilizase el gas del pánico en caso de tumulto público. Pero es demasiado peligroso. Nadie sabe lo que hará un hombre presa del terror. Tome a un par de centenares de individuos y hágales presa del pánico a todos, ¡y no habrá límite para sus locuras! Todo el asunto fue mal manejado.

–Pero… ¿usted no los censura, entonces?

–Por ser estúpidos, sí -dijo Calhoun, decidido-. Pero de haber

estado en su lugar, quizá…

–¿Dónde nació usted? – preguntó Maril de repente.

Calhoun hizo girar su cabeza.

–No. No donde usted se imagina, o espera. No en Dará. Sólo porque yo me comporto como si los darianos fuesen humanos, no significa que sea yo uno de ellos. Pertenezco al Servicio Médico y actúo como miembro de tal servicio, y como creo que debería actuar. – Su tono se hizo exasperado-. ¡Maldición! Se supone que yo debo enfrentarme con situaciones sanitarias, con causas posibles o actuales de muerte para la Humanidad… Y si Weald cree haber encontrado pruebas de que los pieles-azules están de nuevo en el espacio y matan a los darianos, eso no será nada saludable. ¡Ya están a punto de decidirse a dejar caer bombas de fisión sobre Dará para barrer a todos sus habitantes!

–¡Que bombardeen si quieren! – exclamó Maril con firmeza-. Por lo menos sería una muerte más rápida que la del hambre.

Calhoun la miró, más exasperado que antes.

–¿Ha habido malas cosechas otra vez? – preguntó. Cuando la muchacha asintió, dijo amargamente-: ¿Otra vez estado de hambre? – cuando la chica otra vez volvió a asentir, exclamó Calhoun con tono sombrío-: Y claro, el hambre es el padre de los problemas sanitarios… Queda dentro de mi radio de acción, como todo lo demás.

Se levantó. Luego tornó a sentarse.

–Estoy cansado -dijo con llaneza-. Me gustaría dormir un poco. ¿Le importaría coger un libro o cualquier otra cosa, y meterse en la otra cabina? A Murgatroyd y a mí nos gustaría un poco de evasión de la realidad. Con suerte, si me quedo dormido, es posible que sólo parezca una pesadilla. ¡Será una gran mejora respecto a la que ahora experimento!

A solas en el compartimiento de control, trató de relajarse, pero no le fue posible. Se instaló en un sillón cómodo y empezó a pensar. Meditó y meditó. Puede ser eso una forma de autocompasión, impulsada por una satisfacción emocional; pero también puede ser un modo de descubrir los factores desfavorables de una postura. Un hombre en estado optimista puede ignorarlos, pero ninguna situación terrible puede ser remediada mientras se descuida a cualquiera de sus elementos.

Calhoun consideró sombrío el estado de los habitantes del planeta Dará, lo cual quedaba dentro de su tarea como miembro del Servicio Médico: debía remediarlo, o por lo menos mejorarlo. Aquellas personas estaban marcadas por retazos de pigmento azul como consecuencia hereditaria de una plaga ocurrida tres generaciones antes. A causa de tales marcas -lo que era un signo fácil de observar-, los habitantes de otros mundos no dejaban de creer que continuaba la

infección, y por ello, los darianos eran odiados y temidos por sus vecinos. Dará era un planeta de parias, excluídos de la raza humana por aquellos que les temían.

Y ahora… había hambre en Dará por segunda vez, y los darianos no tenían intención de dejarse morir tranquilamente. Había mucho alimento en el planeta Orede, rebaños monstruosos de ganado sin propietario. Era natural, pues, que los de Dará construyesen una nave o varias y tratasen de llevar alimentos a su pueblo. Pero esa empresa necesariamente desesperada acababa de despertar en Weald un sentimiento frenético de aprensión. Weald era, si es que entraba en todo lo posible, el planeta más histéricamente temeroso de los pieles-azules que jamás existiera, y el enemigo más implacable de la población de Dará, de esa población que se moría de hambre. Weald prosperaba por sí mismo, y -irónicamente- tenía tal exceso de alimentos, que los almacenaba en innecesarios navíos espaciales puestos en órbita en su torno.

Cientos de miles de toneladas de grano circulaban girando alrededor de Weald en cascos herméticamente sellados, mientras que los habitantes de Dará se morían de hambre y sólo se atrevían a robar -si podía llamarse a eso robo- parte del innumerable ganado salvaje de Orede.

Los pieles-azules sobre Orede no podían confiar en Calhoun, así que fingieron no oírle. O quizá es que no le oyeron. Se habían visto abandonados y traicionados por toda la Humanidad, fuera de la de su propio mundo. Se habían visto amenazados y oprimidos por navíos de vigilancia en órbita en su torno, dispuestos a disparar contra cualquier nave espacial que tratasen de enviar al espacio…

Así Calhoun meditó, mientras Murgatroyd bostezaba y trepaba a su aro y se enroscaba para dormir con la peluda cola cuidadosamente apoyada por encima de su nariz.

Mucho tiempo después, Calhoun oyó unos débiles sonidos… que no eran normales en un navío médico marchando en superimpulsión. No formaban parte de los murmullos al azar generados con cuidado para mantener soportable el silencio de la nave. Calhoun levantó la cabeza. Escuchó atento. El sonido no provenía del exterior.

Llamó a la puerta de la cabina dormitorio. Los ruiditos cesaron al instante.

–Salga -ordenó a través de la puerta.

–Estoy… estoy bien -dijo la voz de Maril. Pero no hablaba con tranquilidad. La muchacha se detuvo, hizo una pequeña pausa-. ¿Hice ruido? Sería una pesadilla…

–¡Deseo que me diga usted la verdad de vez en cuando! – exclamó Calhoun-. Salga, por favor.

Se oyó agitación. Al cabo de un rato abrióse la puerta y apareció

Maril. Tenía el aspecto de haber estado llorando.
–Probablemente tenga un aspecto raro, pero es porque estaba durmiendo -dijo rápidamente.
–Al contrario -le contestó Calhoun, enfadado-. Estaba usted despierta y llorando. No sé por qué. Yo estaba aquí fuera deseando poder hacerlo, porque soy una especie de fracasado. Pero puesto que usted no dormía, quizá pudiera ayudarme con mi tarea. He descubierto algunas cosas. Descubierto no, imaginado. Para averiguar otras necesito hechos. ¿Quiere suministrármelos?
La muchacha tragó saliva.
–Lo intentaré.
–¿Café? – preguntó él.
Murgatroyd asomó la cabeza de su cabina dormitorio en miniatura.
–¿Jiii? – preguntó con interés.
–¡Vuélvete a dormir! – le espetó Calhoun. Comenzó a pasear arriba y abajo-. Necesito saber algo acerca de los retazos pigmentados -dijo, animoso-. Quizá parezca una tontería pensar ahora en tales cosas… pero, ya sabe usted, lo primero es lo primero. Y ésta es la primera cosa. Mientras los darianos no tengan el mismo aspecto que las personas de otros mundos, todos creerán que son seres diferentes. Si su apariencia es repulsiva, creerán que son malos. Hábleme de esos retazos. Hay de tamaños diferentes y de formas distintas, y aparecen en sitios diversos del cuerpo. De todas maneras, usted no tiene ninguno en el rostro ni en las manos.
–No, no tengo en ninguna parte del cuerpo -dijo la chica con rubor.
–Yo creí…
–No los tiene todo el mundo -dijo ella a la defensiva-. Casi todos, sí. Pero no todos. Algunas personas carecen de ellos. Otras nacieron ya con lunares azulados en la piel, pero se desvanecen mientras dura la niñez. Cuando crecen son como las otras personas en Weald o cualquier otro mundo. Y sus hijos jamás las tienen.
Calhoun la miró con fijeza.
–¿Entonces, posiblemente no se pueda demostrar que es usted una dariana?
La muchacha sacudió la cabeza. Calhoun se acordó y empezó a preparar el café.
–Cuando usted abandonó Dará -prosiguió-, la nave la llevó a mucha, muchísima distancia, hasta un planeta en que jamás oyeron hablar de Dará, y a los que aquel nombre nada significaba. Usted pudo haberse instalado allí o en cualquier otra parte, y olvidarse de Dará. Pero no lo hizo. ¿Por qué no, ya que no es una piel-azul?
–¡Pero sí lo soy! – dijo ella con fiereza-. Mis padres, mis hermanos y hermanas, y Korvan…
Entonces se mordió el labio. Calhoun tomó nota, pero no hizo

ningún comentario sobre aquel nombre que la muchacha acababa de mencionar.

–Entonces sus padres tuvieron lunares apagados, y por eso usted jamás los tuvo -dijo absorto-. ¡Algo así ocurrió en Tralee una vez! Hay un virus, toda una familia de partículas de virus. Probablemente los humanos somos inmunes a ellos. Tiene uno que estar en una situación física muy mala para que la contaminación se produzca y los virus ataquen al individuo. Pero una vez esos virus se han establecido, pasan de la madre al hijo. Y cuando desaparecen, también es durante la niñez.

Sirvió café para los dos. Murgatroyd saltó al suelo y dijo impaciente:

–¡Jiii! ¡Jiii!

Calhoun llenó distraído la tacita de Murgatroyd y se la entregó.

–¡Pero eso es maravilloso! – dijo la muchacha, exuberante.

–Las manchas azules desaparecieron después de la plaga, ¿verdad? Después que el pueblo se recobró… los que llegaron a recobrarse…

Maril le miraba con fijeza. La mente de él estaba llena de consideraciones estrictamente profesionales. No le hablaba como a una persona; ella se había convertido en una fuente de información.

–Eso me dijeron -dijo Maril con reserva-. ¿Hay todavía más preguntas humillantes que quiera hacerme?

El clavó sus ojos en la muchacha. Luego dijo de mala gana:

–Soy un imbécil, Maril, pero usted es muy suspicaz. No hay nada personal…

–¡Para mí sí! – contestó ella con fiereza-. Yo nací entre pieles-azules y llevo su sangre, y somos odiados, y me hubiesen matado en Weald si hubieran sabido que… que soy una piel-azul. Y está Korvan, que me preparó para ser enviada lejos como espía y me advirtió lo que tenía que hacer, que es precisamente lo que usted dijo: abandonar mi casa, mi mundo natal y a todos los seres queridos…, incluyéndole a él. ¡Para mí es cosa personal!

Calhoun parpadeó con aire desvalido.

–Lo siento -repitió-. Bébase ese café.

–No lo quiero -exclamó ella, amargada-. Prefiero morir.

–Si sigue usted así -le dijo Calhoun-, conseguirá lo que desea. Está bien, ya no habrá más preguntas.

La muchacha dio la vuelta y avanzó hacia la cabina dormitorio. Calhoun se la quedó mirando.

–Maril.

–¿Qué?

–¿Por qué lloraba?

–Usted no lo comprendería -contestó ella con sencillez.

Calhoun se encogió fuertemente de hombros. Era un hombre de

carrera. En su profesión no se le consideraba un incompetente. Pero no hay ninguna carrera en la que se puede considerar a un hombre lo bastante competente como para comprender a las mujeres. Calhoun, enojado, tenía que dejar que el azar, la casualidad o el desastre se encargasen de los problemas personales de Maril. Por delante tenía asuntos más importantes de los que cuidarse.

Al menos, ahora ya tenía algo en qué trabajar. Estuvo revolviendo afanosamente entre las cintas grabadas con referencias. Sacó una colección explícita de informes sobre la materia que necesitaba exactamente. Abandonó la sala de control y bajó a la zona de almacenes del navío médico. Encontró una caja ultracongelada, cuyo contenido se mantenía a la temperatura del aire líquido. Se colocó unos gruesos guantes, y utilizando un juego especial de pinzas sacó un bloque diminuto de plástico en el que habían introducido una redoma de vidrio sellada. Empezó a calentarse al instante en que la sacó, y cuando la caja del almacén estuvo cerrada de nuevo el bloque se hallaba cubierto de una capa de hielo.

Volvió a la sala de control y bajó el panel que descubría el laboratorio, pequeño pero sorprendentemente adecuado para experimentos biológicos. Colocó el bloque de plástico en un recipiente que alzaría muy gradualmente la temperatura específica y la mantendría al nivel deseado. Era, con toda evidencia, un cultivo vivo del que podría obtenerse, multiplicándolo, cualquier cantidad necesaria del mismo. Calhoun ajustó el aparato con gran cuidado.

–Este ha sido un buen día de trabajo -dijo a Murgatroyd-. Ahora creo que voy a descansar.

Entonces, durante largo rato, no hubo ni sonido ni movimiento dentro del navío médico. La chica podía estar durmiendo, o quizá no. Calhoun se acomodó en un sillón que al oprimir un botón se convertía en el más confortable de los lechos. Murgatroyd volvió a su cubil, con la cola curvada por encima del morro.

De vez en cuando se oían los confortadores y casi imperceptibles murmullos. Servían para conservar el sentido de la vida dentro de la nave. Pero precisamente por estos infinitésimos ruiditos, cuidadosamente grabados para tal propósito, se evitaba que la mente del viajero creyese en su inconsciente que el navío era una especie de tumba.

Pero todo cambiaba cuando empezaba un nuevo día, según el tiempo de la nave; porque el murmullo inaudible se convertía en sonidos de actividades mañaneras; lejanas como ecos, aunque, sin embargo, estableciendo una atmósfera sonora puramente adecuada al instante.

Calhoun se levantó y examinó el bloque de plástico y su contenido. Leyó los instrumentos que había dejado ajustados mientras dormía.

Colocó el bloque, que ya no estaba congelado, en el microscopio y vio lo que encerraba: partículas infinitésimas de vida en el proceso de multiplicarse dentro del medio alimenticio que se había descongelado con ellos cuando empezaban a salir del estado de espora. Se sintió satisfecho. Volvió a colocar el bloque en el horno de incubación y se enfrentó animoso al nuevo día.

Maril le saludó con gran reserva. Se desayunaron con Murgatroyd comiendo en su platito sobre el suelo, su tacita de café al lado.

–He estado pensando -dijo Maril con sencillez-. Creo que estoy dispuesta a oír cualquier idea suya que pueda servir para ayudar a Dará.

–Es usted muy amable -murmuró Calhoun.

En teoría, un hombre del Servicio Médico tiene toda la autoridad necesaria para cualquier emergencia. El poder para declarar un planeta en cuarentena, desgajándolo de todo el comercio interestelar, podría ser bastante para obligar a cualquier Gobierno de ese mundo a que cooperara. Pero en la práctica, Calhoun tenía exactamente tanto poder como el que podía ejecutar directamente.

Weald no podía pensar razonablemente en cuanto a los pieles-azules, y, con certeza, a las autoridades de Dará tampoco se las podría considerar cono ecuánimes. Tenían por detrás una larga historia de aislamiento, de proscripción, y una larga experiencia en ser considerados menos que humanos. A sangre fría, y bien mirado, Calhoun no tenía poder en absoluto.

–¿Puedo preguntar qué influencias tiene usted allí? – exclamó Calhoun.

–Hay un hombre que piensa mucho en mí -contestó Maril con reservas-. No conozco cuál es su postura oficial presente, pero era, por lo menos, un hombre prometedor. Yo le diré cómo ha actuado usted hasta ahora, y le hablaré de su actitud, y, claro, que es usted del Servicio Médico. Estoy segura de que se alegrará de ayudarle.

–¡Espléndido! – dijo Calhoun moviendo la cabeza-. Ése tiene que ser Korvan.

La chica se sobresaltó.

–¿Cómo lo sabe usted?

–Intuición.

Calhoun había hablado con sequedad. Meditó unos momentos.

–Está bien, contaré con él -concluyó.

Al decir esto la muchacha le sonrió, un tanto aliviada. Murgatroyd alzó la cabecita y contempló de hito en hito a sus dos amigos. Sin embargo, los pensamientos de Calhoun iban por distinto rumbo. En el silencio que siguió, silencio lleno de los murmullos propios de las cintas magnetofónicas ocultas del navío, cada uno consideraba el problema, interiormente, desde su punto de vista. Calhoun había

dicho que contaría con Korvan…, pero no lo pensaba.

Siguió trabajando en el pequeño laboratorio biológico todo aquel día y el siguiente. La chica permaneció muy callada. Murgatroyd trató de entrar en esa pretendida conversación propia de él, pero ella no pareció dispuesta a seguirle la corriente.

Pero una vez pasado el día del navío, llegó la hora de salir de superimpulsión.

Mientras la nave era el mundo en sí misma, era fácil mirar hacia adelante, contemplar el futuro con confianza. Pero cuando se iba a poner en contacto y, en cierto modo, en conflicto con otros y más grandes mundos, alineados en la proximidad, las perspectivas parecían menos brillantes.

Ahora Calhoun tenía planes definidos, pero había muchas y diversas maneras en que podían llegar a frustrarse.

Se sentó en el tablero del control y miró el reloj.

–Tengo las cosas preparadas -dijo a Maril-, si es que dan resultado.

Maril le escuchó. Abrió la boca para hablar, pero no dijo nada. Calhoun prosiguió:

–Si puedo lograr que alguien en Dará me escuche, lo que es improbable, y siga mi consejo, lo que es más improbable todavía; y si en Weald no se meten en la cabezota ideas que probablemente se meterán; y si se hace lo que yo sospecho… cosa que quizá todavía pueda hacerse…

Maril siguió vacilante todo aquel indeterminado palabreo. La ironía de Calhoun se le escapaba, aunque, a veces, percibía parte de la profunda amargura que reinaba en el interior del joven médico.

–Estoy segura de que usted hará cuanto pueda, y que lo que haga, será lo mejor -dijo Maril con educación.

Calhoun logró sonreír. Miraba el reloj. No había ninguna sensación peculiar en la superimpulsión, excepto al principio y al fin. Ahora era el momento del fin. Podía descubrir muchas cosas que era muy posible que hubiesen ocurrido. Sus planes podrían ser considerados inmediatamente desesperados. Weald podía haber enviado navíos a Dará. O Dará podía estar en tal estado de desesperación, que…

El navío médico salió de superimpulsión a un mes luz del sol en torno al cual giraba el planeta Dará. Calhoun dio un ligero salto hacia él. Por entonces, Dará estaba al otro lado de la resplandeciente y amarilla estrella. Le llevó tiempo alcanzar el planeta.

Llamó, identificándose a sí mismo y al navío y pidiendo coordenadas para que su nave pudiera aterrizar. Había confusión, como si su solicitud fuese tan desusada que no hubiese nadie capaz de proporcionar las respuestas con diligencia.

La torre de aterrizaje y su antena, también, estaban en el lado nocturno del planeta. Al poco la nave se vio encerrada por los campos

de fuerza de la antena. Comenzó a bajar.

Calhoun vio que Maril estaba sentada tensa, retorciéndose los dedos unos con otros, hasta que la nave tocó el suelo.

Entonces Calhoun abrió la escotilla de salida… y se encontró a hombres armados que en la oscuridad le apuntaban con rifles desintegradores. Incluso había un cañón portátil enfilado contra el propio navío médico.

–¡Salga! – gritó una voz.

Calhoun no respondió. Pasaron unos minutos, aunque quizá fueron tan sólo segundos.

–¡Si intentan algo serán desintegrados! – repitió la voz-. ¡Este navío y todo lo que contiene queda requisado por el Gobierno de nuestro planeta!

V

Parecía que el olor a hambre estaba en el aire mismo. Los hombres armados tenían un aspecto demacrado. Trajeron luces, y en el suelo se proyectaron sombras desnudas y hurañas. Los captores de Calhoun iban uniformados, pero los uniformes les pendían flácidos. Allí donde las luces les daban en la cara, sus mejillas se veían hundidas. Eran seres cadavéricos. Y se percibían los lunares de pigmento de que Calhoun había oído hablar.

El hombre más próximo al escotillón del navío médico tenía una marca monstruosa e irregular de azul turbio en un lado del rostro y sobre la frente. El individuo cerca de él tenía la garganta azul. El siguiente hombre estaba menos marcado, pero su oreja izquierda era azul y tenía una especie de salpicadura del mismo color sobre la piel por debajo del cabello.

El jefe del truculento grupo -podía catalogarse también como «pelotón de combate»- hizo un gesto imperativo con la mano. Era azul, excepto dos dedos que al resplandor de la iluminación parecieron más blancos que el mismo blanco.

–¡Fuera! – dijo salvajemente-. Nos incautamos de sus depósitos de provisiones. Tendrá usted su parte en ellos, como todo el mundo, pero…

Maril habló por encima del hombro de Calhoun. Murmuró un par de frases en clave. Debieran haber bastado como contraseña de identificación, pero el grupo armado era escéptico.

–Oh, eres uno de los nuestros, ¿eh? – dijo el jefe de los guardias, sardónico-: Se te dará oportunidad para probarlo. ¡Salgan fuera los tres!

Calhoun habló abruptamente:

–Éste es un navío médico -dijo-. En su interior hay medicinas y cultivos bacteriológicos. No se debe manipular con eso. ¡Ya han tenido ustedes en Dará bastantes epidemias!

El hombre de la mano azul respondió tan sardónico como antes:

–¡Dije que el Gobierno confiscaba su nave! No será saqueada, pero no dejaremos que se lleve usted al partir el cargamento completo de comestibles. En realidad, no es probable que se marche usted de aquí…

–Quiero hablar con alguien que posea autoridad -espetó Calhoun-. Acabamos de llegar de Weald. – Notó un odio intenso en su torno cuando oyeron la palabra-. Hay tumultos allí. Hablan de bombardear Dará con bombas nucleares. ¡Es importantísimo que hable con alguien que tenga la suficiente autoridad como para disponer unas cuantas precauciones razonables!

Descendió al suelo. Tras él se oyó un asustado «¡Jiii! ¡Jiii!», y Murgatroyd se lanzó contra su cuerpo colgándosele aprensivamente del cuello.

–¿Qué es eso?

–Un tormal -contestó Calhoun-. No es ninguna mascota. El médico de ustedes sabrá algo de él. Éste es un navío médico y yo un miembro del Servicio Médico, y este animalito es parte importante de la tripulación. Como es un tormal de navío médico, ¡permanecerá conmigo!

El hombre de la mano azul dijo con aspereza:

–Hay alguien que quiere formularle unas preguntas. ¡Por aquí!

Un coche terrestre vino rodando desde un costado del recinto de aterrizaje. El coche marchaba valiéndose de ruedas, y las ruedas ya no se usaban mucho en los mundos modernos. Dará vivía con retraso en más de un aspecto.

–Este coche le llevará a Defensa, y allí podrá decirles cuanto quiera. Pero no intente escapar y deslizarse de regreso hacia esta nave; estará bajo vigilancia.

El coche terrestre era un vehículo cerrado, con espacio para el conductor y los tres recién llegados en el navío médico. Pero los hombres armados festoneaban su exterior, y luego partió veloz, sorteando y esquivando los cables y vigas del suelo pertenecientes al conjunto de la antena y torre de aterrizaje. Después todavía acrecentó su velocidad.

Había edificios a ambos lados de la calzada, pero pocos mostraban luces. Era de noche y los hombres del recinto de aterrizaje habían causado impresión de hambre, así que el silencio y los oscuros edificios no parecían dar señal de tranquilidad, sueño y descanso, sino de fatiga y desespero.

Las farolas de la carretera eran escasas en comparación con otros mundos habitados, y el coche terrestre necesitaba emplear luces propias para guiar a su conductor por encima de un pavimento que necesitaba reparaciones.

Bajo aquellas luces movibles se podían ver otras cosas deprimentes: suciedad, edificios mal conservados, pruebas de apatía -el camino o carretera, que no había sido limpiado últimamente-, cochambre por doquier. Incluso el hecho de no haber estrellas se añadía a la sensación de miseria, desidia y, como consecuencia, de hambre.

Maril habló nerviosa al conductor.

–¿No ha mejorado la plaga de hambre?

Éste meneó la cabeza negativamente, pero no habló. Tenía un retazo de pigmento azul en la nuca. Se extendía hacia arriba, bajo el pelo.

–Salí de aquí hace dos años -dijo Maril-. Entonces estaba empezando. Todavía no se había iniciado el racionamiento.

–¡Pues ahora lo hay! – exclamó el conductor con llaneza.

El coche marchaba y marchaba. Apareció delante un vasto espacio

abierto; las luces de su perímetro parecían escasas y pálidas.

–Todo parece que ha empeorado. Incluso el alumbrado.

–Se utiliza toda la energía -dijo el conductor- para recalentar el suelo y recoger cosechas en los lugares donde debería ser invierno. Sin embargo, no da muy buen resultado.

Calhoun supo, sin saber cómo, que Maril se humedeció los labios.

–Me mandaron para que desembarcara en Trent -explicó al conductor-, y luego que me trasladara a Weald. Envié informes por correo de cuanto descubrí en Trent. Alguien los traería aquí, cuando la cosa fuera posible.

–Todo el mundo sabe que el hombre en Trent desapareció -contestó el conductor-. Quizá le pillaron, quizás alguien le vio sin maquillaje. O puede que dejase de ser uno de los nuestros. ¿Qué importa la diferencia? ¡Nada, es inútil!

Calhoun se encontró parpadeando un poco. El conductor no estaba enfadado: estaba desesperanzado. Pero los hombres no deberían desesperar nunca. No deberían aceptar la hostilidad de los de su alrededor como un capricho del destino preparado para su destrucción.

–¿Lo comprende? – preguntó Maril a Calhoun rápidamente-. Dará es un planeta rico en metales pesados. No hay muchos elementos ligeros en nuestro suelo. El potasio escasea, así que la tierra no es muy fértil. Antes de la epidemia comerciábamos con nuestros metales y productos manufacturados, importando provisiones y potasa. Pero desde que tuvimos la epidemia, nadie quiso comerciar con nosotros. Nos pusieron en cuarentena.

–Lo comprendo perfectamente -dijo Calhoun-. Era tarea del Servicio Médico procurar que eso no ocurriera. Es ahora problema del Servicio Médico conseguir que cese tal situación.

–Demasiado tarde para hacer algo -intervino el conductor-, por mucho que sea y pueda el Servicio Médico ese del que habla. Se comenta de disminuir nuestra población para que haya alimentos suficientes para unos cuantos. Hay dos problemas concernientes a ese proyecto. Uno, quién debe seguir viviendo. El otro es por qué debe vivir.

El vehículo se dirigía ahora a un racimo de luces algo más brillantes, en el extremo opuesto del gran espacio abierto. Parecieron aumentar en tamaño y número al acercarse más a ellas.

–Había ahí alguien, llamado Korvan… -Calhoun no pudo percibir el apellido porque Maril hablaba casi en un susurro-. Trabajaba en las plantas de alimentación. Pensé que podía llegar a conseguir algo…

–¡Claro! – exclamó el conductor cáusticamente-. ¡Todo el mundo ha oído hablar de él! ¡Apareció con una cosa maravillosa! Él y su equipo descubrieron un modo de tratar las semillas y hierbas para

hacerlas comestibles. Y lo hacen. Uno se puede llenar la panza y no sentir hambre, pero es como comer paja. Igual te vas depauperando. Todavía sigue trabajando. Es jefe de una división del Gobierno.

El coche cruzó un portón de hierro. Se detuvo ante una puerta iluminada. Los hombres armados que viajaban en los estribos saltaron al suelo. Vigilaron estrechamente a Calhoun cuando éste salió, llevando a Murgatroyd encaramado en su hombro.

Minutos más tarde se enfrentaba a un grupo apresuradamente reunido de oficiales del Gobierno de Dará. El aterrizaje de un navío era para los darianos un acontecimiento tan notable que prácticamente requería una reunión de Gabinete. Y Calhoun advirtió que no parecían mejor alimentados que los guardias del puerto espacial.

Miraron a Calhoun y Maril con ojos extrañamente ardientes. Era, claro, porque la pareja no presentaba señales de hambre. Con toda evidencia, no habían estado consumiendo raciones escasas de comida. Los darianos tenían aquello ahora para incrementar un odio, inevitable de todos modos, contra todas las gentes que no eran de su propio planeta.

–Me llamo Calhoun -dijo éste con viveza-. Tengo las credenciales de costumbre del Servicio Médico. Ahora…

No esperó a que le preguntasen. Les contó el apabullante estado de cosas en el Sector Doce del Servicio Médico, que obligó a recurrir a todos los hombres de los demás sectores para remediar lo intolerable y que él era uno de los trasladados provisionalmente. Les habló de su llegada a Weald y de lo que allí ocurrió, desde la excesiva y precavida insistencia para que demostrase no ser dariano, hasta la llegada de la nave de Orede, repleta de cadáveres.

Les dio las noticias que les afectaban, noticias que no sabían en absoluto. Siguió contando su parada en Orede y el propósito que le guió, y su encuentro con los hombres que allí halló. Al terminar se produjo un silencio. Tuvo que romperlo él.

–Miren -dijo-, Maril es una agente de ustedes. Ella les ampliará lo que yo les he contado. Soy del Servicio Médico. Tengo una misión que cumplir aquí, una que antes jamás se hizo. Debería realizar una inspección sanitaria del planeta y hacer recomendaciones para mejorar el estado de cosas. Me sentiré satisfecho si ustedes disponen una entrevista con sus funcionarios de Sanidad. El asunto parece malo, y hay que hacer algo.

Alguien se echó a reír sin ganas.

–¿Qué recetará usted para una prolongada desnutrición? –preguntó maliciosamente-. ¡Ése es nuestro problema sanitario!

–Recetaría alimento -contestó Calhoun.

–¿Y dónde despacharían esa receta?

–También tengo la solución a eso -dijo tajante Calhoun-. Quiero hablar con cuantos pilotos espaciales posean ustedes. Prepárenme una reunión con los astronautas y creo que aprobarán mi idea.

El silencio era totalmente escéptico.

–Orede…

–Orede, no -interrumpió Calhoun-. Weald estará registrando ese planeta en busca de darianos. Si encuentran alguno, vendrán aquí a bombardear.

–Nuestros únicos pilotos espaciales -dijo entonces un hombre alto-, están ahora en Orede. Si usted nos ha dicho la verdad, probablemente estarán de regreso por causa del aviso de usted. Traerán carne.

Su boca adquirió una forma peculiar y Calhoun se dio cuenta de que lo hacía por instinto, al sólo pensar en la idea de carne.

–La cual -intervino con viveza otro hombre-, irá toda a los hospitales. ¡Yo no la he probado desde hace dos años!

–Ni nadie -gruñó otro-. Pero aquí tenemos a este señor llamado Calhoun. No creo que pueda obrar milagros, pero sí podremos descubrir si miente. Pongamos un guardia en su nave. Pero por otra parte, dejemos que nuestros funcionarios de Sanidad hablen con él. Ellos descubrirán si es un miembro de ese Servicio Médico. En cuanto a la tal Maril…

–Puedo identificarme -saltó la aludida-. Me mandaron para reunir información y. enviarla en clave escrita a uno de los nuestros residentes en Trent. Mi familia está aquí. ¡Ellos me identificarán! Y yo… Bien, hay aquí alguien que trabaja en alimentación y que, me parece, ha hecho posible utilizar… toda clase de vegetación como alimento. Él me identificará.

Alguien soltó una áspera risotada.

Maril tragó saliva.

–Me gustaría verle -repitió-. Y a mi familia también.

Algunos de los hombres con manchas azules se apartaron. Un tipo de anchos hombros dijo torpemente:

–No crea que ellos se alegrarán de verla. Y será mejor que no se muestre usted en público. Se la ve bien alimentada. ¡La odiarán por eso!

Maril se echó a llorar.

–¡Jiii! ¡Jiii! – exclamó Murgatroyd azorado.

Calhoun lo apretó un poco más contra su cuerpo. Había allí confusión. Y Calhoun encontró a mano al Ministro de Sanidad. Parecía más escuálido que los demás funcionarios reunidos para interrogar a Calhoun. Le propuso dar una ojeada a los hospitales inmediatamente.

No era práctico. Con la población entera a media ración o menos aún, por la noche la gente necesitaba dormir. En realidad, la mayoría dormía más horas de las que tradicionalmente se dedican para ello

cada veinticuatro horas. Era mucho más agradable dormir que estar despierto y constantemente acuciado por un hambre continua.

Y estaba la cuestión de la simple delicadeza. El incesante morder del hambre tenía un efecto irritante en todo el mundo. Las peleas eran cosa corriente. Y las personas que en plena normalidad hubieran sido cabezas de la opinión pública se sentían avergonzadas porque su mente vivía obsesa en pensamientos de comida. Todo era mejor cuando la gente dormía.

No obstante, Calhoun estaba en los hospitales al rayar el alba. Lo que encontró despertó en él una cólera salvaje. Había demasiados niños enfermos. En cada caso, la desnutrición contribuía con la enfermedad. Y no había alimentos bastantes para ponerlos bien. Los médicos y las enfermeras se quitaban la comida del plato para repartirla entre sus pacientes. Y la mayor parte de aquella penitencia era voluntaria, aunque no habría sido discreto para nadie en Dará aparecer mejor alimentado que sus compatriotas.

Calhoun sacó del navío médico hormonas, enzimas y medicamentos, mientras el centinela de guardia le vigilaba. Demostró el proceso de síntesis y autocatálisis que permitía a tan pequeñas muestras multiplicarse indefinidamente. Se sintió enojado al experimentar los efectos de un clamoroso apetito. Había doctores que parecieron ignorar la ironía que representaba el que se les enseñase a curar enfermedades no dependientes de la nutrición, cuando todos los pacientes estaban desnutridos, a menos de media ración. Aprobaron la sapiencia de Calhoun. Incluso aprobaron a Murgatroyd cuando Calhoun les explicó sus funciones.

Era, claro, un tormal del Servicio Médico, y los tormales eran criaturas de talento. Se les encontró originalmente en un planeta del área de Deneb, y desde el primer momento demostraron ser animalitos sociables y cariñosos. Pero el hecho notable en ellos era que no podían contraer ninguna enfermedad. Ninguna en absoluto.

Los tormales tenían una reacción interior combativa contra las toxinas bacteriales y los virus, y no había ningún organismo patógeno conocido contra el que un tormal no desplegara más o menos inmediatamente una resistencia a base de anticuerpos. Por tanto, en la medicina interestelar los tormales eran inapreciables.

Si se permitía que Murgatroyd se infectara con cualquier organismo enemigo -fuere localizado y conocido o extraño-, al poco se podrían aislar de su torrente sanguíneo una serie de sustancias defensivas de altísimo valor para la lucha eficaz contra la enfermedad, mientras que el animalito seguía disfrutando de su exuberante buena salud de costumbre.

Una vez analizado el anticuerpo mediante las técnicas de microanálisis perfeccionadas por el Servicio, ya estaba todo hecho. El

anticuerpo se obtenía por síntesis y en cantidad, empleándosele para combatir la epidemia con toda confianza.

La tragedia de Dará era, claro, que ningún navío médico había aterrizado en el planeta desde tres generaciones antes, cuando la epidemia estalló. Peor aún: tras la plaga, Weald logró ejercer presión para impedir las visitas sanitarias, presión que sólo un director del Servicio Médico criminalmente incompetente pudo permitir. Pero la incompetencia criminal y sus consecuencias eran la causa de que a Calhoun le hubieran trasladado interinamente al Sector Doce, con el fin de remediar aquel estado de cosas.

Sin embargo, no se sentía tranquilo. De Orede no había llegado nave alguna que confirmara su aserto de haber llevado a cabo un intento para que evacuaran aquel mundo aislado antes de que Weald descubriera en él la presencia de los pieles-azules. Maril se había ido a visitar o volver con su familia, o quizá para consultar con aquel misterioso Korvan que le preparó la salida de Dará convirtiéndola en espía, y que simplemente le había aconsejado que iniciara una nueva vida en cualquier otra parte, abandonando un mundo asolado por el hambre, despreciado y proscrito.

Calhoun se había enterado de dos descubrimientos que el mismo Korvan había hecho en bien de su planeta. Ninguno de ellos era notablemente constructivo. Se había ofrecido para probar el segundo, muriendo por él…, lo que hacía de Korvan un personaje admirable, o dotado de una efectiva pasión hacia el martirio, cosa mucho más común de lo que cree la mayor parte de la gente. Al cabo de dos días, Calhoun estaba tan irritable a causa del hambre que sentía, como para pensar lo peor de cuantos le rodeaban, y en especial de Korvan.

Mientras, Calhoun trabajaba con obstinación; en los hospitales -cuando los pacientes estaban despiertos- y en el navío médico, bajo custodia, después. Ahora tenía retortijones de hambre, pero, sin embargo, probaba y estudiaba el proceso que se desarrollaba en el cultivo biológico introducido dentro de un cubo de plástico.

Trabajaba para aumentar la cantidad de gérmenes de aquéllos. Le habían proporcionado fragmentos de piel de los pacientes muertos en los hospitales; examinó las zonas pigmentadas y muy, muy penosamente, comprobó una teoría. Utilizó para ello el microscopio electrónico, pero descubrió un virus en los retazos azules que concordaba con el tipo del encontrado en Tralee.

Los virus de Tralee tenían efectos que pasaban de madre a hijo, y el heredero se veía tarado por partículas de virus semivivas, es decir, que estaban en plan de degeneración biológica. Y entonces, Calhoun con muchísimo cuidado introdujo dentro de un cultivo de virus el material que había estado reproduciéndose en el cubo de plástico. Vigiló atentamente lo que sucedía.

Se sentía satisfecho, tanto que inmediatamente después bostezó y bostezó y apenas logró llegar tambaleándose a su lecho. El centinela del navío médico le observó algo confuso.

Aquella noche llegó la nave de Orede, repleta de reses congeladas. Calhoun ni se enteró. Pero a la mañana siguiente volvió Maril. Tenía profundas ojeras y su expresión era la de aquella persona que acaba de perder todo cuanto en la vida tenía para ella algún significado.

–Estoy bien -insistió, cuando Calhoun comentó su aspecto-. He estado visitando a mi familia. Vi a Korvan. Me encuentro perfectamente bien.

–Usted no ha comido mejor de lo que lo he hecho yo -observó Calhoun.

–¡No pude! – admitió Maril-. Mis hermanas, mis hermanitas están tan delgadas… Hay racionamiento para todo el mundo y se lleva eficazmente a rajatabla. Incluso me entregaron mis propias raciones. ¡Pero no pude comerlas! Di a mis hermanas la mayor parte del alimento y ellas… ¡ellas riñeron como fieras disputándoselo!

Calhoun no dijo nada. No había nada que decir. Entonces, la muchacha añadió en tono no menos desolado:

–Korvan me trató de tonta por haber vuelto…

–Puede que tenga razón -comentó Calhoun.

–Pero… ¡tenía que volver! – protestó Maril-. Y ahora, al pensar que he estado comiendo cuanto quería, en Weald y en esta nave, me siento avergonzada porque ellos están medio muertos de hambre y yo no. Y cuando veo lo que el hambre les impulsa a hacer… ¡Es terrible estar medio desfallecido de hambre y no ser capaz de pensar en nada que no sea comida!

–Espero poder hacer algo con respecto a eso -dijo Calhoun-. Si es que puedo pillar a un astronauta o dos…

–La nave que estaba en Orede vino anoche -le informó Maril con desánimo-. Estaba cargada hasta los topes de carne congelada, pero un cargamento ni se nota al repartirlo entre todo el planeta. Y si Weald empieza a buscarnos en Orede, no nos atreveremos a volver a buscar más carne. – Se detuvo, luego añadió con algo de brusquedad-: Han traído prisioneros. Mineros. No pudieron subir al navío de los muertos. Los darianos que pusieron al ganado en estampida los capturaron. ¡Era preciso!

–Cierto -afirmó Calhoun-. No habría sido prudente dejar wealdianos en Orede con la cabeza cortada. Ni tampoco vivos, para que pudieran hablar del rumor de la presencia de pieles-azules. Aunque ahora es posible que les corten la cabeza. ¿No es ése el programa?

Maril se estremeció.

–No. Se les racionarán los alimentos, como a todo el mundo. Y la

gente los vigilará. Los wealdianos esperan morir de la plaga de un momento a otro, ahora que están en contacto con los darianos. Por eso la gente les mira y se echa a reír. Aunque la cosa no tiene ninguna gracia.

–Es natural -comentó Calhoun-, aunque sea una falta de caridad. ¡Mire! ¿Qué hay de esos astronautas? Los necesito para una tarea que me baila por la cabeza.

Maril se retorció las manos.

–Venga por aquí -dijo en voz baja.

Había un centinela armado en la sala de control de la nave. Había estado vigilando a Calhoun buena parte del día anterior, mientras el científico efectuaba su misterioso trabajo. Salió de guardia, y ya había vuelto a entrar de servicio. Estaba aburrido. Mientras Calhoun no tocase el tablero de control, no tenía por qué mostrar interés. Ni siquiera volvió la cabeza cuando Maril abrió la marcha hasta el interior de la cabina dormitorio y cerró la puerta tras Calhoun.

–Los astronautas vienen ya -dijo ella, con rapidez-. Traerán consigo varias cajas. Le pedirán que les instruya para poder conducir mejor esta nave. Se perdieron durante la vuelta de Orede… Es decir, no se perdieron, sino que perdieron tiempo, quizá tanto casi como para hacer un viaje extra para traer más carne. Necesitan más experiencia. Me he adelantado a asegurarles que lo que usted les enseñará será lo apropiado y conveniente.

–¿Y bien? – dijo Calhoun.

–¡Están locos! – exclamó Maril, vehemente-. Saben que Weald, tarde o temprano, hará algo monstruoso. Pero van a intentar evitarlo adelantándose, ¡y siendo más monstruosos todavía! No están todos de acuerdo, pero sí la mayoría. Por tanto, quieren utilizar su nave. Esta nave… dicen que es más rápida en superimpulsión, etc. E irán a Weald en este navío y… dicen que darán a los wealdianos algo que les mantenga ocupados y sin ganas de molestarnos.

–¡He aquí el pago que recibo por sentir demasiada simpatía hacia los pieles-azules! – dijo secamente Calhoun-. Pero si hubiera pasado un par de años con hambre, y me sintiera despreciado por los que me tienen hambriento, supongo que reaccionaría de la misma manera. No, no me diga qué es lo que preparan -se atajó, al ver que la muchacha abría los labios para volver a hablar-. Dadas las circunstancias y considerándolo todo, sólo pueden preparar una cosa. Pero dudo sinceramente que diese resultado. Está bien.

Abrió la puerta y regresó a la sala de control. Maril le siguió.

–He estado trabajando en otro problema, aparte del de la alimentación -dijo Calhoun, recalcando las palabras-. No creo que ahora sea la mejor ocasión de hablar de eso, pero me parece que logré resolverlo.

Maril volvió la cabeza y se puso a escuchar. Se oían pisadas en el alquitranado exterior. Las dos puertas de la escotilla estaban abiertas. Entraron cuatro hombres. Eran jóvenes que no parecían tan hambrientos como la mayor parte de los darianos, pero había un motivo para ello. El jefe hizo las presentaciones. Eran astronautas, los mismos que habían traído la carne de Orede. Según dijo el jefe, no eran pilotos lo bastante buenos. Pasaron de largo su punto de destino. Salieron de superimpulsión demasiado lejos del rumbo. Necesitaban instrucción.

Calhoun asintió con la cabeza y observó que él había preguntado por ellos. Eran, claro, pieles-azules. En uno de ellos, el único desfiguramiento visible era un retazo azul sobre la muñeca. Otro tenía una marca azulada que aparecía junto al ojo y se extendía hasta la sien. Un tercero tenía un trozo blanco en la cara y el resto de la cabeza azul sucio. El cuarto tenía azules los dedos de una mano.

–Tenemos órdenes de venir a bordo y aprender de usted cómo manejar esta nave -dijo tranquilo el jefe-. Es mejor que la nuestra.

–Pregunté por ustedes -repitió Calhoun-. Tengo una idea que les explicaré sobre la marcha… ¿Y esas cajas?

Alguien pasaba unas cajas de hierro a través de la escotilla de entrada. Uno de los cuatro las colocaba dentro con el mayor cuidado.

–Son raciones de comida -dijo el segundo joven-. No vamos a ninguna parte sin nuestras raciones… excepto, claro está, a Orede.

–Orede, sí. Creo que el otro día nos enredamos a tiros mutuamente allí -dijo Calhoun con placidez-. ¿Verdad que sí?

–Sí -respondió el joven.

Ni se mostraba cordial ni antagónico. Sólo impasible. Calhoun se encogió de hombros.

–Entonces podemos despegar inmediatamente. Esto es el conmutador y aquí está el botón. Pueden llamar a la torre y preparar el ascenso mediante el rayo conductor, cuya rutina no ha cambiado en los últimos doscientos años.

El joven se sentó ante el tablero de control. Con aires profesionales procedió a las maniobras indicadas. Se puso en contacto con la torre de control de aterrizajes, que como es natural, también se utilizaba para los despegues y, al poco, recibía confirmación a su orden de despegue, significando que el Gobierno estaba al corriente de los propósitos de vuelo de sus pilotos. El joven piel-azul aguardó paciente la orden de elevarse. Entonces Calhoun le contuvo.

–¡Quieto!

Señaló la escotilla: ambas puertas se hallaban abiertas. El joven piloto sentado ante el cuadro de mandos enrojeció visiblemente. Uno de sus compañeros cerró y aseguró las puertas.

La nave se elevó. Calhoun vigilaba con aparente desgana, pero

halló ocasión para efectuar una docena de correcciones en las maniobras. Aquél era, con toda presunción, un viaje de adiestramiento sugerido por él mismo. No obstante, cuando el piloto piel-azul debía colocar al navío médico en superimpulsión sin rumbo fijo, Calhoun se puso serio. Insistía en marcar un lugar de destino. Propuso Weald.

Los jóvenes se miraron uno a otro y aceptaron la propuesta. Hizo que el piloto sentado ante los mandos se fijara en la brillantez intrínseca de su sol y que midiese después la que tenía contemplado desde bien fuera de Dará. Le hizo estimar el cambio de brillo esperado al cabo de muchas horas de superimpulsión, si uno salía de ella para efectuar algún cómputo y asegurarse de proseguir en el rumbo deseado.

El primer estudiante piloto piel-azul terminó su turno de servicio con más respeto hacia Calhoun que el que había sentido al empezar la lección práctica. El segundo estaba ansioso de demostrar que era mejor que su antecesor. Calhoun le enseñó a utilizar los mapas de brillantez, mediante los cuales los cambios aparentes en el brillo de las estrellas entre saltos de la superimpulsión podía correlacionarse con ios cambios angulares para dar una imagen tridimensional de los cielos más próximos.

Era un arte altamente necesario, que no había sido desarrollado en Dará, y los presuntos aspirantes a astronautas no tardaron en dejarse absorber por el interés de aquél y otros puntos destacados del pilotaje espacial. Los viajes realizados de Dará a Orede y viceversa les habían hecho comprender que necesitaban ampliar sus conocimientos. Calhoun se dedicó a ello.

No trató de facilitarles las cosas. Tenía hambre, y se enojaba con facilidad. Las observaciones las hacía en tono rimbombante para mostrarse severo y las sugerencias tenían en sus labios el tono de órdenes. Colocó a los cuatro jóvenes por turno a los mandos de la nave, siempre bajo su dirección. Siguió utilizando Weald como punto de destino, pero les propuso varios problemas en los cuales el navío médico salía de la superimpulsión apuntando a una dirección desconocida y con un movimiento de avance anormal, etc., etc.

Hizo que el tercero de sus discípulos identificara Weald en el globo celeste que contenía cientos de millones de estrellas, y que siguiera hacia dicho planeta en un rumbo de superimpulsión. Al cuarto le pidió inopinadamente que computase la distancia a que se hallaban de Weald valiéndose de los datos que le proporcionara la observación directa y sin consultar ningún archivo o registro.

Por aquel tiempo, el primer piloto del turno estaba impaciente por entrar en servicio de nuevo. Calhoun dio a cada uno de ellos una segunda y substanciosa lección. Se las dio, en efecto, muy condensada; pero constituyendo en realidad un curso completo del arte de la

navegación espacial. Sus jóvenes discípulos tomaron el mando en turnos de cuatro horas, con al menos una salida de la superimpulsión en cada turno.

Calhoun hizo crecer en ellos el entusiasmo. Se olvidaron de la molestia de sentirse hambrientos -a pesar de que no estaban acostumbrados al hambre, por haber gozado de comida en abundancia durante sus estancias en Orede-, acuciados por el orgullo de reunir más conocimientos de la profesión que sus compañeros.

Cuando Weald llegó a ser una estrella de primera magnitud, los cuatro no eran astronautas calificadísimos, eso seguro, pero eran mucho mejores pilotos espaciales que al principio. Cosa inevitable, su actitud hacia Calhoun era de respeto. El miembro del Servicio Médico se había mostrado rígido e irritable. Para la juventud, tal combinación es impresionante.

Maril habíase limitado a ser una pasajera tan sólo. En teoría, ella debía comparar las lecciones de Calhoun con las maniobras que éste había realizado cuando estaba solo. Pero Calhoun no hizo nada en aquel viaje -considerándolo bajo el punto de vista de la enseñanza- que fuese diferente a lo efectuado en los dos viajes interplanetarios que Maril había hecho en su compañía.

La muchacha ocupaba la cabina dormitorio durante dos de los seis turnos de cada día del navío. Ella se encargaba de manejar la cocina automática, casi vacía por completo por haber sido confiscados sus alimentos por el Gobierno de Dará. La cantidad de provisiones que de allí se llevaron nada significó para el planeta, pero era prudente que todos en Dará sufrieran el mismo racionamiento.

Al sexto día de partir de Dará, el sol de Weald tenía una magnitud de menos de cinco décimas. El telescopio electrónico podía detectar a sus planetas mayores, especialmente un gigante gaseoso situado en la quinta órbita, con gran albedo. Calhoun hizo que sus alumnos calcularan de nuevo su distancia, destacando la diferencia que podría haber al salir de la superimpulsión si el navío médico hubiera sido mal apuntado tan sólo en un segundo de arco.

–Y ahora -dijo vivaz-, tomaremos café. Voy a graduarles como pilotos. Maril, por favor, cuatro tazas de café.

–¿Jiii? – exclamó Murgatroyd.

El navío médico estaba ocupado por seis personas y Murgatroyd, ocupando un espacio proyectado tan sólo para Calhoun y el tormal. El pequeño Murgatroyd se pasaba la mayor parte del tiempo en su cubil, contemplando con azorados ojillos cómo tantas personas se movían en lo que antes fue una nave espaciosa.

–No hay café para ti, Murgatroyd -dijo Calhoun-. Tú no has tomado lecciones. El café de ahora es para los alumnos que alcanzan la graduación.

Murgatroyd salió de su minúsculo cubil. Encontró su tacita y se la ofreció con insistencia, diciendo:

–¡Jiii! ¡Jiii! ¡Jiii!

–¡No! – contestó rotundamente Calhoun.

Miró a sus cuatro discípulos pieles-azules y ordenó:

–¡Bébanselo todo! Es la última orden que les doy. ¡Desde ahora son ustedes pilotos titulados!

Se bebieron el café con una especie de reverencia. No había ninguno de ellos que no admirase a Calhoun por haberles hecho sentirse orgullosos de sí mismos. Eran, en la actualidad, mucho mejores pilotos que lo que podían haber imaginado cuando habían empezado aquel cursillo.

–Y ahora -dijo Calhoun-, supongamos que ustedes me dicen la verdad acerca de esas cajas que trajeron a bordo. Me aseguraron que se trataba de sus raciones alimenticias, pero no les he visto abrirlas en seis días. Me figuro lo que contienen, pero espero que ustedes me lo confirmen.

Los cuatro parecieron sentirse incómodos. Hubo una larga pausa.

–Es casi seguro que sean cultivos de virus para dejarlos caer en Weald -prosiguió Calhoun con malicia-. Weald planea destruir a Dará, así que algún loco ha decidido que Weald esté demasiado ocupado luchando contra una epidemia en su planeta para dignarse a tomarse la molestia de preocuparse por los darianos. ¿Verdad?

Los jóvenes se agitaron inquietos. Es fácil convertir en fanática a la juventud. Pero era preciso que se les siguiera instigando para conservar el fanatismo. No se les puede dar razones e intentar convencerlos de que antes que nada se deben respeto a sí mismos, y que por tanto deben abandonar todo proyecto tracionero y maligno. En el navío médico no se había hecho la menor referencia a Weald, a no ser para designarlo como punto de referencia para la astronavegación. No se mencionó en absoluto a los pieles-azules como enemigos o amenazas para la Humanidad; sólo se habló de pilotaje espacial. Los cuatro jóvenes eran ahora fanáticos de la navegación, del gobierno de un navío en el espacio.

–Bueno, señor -dijo uno de ellos con pesar-, eso es lo que nos ordenaron hacer.

–Lo prohibo -exclamó Calhoun-. No daría resultado. Hace muy poco tiempo que salí de Weald, ¿recuerdan? Los wealdianos han estado diciéndose que algún día Dará intentaría una cosa así. Tienen hechos preparativos para luchar eficazmente contra cualquier posible contagio que ustedes dejaran caer sobre ellos. Incluso a menudo dicen que eso ha ocurrido ya. No daría resultado. ¡Lo prohíbo!

–Pero…

–En realidad -interrumpió Calhoun-, puedo prohibirlo de manera

efectiva. No es una simple postura mía, más o menos desacorde. Ustedes no harán nada de eso.

Uno de los jóvenes, mirando a Calhoun, asintió de repente. Sus ojos se cerraron. Alzó la cabeza, consiguió abrirlos y su expresión se transformó en azoramiento. Un segundo se dejó caer sobre un sillón.

–¡Estooo esss choocantee! – dijo, alargando las sílabas, y se quedó dormido.

El tercero notó que las rodillas se le doblaban. Les prestó deliberada atención, tratando de mantenerlas rígidas. Pero cedieron como si fueran de goma, y el piel-azul cayó despacio al suelo.

El cuarto dijo con asombro y reproche:

–¿Y se llama usted amigo nuestro?

Se desmayó.

Calhoun, muy sereno, los ató de pies y manos y los colocó cómodamente en el suelo. Maril le contemplababa, pálida, con una mano en la garganta. Murgatroyd estaba agitado.

–¿Jiii? ¿Jiii? – exclamaba con ansiedad.

–No -respondió Calhoun diligentemente-. Se despertarán dentro de poco.

–¡Está usted traicionándonos! – exclamó Maril, en un susurro tenso y desesperado-. ¡Nos va a llevar a Weald!

–No -contestó Calhoun-. Sólo nos pondremos en órbita en su torno. En principio, no obstante, voy a desembarazarme de esos malditos cultivos patógenos encerrados en las cajas. A propósito, están ya muertos. Los maté con ondas supersónicas hace un par de días, mientras celebrábamos una animada discusión acerca de la medida de las distancias con ondas cefeidas de período conocido.

Colocó las cuatro cajas en el sumidero de la nave. Maniobró la palanca. Las cajas fueron arrojadas al espacio desintegradas, convertidas en vapores metálicos y de otras clases. Calhoun se sentó ante el cuadro de mandos.

–Soy un miembro del Servicio Médico -dijo, recalcando las palabras-. No podía cooperar con la difusión de plagas de ninguna manera, aunque si se hubiera tratado de una epidemia útil, la cosa hubiera cambiado. Pero lo importante ahora es no mantener ocupado a Weald con dificultades que aumenten su odio a Dará. Lo importante es conseguir alimentos para Dará. Y con pequeñas cantidades de provisiones nada se soluciona. Lo que se necesita son miles de toneladas o decenas de miles de toneladas. – Hizo una pausa, luego añadió-: ¡Entramos en superimpulsión, Murgatroyd! ¡Agárrate de prisa!

El universo se desvaneció. Las desagradables sensaciones de costumbre acompañaron al cambio. Murgatroyd se escondió.

VI

Una gran parte del firmamento estaba ocupada por el brillante semidisco de Weald, que relucía bajo los rayos de su sol. Tenía casquetes de hielo en los polos y había mares, y el moteado aspecto de la tierra, que mantenía con cuidado y equilibrio la balanza entre bosques y zonas cultivadas, tan efectiva para el control climatológico. El navío médico flotaba libre y Calhoun con cuidado recorrió todas las frecuencias de la radio conocidas por los hombres, para averiguar si alguien llamaba.

Dentro del navío había un relativo silencio. Maril miraba a Calhoun en una especie de desesperada indecisión. Los cuatro jóvenes pieles-azules todavía dormían, aún atados de manos y pies sobre el suelo de la sala de control. Murgatroyd les miraba, y a Maril, y a Calhoun, por turno, y su pequeña y peluda frente se fruncía en un gesto de impotencia.

–No pueden haber hecho aterrizar lo que yo estoy buscando -protestó Calhoun mientras su búsqueda no alcanzaba resultado-. ¡No pueden! Sería demasiado sensato para ellos el haberlo hecho…

–¡Jiii! – exclamó Murgatroyd con vocecita minúscula.

–Pero ¿dónde diablos los habrán puesto? – preguntaba Calhoun-. Una órbita polar sería ridícula. Ellos… -entonces gruñó disgustado-. ¡Oh! ¡Claro! Veamos, ¿dónde estará la torre de aterrizaje?

Trabajó afanoso durante minutos, comprobando la posición de la torre de control wealdiana, que estaba marcada en el mapa del Directorio del Sector, contra el aspecto de los continentes y mares del semidisco tan claramente visible. Descubrió lo que quería. Colocó a la nave a velocidad de sistema solar.

–Desearía haber pensado con sensatez la primera vez -se quejó a Maril-. ¡Y es todo tan evidente! Si usted quiere colocar algo en el espacio que no interfiera con el tráfico, ¿a qué órbita y a qué distancia lo colocaría usted?

Maril no respondió.

–Con toda evidencia -dijo Calhoun-, lo pondría lo más lejos posible de la zona de aterrizaje de las naves que entren al espacio-puerto. Usted lo colocaría al lado opuesto del planeta. Y usted lo pondría en un sitio donde no sería estorbo, donde nadie pueda saber qué hora es del día o de la noche sin tener que calcular bastante. Así pues se le colocaría en órbita de forma que girase en torno a Weald exactamente un día, que fuese su tiempo orbital de veinticuatro horas, ni más ni menos, es decir, le colocaría encima del Ecuador. Y entonces quedaría allí completamente estacionario, por encima de un lugar del planeta, a ciento ochenta grados de longitud con respecto a la torre de aterrizaje, y encima precisamente del Ecuador.

Garabateó en un papel durante un momento.

–Eso significa a sesenta y ocho mil kilómetros de altura, un

centenar más o menos, y… ¡aquí! Y yo que los buscaba en una órbita más próxima…

Gruñó para sí. Esperó mientras la velocidad «sistema solar» empujaba al navío médico la cuarta parte del camino en torno al brillante planeta. La línea del sol poniente se desvanecía, y el semidisco se iba convirtiendo en un círculo completo. Entonces Calhoun escuchó de nuevo por los auriculares y gruñó una vez más, y cambió de curso, y al poco emitió un ruido indicando satisfacción.

Abandonó el control de los instrumentos y atisbó directamente por un ventanillo, manipulando la velocidad sistema solar con gran cuidado.

–¡Jiii! – exclamó Murgatroyd deprimido.

–Deja de preocuparte -le ordenó Calhoun-. Nadie nos ha pedido identificación y hay un trasmisor funcionando, para asegurarse de que nadie caiga dentro de lo que están buscando. Es una gran ayuda, porque queremos entrar, pero con suavidad.

Las estrellas giraron en torno al ventanillo por el que Calhoun miraba. Apareció algo oscuro y luego líneas rectas y curvas exactas. Incluso Maril, desesperada y azorada como estaba, advirtió algo mucho más grande que el navío médico, flotando en el espacio. Lo miró con fijeza. El navío médico maniobró con la mayor precaución. La muchacha vio otro objeto largo. Un tercero. Un cuarto. Parecía haberlos por docenas.

Eran naves espaciales, enormes en comparación al *Aesclipus Veinte*. Flotaban en el vacío como el navío médico. No derivaban. No estaban en formación. Ni siquiera guardaban distancias iguales de una a otra. No señalaban en la misma dirección. Colgaban en el vacío, como derrelictos.

Calhoun condujo su pequeña nave con infinito cuidado. Al poco, sobrevino el más suave de los impactos y un sonido metálico. La zona de visión del ventanillo mostró algo fijo y estacionario, aunque increíble. El navío médico estaba adosado magnéticamente a la vasta superficie metálica combada.

Calhoun se relajó. Abrió un panel de la pared y sacó un traje espacial. Comenzó a ponérselo apresuradamente.

–Las cosas van como una seda -comentó-. No nos han descubierto. De otro modo, nos habrían preguntado por nuestra filiación. Nuestros amigos de allá abajo vendrían en seguida. De todas maneras, voy a descubrir ahora si soy un héroe, o sólo un especialista en armar jaleos…

–Yo no sé qué es lo que ha hecho, excepto… -comenzó a decir Maril vacilante.

Calhoun la guiñó el ojo, mientras se ajustaba en el pecho el traje espacial y cerraba la parte de los hombros.

–¿No está bien claro? – preguntó-. He dado lecciones de astronavegación a estos tipos. Es verdad que no les he ayudado a dejar caer cultivos bacteriológicos sobre Weald… ¡Les traje hasta aquí! ¿Aún no lo ve? Éstas son naves espaciales. Están en órbita en torno a Weald. No van tripuladas, y carecen actualmente de control desde tierra. En realidad, no son más que graneros espaciales.

Pareció considerar completa aquella explicación. Acabó de ajustarse las mangas y los guantes del traje. Se colgó los tanques de aire y los conectó.

–Volveré -dijo-. Espero que con buenas noticias. Tengo razones para sentirme esperanzado, porque estos wealdianos son hombres prácticos. Tienen las cosas bien preparadas y aseadas. Sospecho que encontraré a esos navíos con los depósitos llenos de aire y de combustible, por si acaso Weald lograse hacer algún trato de venta del grano almacenado dentro de ellos. Entonces, no tendría nada más que hacer que instalar tripulaciones en las naves, y partir hacia el destino deseado.

Alzó el casco, descolgándolo del perchero, y se lo colocó. Lo comprobó, leyendo los manómetros de presión de aire, de energía almacenada y otros datos procedentes de los instrumentos en miniatura visibles a través de pequeñas aberturas a nivel de los ojos. Se ató en su torno una cuerda espacial, y para hablar con ella, abrió la placa facial.

–Si nuestros amigos despiertan antes de que vuelva -dijo-, tenga la bondad de apaciguarlos. Me sabría muy mal quedarme estacionado en esas naves espaciales.

Se dirigió pesadamente hasta la escotilla con la cuerda enrollada en un brazo. Se cerró la puerta interior tras él. Un poco más tarde, Maril oyó cómo se abría la exterior. Luego, silencio.

Murgatroyd lloriqueó un poco. Maril se estremeció. Calhoun había salido de la nave para introducirse en la nada. Había dicho lo que buscaba y lo que encontraría, pero estaba a muchos miles de kilómetros de Weald. Uno podía imaginárselo cayendo cientos y cientos de metros, mientras que era imposible hacerse una idea de lo que representaba en la astronavegación una caída de un año luz.

Calhoun caminaba por encima de las planchas de acero en una gigantesca nave espacial que flotaba entre docenas de otras iguales, parecidas a derrelictos y abandonadas en apariencia. Le era posible caminar sin dificultades a causa de las suelas magnéticas de sus botas. A ellas confiaba la vida y, también, a la fina cuerda espacial que servía de nexo entre él y la escotilla del navío médico.

Pasó el tiempo.

Un reloj tictacqueaba a aquel apresurado ritmo de cinco tics por segundo que es costumbre en los relojes desde tiempo inmemorial.

Pequeñísimos y triviales ruidos salían de la cinta magnetofónica destinada a formar ambiente, evitando el profundo silencio que dentro de la nave se haría intolerable. Maril se encontró a sí misma escuchando tensa algún otro ruido más. Uno de los cuatro pieles-azules maniatados se agitó, rezongó y volvió a dormirse. Murgatroyd miró en su torno con aire infeliz, saltó al suelo de la sala de control y luego se detuvo, por falta de sitio dónde ir o de cosa que hacer. Se sentó y empezó, no de muy buena gana, a lamerse las patillas. Maril se agitó.

Murgatroyd la miró con cierta esperanza.

–¿Jiii? – preguntó con vocecita aguda.

La chica sacudió la cabeza. Se había acostumbrado a comportarse como si Murgatroyd fuese un ser humano.

–No -dijo intranquila-. Todavía no.

Pasó más tiempo. Un tiempo largo e insoportable. Entonces se oyeron unos débilísimos chasquidos metálicos. Se repitieron. Luego, de súbito, se oyeron ruidos en la escotilla. Continuaron. Eran rumores de roce.

La escotilla exterior se cerró. La interna se abrió. Una bruma densa y blanca salió de ella. Hubo movimiento. Calhoun siguió a la bruma saliendo de la esclusa. Portaba objetos que habían carecido de peso, pero que de repente se habían convertido en cosas pesadas dentro del campo de gravedad artificial de la nave. Había allí dos trajes espaciales y un conjunto de curiosos paquetes. Los extendió, abrió la placa facial de su casco y dijo con viveza:

–¡Este material está muy frío! ¿Quiere usted, Maril, subir la calefacción?

Comenzó a quitarse el traje espacial.

–Tal como pensaba -dijo-. Los navíos tienen combustible y provisiones. ¡Una gente muy práctica esos wealdianos! Esas naves están dispuestas a partir en cuanto se haya recalentado lo bastante su interior. Un sol de medio grado de cuadrante no irradia suficiente calor para mantener a la nave a una temperatura soportable, cuando el resto del Cosmos está efectivamente cerca del cero Kelvin. Aquí, apunte los calefactores así.

Ajustó los aparatos de calefacción radiante. La niebla desapareció en cuanto funcionaron sus rayos. Pero las partes metálicas de los trajes espaciales brillaban y despedían vapor, y dicho vapor desaparecía en cuestión de centímetros. Estaban tan completa y profundamente helados que condensaban el aire como un líquido, que se reevaporaba para convertirse en niebla, que se calentaba y desaparecía e inmediatamente se veía reemplazada.

–Otra cosa -dijo Calhoun de nuevo, en tanto sacaba sus brazos de las mangas del traje espacial-. Los controles son de tipo corriente.

Nuestros dormidos amigos serán capaces de navegar con esas naves de regreso a Dará sin dificultad, siempre y cuando nadie venga aquí a molestarnos antes de que partan.

Se despojó de las últimas piezas del traje, sacando los pies de las perneras.

–Y traje provisiones de emergencia para todos… -acabó, con tono pesimista-. Pero soy lo suficiente idiota para decir que si las comiese, me sentarían mal… al pensar que en Dará se están muriendo de hambre.

–Pero es que no hay ninguna esperanza para Dará -exclamó Maril-. ¡Ninguna verdadera esperanza!

Calhoun la miró.

–¿Para qué se cree usted que estamos aquí?

Se puso a la tarea de reanimar a sus cuatro recientes discípulos. No fue muy difícil. La dosis mezclada en el café que les hizo beber como ceremonia de graduación -ceremonia que consistió únicamente en beber el líquido negro y desmayarse- permitía el proceso de reanimación. Calhoun tuvo primero la precaución de desarmarles; al poco, los cuatro jóvenes le miraban con ojos airados.

–Solicito voluntarios -dijo Calhoun, jugueteando negligentemente con un desintegrador manual-. Solicito voluntarios. Hay hambre en Dará. Desde cierto tiempo han habido en Weald cosechas inimaginablemente excesivas. En Dará, las raciones alimenticias que reparte el Gobierno apenas sirven para mantenerse en pie. En Weald, el Gobierno ha comprado el grano recogido en exceso para seguir manteniendo los precios altos. Con el fin de evitarse altos costes de almacenaje, se cargó dicho grano en unas anticuadas naves espaciales, que se utilizaron antaño para formar un cuerpo de vigilancia en Dará, y evitar que los darianos partieran de su planeta por el espacio cuando se produjese otra plaga de hambre. Esas naves fueron colocadas en órbita, y ahora estamos adosados a una de ellas. Tiene una carga de dos millones de hectolitros de grano. He traído trajes espaciales, y he puesto el mecanismo de la superimpulsión de esa nave para dar un salto hasta Dará. Ahora pido un voluntario para que lleve esos dos millones de hectolitros de grano a donde hacen muchísima falta. ¿Quién se quiere presentar?

Se presentaron los cuatro. No de inmediato, porque estaban avergonzados de que Calhoun hubiese hecho imposible que llevaran a cabo su plan original y fanático y que ahora les ofreciese algo mucho mejor en compensación. Se sentían furiosos. Pero dos millones de hectolitros de grano significaban que multitud de personas que de ordinario morirían, podrían seguir viviendo.

Por último, de manera truculenta, primero uno y luego otro, asintieron con energía.

–¡Bien! – exclamó Calhoun-. Ahora, ¿cuántos de vosotros se atreven a viajar solos? Tengo un navío granero recalentando. Hay otros más, en abundancia, en torno nuestro. Si cada uno de vosotros es capaz de tomar una nave por sí solo y llevar dos millones de hectolitros de grano a Dará, ¡demostraréis ser unos valientes!

La atmósfera cambió, y de repente le vitorearon por la tarea que les ofrecía. Se sentían todavía incómodos. Él les había mandado y enseñado hasta que se sintieron pilotos capaces, y experimentaron el orgullo de serlo. Luego les rebajó los humos. Pero si volvían a Dará con cuatro navíos enemigos, y cantidades inimaginables de provisiones que servirían para hacer una brecha en el hambre…

Primero había que hacer cierto trabajo, claro. Sólo una de las naves estaba recalentada. Había que entrar en tres más, utilizando los trajes espaciales, y era preciso poner en funcionamiento la calefacción interior para hacer respirable el aire que pudiese existir y, por lo menos, parte de las provisiones almacenadas era necesario descongelarlas hasta una temperatura razonable para que pudieran ser utilizadas durante el viaje.

Luego era necesario inspeccionar el mecanismo de la superimpulsión, y ajustarlo para la longitud del viaje que condujese en un salto directo a Dará, y Calhoun tenía que asegurarse de nuevo que cada uno de los cuatro podría identificar el sol de Dará bajo todas las circunstancias imaginables, y que sería capaz de dirigirse hacia él con la requerida precisión, tanto antes de lanzarse a superimpulsión como después de salir de ella. Cuando todo estuviera cumplido, Calhoun podía esperar razonablemente que llegasen. Pero, sin embargo, tampoco había certidumbre absoluta.

No obstante, al poco, sus cuatro discípulos le estrecharon la mano, con la magnífica tolerancia de los jóvenes que se creen capaces de mayores progresos que los que realizó su maestro. Ya no volverían a hablar por el comunicador, porque sus mensajes podrían ser recogidos en Weald.

Naturalmente, si aquella acción altamente heroica tenía éxito, era preciso que se realizara con la sigilosidad de aquellos antepasados del hombre espacial que, en la India y en las junglas, se dedicaban a cazar serpientes vivas en sus propios escondrijos.

Pasó lo que pareció un largo tiempo. Luego, uno de los navíos giró lentamente sobre un eje invisible. Retrocedió oscilando fuerte y de prisa, buscando el sitio en que apuntar su proa. Un segundo se retorció en su sitio. El tercero puso la marcha más lenta en el sistema motor de impulsión solar para apartarse de los demás. El cuarto…

Una nave se desvaneció. Había entrado en superimpulsión, dirigiéndose hacia Dará, a muchas veces a la velocidad de la luz. Otra. Dos más.

Eso fue todo. El resto de la flota pendía torpemente en el vacío. Y Calhoun, ahora preocupado, repasaba mentalmente las lecciones que había dado en tan patético y escaso número de días. Si los cuatro navíos llegaban a Dará, sus pilotos serían héroes. Calhoun había logrado hacerles sobreponerse a su amarga decepción. Pero hallarían la gloria… siempre que llegaran a Dará.

Maril le miró con ojos extrañados.

–¿Y ahora qué? – preguntó.

–Nos quedaremos por aquí, para ver si sube alguien de Weald a investigar lo que ha ocurrido -contestó Calhoun-. Es siempre posible recoger una señal cuando una nave entra en superimpulsión. De ordinario, nada significa; no hay quien le preste atención. Pero si alguien viene aquí…

–¿Qué?

–Sería lamentable -prosiguió Calhoun. Se sintió de repente muy cansado-. Estropearía cualquier posibilidad de volver y robar más alimentos, como si fuéramos ratones interestelares. Si descubren lo que hemos hecho, esperarán a que lo volvamos a hacer. Puede que incluso se dispongan a luchar… O quizá, con más sencillez, hagan aterrizar al resto de estas naves.

–Si yo me hubiese imaginado lo que usted intentaba -dijo Maril-, me hubiese unido a las lecciones. Pude haber pilotado otra de las naves.

–Usted no lo habría querido -contestó Calhoun, bostezando-. Usted no querría ser una heroína. A ninguna chica normal le gusta eso.

–¿Por qué?

–Korvan -contestó Calhoun. Volvió a bostezar-. Ya le he preguntado acerca de él. Está tratando desesperadamente de alcanzar la aprobación de sus compañeros, los pieles-azules. Todo lo que ha conseguido es desarrollar un modo de morirse de hambre sin dolor. No se sentiría muy tranquilo con una chica que consiguiera que fuese innecesario morirse de hambre. La admiraría educadamente, pero jamás se casaría con usted. Y eso usted lo sabe muy bien.

Maril sacudió la cabeza, pero no era fácil presumir si dudaba de la reacción de Korvan, a quien Calhoun jamás había conocido. Parecía que no, que para él era más importante ella que ninguna otra cosa. Esto último fue lo que Calhoun entendió, lisa y llanamente.

–¡Usted no parece estar buscando ser un héroe! – protestó ella.

–Me gustaría -admitió Calhoun-, pero tengo un trabajo que hacer. Es preciso que lo haga. Es mucho más importante que sentirse admirado.

–Es que usted podría llevar a Dará otro navío -le repuso ella-. Sería de más utilidad para mi planeta que el propio navío médico. Y entonces, todo el mundo se daría cuenta de que el plan había nacido

en usted.

–Ah, pero usted no tiene idea de lo mucho que importa este navío a Dará -exclamó Calhoun.

Se sentó ante los controles. Se puso el casco de auriculares. Escuchó. Muy cuidadosamente, recorrió en los diales todas las extensiones de onda y formas de modulación de amplitud y frecuencia que podía imaginar utilizarse en Weald. No había ninguna mención a la singularidad de comportamiento de aquellos navíos cargados de trigo y cereales que vagaban en órbita, aparentemente inmóviles. Ni siquiera se mencionó nada concerniente a naves. Se hablaba mucho de Dará, y de los pieles-azules, y de la malintencionada lucha política ahora existente, para ver qué partido podía prometer la protección más completa contra los pieles-azules.

Después de toda una hora, Calhoun apagó el receptor e hizo girar el navío médico hasta un punto preciso y exacto que apuntaba hacia el sol en torno al cual giraba Dará.

–Entramos en superimpulsión, Murgatroyd -exclamó.

Murgatroyd se agarró firme. Las estrellas desaparecieron, el universo retrocedió y la nave médica se convirtió en una especie de cosmos propio, dentro del cual no podía entrar ninguna señal, no podía penetrar ningún peligro y en el que no habría otro sonido que aquel pergeñado para impedir que el silencio se hiciese avasallador.

Calhoun bostezó de nuevo.

–Ahora, hasta dentro de un par de días, no tenemos nada que hacer -dijo cansado-, y empiezo a comprender por qué la gente duerme cuanto puede en Dará. Es un modo de no sentir hambre. ¡Y se sueña con comidas tan deliciosas! Aunque… parecer hambriento es un síntoma de elegancia social en Dará.

–¿Vuelve usted? ¿Después de que le quitamos el navío? – repuso Maril, con expresión tensa.

–No he terminado mi trabajo -explicó Calhoun-. Ni tampoco acabó el hambre, y esa hambre tiene un efecto secundario. Si no hubiese pieles-azules no habría hambre, pues se podría comerciar importando los alimentos necesarios. Tenemos que hacer algo para asegurarnos de que ya no habrá más plagas de hambre.

Ella le miró de una forma rara.

–Sería cosa muy de desear -dijo con cierta ironía-. Pero eso no lo puede usted conseguir.

–No, aún no -admitió Calhoun. Luego dijo, con añoranza-: Viniendo hacia aquí no dormí mucho; me tenía ocupado el dirigir un seminario de astronavegación. Me parece que daré una cabezadita.

La muchacha se adelantó y casi con ostentación entró en la otra cabina, dejándole solo. Calhoun se encogió de hombros. Se instaló en una silla que, para permitir al miembro del Servicio Médico romper la

monotonía de la vida en un recinto cerrado e inmutable, se convertía en uno de los lechos más cómodos que pueden imaginarse. Instantáneamente se quedó dormido.

Durante muchísimas horas del tiempo de la nave, no hubo acción o actividad o acontecimiento de ninguna clase de consecuencia imaginable en el navío médico. Muy, muy lejos, años luz más adelante, cuatro navíos cargados de grano marchaban hacia un planeta poblado por hombres pieles-azules dominados por el hambre. Cada navío tenía un piloto piel-azul por toda tripulación, y este piloto además no era experto por completo.

Miles de millones de soles fulguraban con violencia apropiada a sus tipos estelares, en una Galaxia en la que sólo una pequeñísima proporción había sido explorada y colonizada por la humanidad. La raza humana se contaba por cuatrillones en cientos y cientos de mundos habitados, pero el pequeñísimo navío médico parecía la más insignificante de todas las posibles cosas creadas.

Podía viajar entre sistemas estelares y entre macizos de estrellas, pero no era todavía capaz de cruzar el continente de soles sobre el que la raza humana nació y creció. Y entre cualquier viaje entre dos sistemas solares, el navío médico consumía mucho tiempo. Toda esta meditación sería enloquecedora para alguien que no tuviese trabajo que hacer, o fuerzas en sí mismo para mantenerse apartado de esa clase de aniquiladores pensamientos.

En el segundo día, tiempo de la nave, Calhoun trabajó penosamente y, en cierto modo, a disgusto en el diminuto laboratorio biológico. Maril le contemplaba en una especie de silencio meditativo. Murgatroyd durmió la mayor parte del tiempo, con su peluda colita envuelta meticulosamente en torno a su morro.

Hacia el fin del día Calhoun acabó su trabajo. Tenía cuestión de seis o siete centímetros cúbicos de un claro líquido como conclusión del largo proceso de cultivo, examen por microscopio y otra vez cultivo hasta el filtrado final. Miró el reloj y calculó el tiempo.

–Será mejor esperar hasta mañana -observó, y colocó la pequeña cantidad de líquido claro en un lugar de temperatura uniforme dentro del armario de seguridad.

–¿Qué es eso? – preguntó Maril-. ¿Para qué sirve?

–Es parte del trabajo que tengo entre manos -contestó Calhoun. Meditó unos instantes-. ¿Qué le parece si ponemos un poco de música?

La muchacha pareció asombrada. Pero Calhoun ajustó un instrumento colocando una microcinta en él y se instaló cómodamente para escuchar. Entonces se produjo una música tal como la joven jamás había escuchado antes. Era otro ingenio para contrarrestar el aislamiento y la monotonía en los viajes entre planetas.

Para evitar que perdiese su efectividad, Calhoun racionaba la

música también, como otras muchas cosas. Una indulgencia repetida con frecuencia se convierte en hábito, en el sentido de que dicho hábito referente a la música impediría que ésta diese placer especial cuando fuera necesario, pues se notaría a faltar uno de los elementos más preciosos y precisos con que les había dotado el Servicio Médico. Calhoun, deliberadamente, pasaba semanas entre uno y otro de sus registros musicales, consiguiendo así que la música fuese un acontecimiento ansiado y apetecido.

Cuando hubieron escuchado las inquietas sinfonías de Kun Gee, alternándolas con las melodías tranquilizadoras y acariciantes de la escuela de compositores Rim, Maril le miró con una expresión bastante peculiar.

–Creo que ahora comprendo -dijo despacio-, comprendo el porqué usted no actúa como las demás personas. Conmigo, por ejemplo. El modo que tiene usted de vivir le da lo que otra gente desea conseguir alocadamente… más que nada, para dar satisfacción a su vanidad y justificar el orgullo, y hacerle sobresalir de los demás. Pero usted se dedica por entero a su trabajo.

Calhoun meditó en aquellas palabras.

–La rutina del Servicio Médico está estudiada para mantener sana la mente de uno -admitió-. Da muy buen resultado. Satisface todos mis apetitos mentales. Pero hay instintos…

Ella aguardaba. Él no acabó.

–¿Qué es lo que hace usted con esos instintos que ni el trabajo, ni la música ni otras cosas pueden satisfacer?

Calhoun sonrió con malicia.

–Me muestro duro con ellos. No tengo más remedio.

Se levantó y demostró bien a las claras que esperaba que la muchacha entrase en la otra cabina para pasar la noche. Ella se fue.

Fue después del desayuno del siguiente día de la nave cuando sacó la muestra del claro líquido y trabajó largo rato en ella.

–Ya veremos qué resultado da -observó-. Murgatroyd está a mano, en caso de equivocarme. Es un producto perfectamente seguro mientras lo tengamos a él a bordo, y estemos aquí sólo nosotros dos.

Ella contempló cómo Calhoun se inyectaba medio centímetro cúbico del producto bajo su propia piel. Entonces la muchacha se estremeció un poco.

–¿Qué le producirá?

–Eso hay que verlo todavía. – Calhoun se detuvo un momento-. Usted y yo -dijo con sequedad-, haríamos una prueba perfecta para cualquier cosa. ¡Si pilla la misma enfermedad que yo, es que es contagiosa!

La muchacha le miró largo rato sin comprenderle.

Calhoun se tomó la temperatura. Sacó las hojas que eran sus

órdenes de visita, concernientes a cada uno de los planetas sobre los que tenía que realizar una inspección por cuenta del Servicio Médico. Weald tenía su hoja propia. Dará, no. Pero un miembro del Servicio Médico tiene tanta libertad de acción como su buen juicio le permite esperar, incluso aunque eso obligue a no respetar la rutina normal del Servicio Médico. Cuando se ve ante operaciones malamente descuidadas, necesariamente su libertad de acción aumenta. Calhoun comenzó a examinar los folios.

Dos horas más tarde tornó a tomarse la temperatura. Parecía complacido. Hizo un asiento en el diario de a bordo de la nave. Dos horas más tarde, sin embargo, se encontró bebiendo sediento y con aspecto todavía más complacido.

Hizo otra anotación en el libro y, con cierta indiferencia, se sacó una pequeña cantidad de sangre de la vena y llamó a Murgatroyd. Murgatroyd se sometió amablemente a la trivialísima operación que llevó a cabo Calhoun. Éste apartó el equipo y vio a Maril mirándole con una cierta expresión de sorpresa y asombro.

–No le hace ningún daño -explicó Calhoun-. Nada más nacer, hay un lugar diminuto en su flanco que tiene insensibles al dolor los nervios que por allí pasan. Es decir, que no sufre si le pinchas allí. Murgatroyd está bien. ¡Para eso es para lo que sirve!

–¡Pero es su amigo! – exclamó Maril.

Murgatroyd, a pesar de su pequeño tamaño y de su peluda piel, poseía todos los atributos humanos de un animal que vive entre hombres y que, por ello, no tarda en adquirirlos. Calhoun lo miró con afecto.

–Es mi ayudante. No le pido nada que no pueda hacer yo por mí mismo. Pero ambos pertenecemos al Servicio Médico. Y yo hago cosas por él que él no puede hacer para sí. Por ejemplo, le hago café.

Murgatroyd oyó la palabra familiar.

–¡Jiii! – dijo.

–Muy bien -asintió Calhoun-. Haremos un poco.

Hizo café. Murgatroyd se lo tomó en la tacita hecha especialmente para sus patas. En una ocasión se rascó el lugar de su flanco donde no tenía nervios de dolor. Le picaba. Pero estaba perfectamente contento. Murgatroyd estaría siempre contento, siempre y cuando se hallara cerca de Calhoun.

Pasó otra hora. Murgatroyd trepó al regazo de Calhoun y con aire definido se puso a dormir. Calhoun lo molestó lo bastante para sacar un instrumento de su bolsillo. Escuchó el latir del corazón de Murgatroyd, mientras el animalito dormía.

–Maril -dijo-. Tenga la bondad de escribir algo por mí. La hora, y noventa y seis, y uno veinte sobre noventa y cuatro.

Ella obedeció, sin comprender. Media hora más tarde, todavía sin

agitarse para no molestar a Murgatroyd, la hizo escribir otro tiempo y una serie de cifras, muy poco diferentes de las primeras. Media hora más tarde, un tercer juego. Por entonces, puso a Murgatroyd en el suelo, satisfecho.

Se tomó su propia temperatura. Asintió.

–Murgatroyd y yo tenemos una tarea más que hacer -informó a la muchacha-. ¿Quiere usted entrar en la otra cabina durante un momento?

Perpleja, la muchacha hizo lo que se le mandaba. Calhoun sacó una muestra pequeña de sangre de la zona insensitiva del flanco de Murgatroyd. Murgatroyd se dejó hacer con completa confianza en el hombre. Al cabo de diez minutos Calhoun había diluido la muestra, añadiendo anticoagulante, agitando a la perfección, y filtrando hasta conseguir un líquido claro, separando los corpúsculos rojos y blancos. Otro miembro del Servicio Médico hubiese considerado que Calhoun había hecho que Murgatroyd preparase una muestra pequeñísima y espléndida de un suero que contuviese anticuerpos, por si acaso algo se le escapaba de control. Con el preparado podría asistir a dos pacientes.

Pero también un hombre del Servicio Médico habría reconocido que se trataba simplemente de una de aquellas precauciones escrupulosas de todo médico, que las toma cuando utiliza cultivos para conservarlos.

Calhoun apartó a un lado la muestra y llamó a Maril.

–No era nada -explicó-, pero no le hubiese gustado verlo. Simplemente es una muestra más de la rutina del Servicio Médico. Ahora, todo va bien.

No ofreció ninguna explicación suplementaria.

–Prepararé el almuerzo -dijo ella. Dudaba-. Usted trajo alimentos de aquel primer navío de Weald. ¿Quiere que…?

Calhoun sacudió la cabeza.

–Soy un mojigato -admitió-. Lo que pasa en Dará es culpa del Servicio Médico. Antes de mi época, por supuesto, pero sin embargo… me aguantaré con las raciones que todo el mundo come.

La contempló sin entrometerse todo el resto del día. Advirtió que la muchacha estaba un poco ruborosa. Poco después de la cena de aquellas singulares y poco apetitosas raciones dorianas, la joven bebió sedienta. Calhoun no hizo ningún comentario. Sacó una baraja y le enseñó un complicado solitario en el que la aritmética mental y el uso experto de las probabilidades incrementaban la posibilidad propia de ganar.

A medianoche la chica había aprendido el juego y se dedicaba a él absorta. Calhoun podía así examinarla sin llamar la atención y se sintió de nuevo satisfecho. Cuando mencionó que el navío médico

llegaría a Dará al cabo de ocho horas más, Maril apartó las cartas y entró en la otra cabina.

Calhoun tomó el diario de a bordo. Añadió las notas que Maril había tomado por él, del pulso de Murgatroyd y de la presión sanguínea después de la inyección del mismo cultivo que producía fiebre y sed en él mismo y más tarde, sin contacto con él o con el cultivo, en Maril. Al final añadió un comentario profesional:

El cultivo parece haber mantenido sus características normales durante el largo almacenaje en estado esporádico. Revivió y se reprodujo con rapidez. Inyecté cinco centímetros cúbicos bajo mi piel y en menos de una hora mi temperatura era de treinta y ocho grados con ocho décimas. Una hora más tarde era de treinta y nueve grados y nueve décimas. Ese fue su punto culminante. Inmediatamente volvió a lo normal. El único síntoma observable fue un ligero aumento en la sed. La presión sanguínea y el pulso permanecieron normales. La otra persona del navío médico demostró los mismos síntomas, en cuanto al tiempo y a su repetición, sin haber mediado ningún contacto físico.

Se fue a dormir, con Murgatroyd enroscado en su cubil, la cola envolviéndole con cuidado su nariz.

El navío médico salió de la superimpulsión a las 1300, tiempo del navío. Calhoun estableció contacto con la torre de control y no tardó en ver cómo su nave descendía hasta el suelo.

Casi dos horas más tarde, a las 1500, tiempo de la nave, los habitantes de Dará fueron informados por radio de que Calhoun iba a ser inmediatamente ejecutado.

VII

Desde el punto de vista dariano, que era también el de los pieles-azules, la sentencia de. culpabilidad de Calhoun y de su condena a muerte eran bastante razonables. Maril protestó enérgicamente y su testimonio coincidió con la declaración de Calhoun en todos los puntos, pero según la opinión de cualquier piel-azul, ambas declaraciones eran condenatorias.

Calhoun se había llevado al espacio a cuatro astronautas. Ellos eran los únicos pilotos espaciales semiexpertos que poseía Dará. Todavía no se les podía considerar como hombres plenamente capacitados para su profesión. Calhoun mismo pidió verles y sugirió salir al vacío para allí instruirles en los métodos modernos de conducción de naves espaciales.

Hasta allí nada había de reprobable. Calhoun propuso convertirlos en pilotos más competentes; más capaces de conducir una nave a Orede, por ejemplo, para atacar a las ingentes hordas de ganado allí existentes. Pero luego había conducido a Weald su navío médico, cosa inobjetable por parte alguna.

Y antes de la llegada a Weald engañó a los cuatro aprendices de

piloto, dándoles a beber café drogado. También destruyó los letales cultivos bacteriológicos que los pilotos tenían orden de dejar caer sobre Weald. Luego hizo partir por separado a los cuatro estudiantes, según declaraban Maril y él, en enormes navíos atiborrados de grano. Pero nadie, de ninguna manera, creía en la existencia de tales naves.

Nadie creía que aquellos silos flotantes estuvieran tan a mano. Lo único que sabían es que los únicos cuatro pilotos algo expertos que poseía Dará habían sido llevados no se sabe dónde y, según Calhoun, expulsados del navío médico tras haberlos drogado.

De haber recibido los cuatro pilotos las lecciones correspondientes y prometidas, de haberles ayudado o por lo menos permitido sembrar la plaga en Weald y de haberles permitido regresar a Dará, preparados y dispuestos a transmitir sus conocimientos a otros hombres, enseñándoles a manejar las naves espaciales que ahora se construían febrilmente en lugares ocultos del planeta, entonces Dará tendría una remota posibilidad de sobrevivir.

Pero una batalla en el espacio con pilotos sólo parcialmente adiestrados, sería cuanto menos algo azaroso. Mas, sin pilotos entrenados, es decir, careciendo de ellos en absoluto, no sería azaroso, sino que sería algo sin esperanza alguna de éxito. Por tanto, Calhoun, según su propia historia, parecía haber aniquilado toda posibilidad de defensa para Dará, dejando a sus habitantes inermes ante una segura matanza masiva a base de bombas lanzadas por Weald.

Era esto último lo que impedía que alguien creyese en tales objetos maravillosos y propios de cuento de hadas, como los navíos repletos de grano. Calhoun había aniquilado las débiles esperanzas de resistencia de Dará. Weald tenía naves y podía construir o comprar otras más antes que Dará pudiese fabricar apenas una parte de las que necesitaba para su defensa.

Cosa igualmente importante, Weald poseía abundantes y expertos pilotos espaciales para tripular muchas naves, y para adiestrar a otros pilotos o aspirantes. De haber estado desesperados luchando contra la plaga, habrían retrasado la partida de cualquier flota encaminada a exterminar la vida en Dará. Dará habría ganado tiempo para, por lo menos, construir naves con las que salir al paso del enemigo y destruirle antes de que llegase al objetivo.

Pero Calhoun lo había hecho imposible. Si decía la verdad y Weald ya poseía una flota de enormes navíos a los que sólo era preciso descargar del grano y dotarlos de cañones y tripulantes, entonces Dará estaba perdido. Pero si no había dicho esa verdad, Dará estaba igualmente perdido por el acto de Calhoun al privarle de los únicos cuatro pilotos. Por tanto, por todos conceptos, Calhoun debía morir.

Su ejecución tendría lugar en el espacio abierto sito ante la torre de aterrizaje, con las cámaras de televisión transmitiendo el acto a

todos los pieles-azules del planeta. Hombres medio depauperados por el hambre, con retazos de azul-grisáceo en diversos lugares de su piel, le condujeron al centro del mayor espacio libre a nivel del suelo que no era cultivado desesperadamente. Sus expresiones demostraban odio. La amargura y el furor rodeaban a Calhoun como una muralla. A la mayor parte de los darianos les habría gustado ver cómo le mataban de manera apropiada a su atroz crimen, aunque ninguna de las muertes concebibles les satisfaría por completo.

Así que el asunto se trataba fríamente y de manera casi comercial, no quedando nada excepto dar la orden de fuego, cuando los altavoces de la torre de control lo congelaron todo. Uno de los navíos granero de Weald acababa de salir de superimpulsión y su piloto pedía, triunfante, coordenadas para el aterrizaje. La torre de control conectó aquella llamada al circuito de altavoces para que las emisoras que radiaban el acto la retransmitiesen a todo el planeta.

–¡Llamada a tierra! – gritaba en son de triunfo el primero de los pilotos estudiantes a quienes adiestró Calhoun-. ¡Llamada a tierra! ¡El piloto Franz en nave capturada, solicita coordenadas para aterrizar! ¡El propósito del aterrizaje es hacer entrega de dos millones de hectolitros de grano arrebatados al enemigo!

Al principio, nadie se atrevía a creerlo. Pero por las pantallas se pudo divisar al piloto: era persona conocida. ¡Ningún piel-azul viviría lo suficiente para ser utilizado como engaño por los hombres de Weald! A poco, el navío gigante, en su segundo viaje a Dará -el primero tuvo lugar una generación antes, cuando se produjo la acción wealdiana de amenaza de destrucción- apareció como una puntita de alfiler destacándose en el firmamento. Bajó y bajó, y a los pocos instantes apuntó hacia el centro del entramado, en donde Calhoun permanecía ordenadamente en pie, sobre el lugar en que iba a ser ejecutado.

La dotación de la torre de control de aterrizaje condujo a la nave hacia un lado, y sólo entonces Calhoun comenzó a dirigirse con paso indiferente hacia el navío médico posado junto al muro metálico de la torre.

La gran nave tocó el suelo y su puerta de salida giró abriéndose, y el estudiante piloto apareció sonriente y con las manos llevando el grano a puñados. Se reunió allí, al instante, una vocinglera multitud que no cesaba de lanzar a los cuatro vientos sus vítores; la misma multitud que apenas minutos antes clamaba pidiendo la cabeza de Calhoun y esperaba ver cómo el cuerpo del miembro del Servicio Médico se desintegraba en medio de una atroz llamarada.

Ya no odiaban a Calhoun, pero, no obstante, tuvo que luchar para conseguir llegar al navío médico. Los ciudadanos de Dará le rodeaban, exultantes de admiración. Voceaban alabanzas y le gritaban al oído

sus vítores hasta dejarlo medio sordo, y casi le dejaron desnudo al arrancarle pedazos de su atuendo para guardarlos como recuerdo, al palmearle la espalda, al tocarle henchidos de admiración, deseosos de mostrar su gratitud y afecto…, quienes momentos antes estaban sedientos de su sangre.

Dos horas después del primer navío aterrizó el segundo. Dará se sintió enloquecer de alegría nuevamente. Todavía cuatro horas más tarde llegó el tercero. El cuarto tomó tierra al día siguiente.

Cuando Calhoun se enfrentó con el jefe ejecutivo y el gabinete de Dará por segunda vez, su tono y modales fueron muy secos.

–Ahora me gustaría que me proporcionaran a unos cuantos astronautas más para enseñarles los métodos modernos -dijo con rudeza-. Creo que podemos atacar a la flota granero wealdiana una vez más, y comenzar a colocar los cimientos de una flota defensiva. Insisto, sin embargo, en que no debe ser utilizada para el combate. ¡Tenemos que considerar sensatamente la situación! Después de todo, cuatro naves cargadas de grano no pueden acabar con el hambre. Serán de una gran ayuda, pero son sólo el principio de lo que se necesita para una población planetaria.

–¿Con cuánto grano podemos contar? – preguntó un hombre con una mancha azul que le cubría toda la barbilla.

Calhoun se lo dijo.

–¿Cuánto tiempo pasará antes de que Weald pueda tener una flota sobre nuestras cabezas, dejándonos caer bombas nucleares? – preguntó otro, ceñudo.

Calhoun le dio el plazo aproximado.

–Creo que podemos impedir que nos bombardeen si conseguimos la flota de naves granero y unos cuantos astronautas capacitados -añadió, después de dar el dato solicitado.

–¿Cómo?

Se los contó. No era posible narrar con detalle lo que él consideraba comportamiento sensato. Sólo un programa emocional podía ser presentado y aprobado al instante. Todo plan de acción que sea en verdad inteligente, tiene que ser aceptado a bocaditos. Aún así, los militares gruñeron hostiles.

–Nos sobran elementos pesados -dijo uno-. Si utilizamos el cerebro, tendremos más bombas de las que pueda soñar Weald. ¡Podremos convertir a todo aquel planeta en una masa de humeantes cenizas!

–Lo que indudablemente daría a ustedes una cierta satisfacción, pero ni un gramo de provisiones -le respondió acremente Calhoun-. Y son más importantes los alimentos que la satisfacción moral. Ahora voy a partir de nuevo hacia Weald; necesito que alguien construya para mi nave un dispositivo de emergencia, y necesitaré los cuatro pilotos que adiestré y a veinte candidatos más. ¡Y me gustaría que nos

proporcionaran raciones alimenticias decentes! El último viaje trajimos ocho millones de hectolitros de grano; no habrá inconveniente en disponer alimento adecuado para veinte hombres y para pocos días.

Se tardó algún tiempo en construir el mecanismo especial, pero el navío médico zarpó al cabo de dos días. El mecanismo en cuestión era simplemente algo que previniese a la nave de un desastre como el que tuvo lugar en la nave minera de Orede. En esencia, consistía en un tanque de oxígeno líquido, albergado en el espacio dejado por las mercancías que le habían confiscado. Cuando se obligaba a pasar el aire de la nave a través de dicho tanque se producía primero una especie de humedad neblinosa y luego salía CO_2 congelado. Entonces, el aire que fluía por encima del oxígeno líquido reemplazaba al CO_2 por elementos respirables más útiles. Después, la humedad se restablecía en el ambiente cuando el aire se recalentaba de nuevo.

Mientras hubiese oxígeno, se podría tener aire fresco respirable y purificado para cualquier cantidad de hombres. El equipo normal del navío médico bastaba para diez personas, todo lo más. Pero con el mecanismo ideado por Calhoun, en el largo viaje a Weald no faltaría aire para cuatro veces aquella cantidad.

Maril se quedó en Dará cuando el Navío Médico despegó. Murgatroyd protestó agudamente cuando la divisó en el exterior momentos antes de cerrarse las escotillas.

–¡Jiii! – dijo indignado-. ¡Jiii! ¡Jiii!

–No -le respondió Calhoun-. Vamos ya bastante atestados. La veremos más tarde, a nuestro regreso.

Hizo una seña con la cabeza a uno de los primeros estudiantes de piloto, que se apresuró a establecer contacto con la torre de control y con la mayor eficiencia supervisó las operaciones de despegue. Los otros tres compañeros suyos en el primer viaje dieron las explicaciones pertinentes al grupo de novatos que se les había asignado. Calhoun permaneció por allí rondando, escuchando y asegurándose que los instructores no cometieran ninguna equivocación.

Se sentía algo raro actuando como supervisor de un instituto espacial de navegación. No le gustaba. Además de él, otros veinticuatro hombres atestaban el pequeño interior del navío médico. Todos se obstruían mutuamente. Siempre había alguien comiendo, siempre había alguien durmiendo y no era necesario recurrir al funcionamiento de la cinta magnetofónica para evitar que la nave estuviera intolerablemente silenciosa. Pero el sistema de aire funcionaba lo bastante bien, excepto una vez que falló la maquinaria recalentadora y el aire interior se enfrió demasiado antes de que se pudiera reparar la avería.

El viaje a Weald, en esta ocasión, duró siete días a causa del

programa de adiestramiento. Calhoun se mordía las uñas por tal retraso. Pero era necesario que cada uno de los estudiantes hiciera sus pruebas de astronavegación con el sol de Weald como punto de referencia, y computara distancias, y se practicara en las maniobras requeridas. Calhoun, entre tanto, esperaba con ansiedad que los preparativos guerreros en Weald no se hicieran con demasiada rapidez.

Esperaba, sin embargo, que a falta de noticias directas de Dará, los oficiales wealdianos siguieran el curso normal de la política. Ellos habían proclamado que el navío de Orede fue atacado desde Dará. No obstante, se especializarían en medidas defensivas antes de lanzarse al ataque. Primero conseguirían naves patrulleras que localizasen la aproximación de cualquier enemigo, antes de dedicarse a construir una flota destinada a la destrucción de todos los pieles-azules. Era necesario seguir tal rumbo en sus proyectos para satisfacer así las exigencias públicas de defensa del planeta.

Calhoun tenía razón. El navío médico se aproximó finalmente a Weald bajo su propio control. En su anterior viaje había hecho las necesarias mediciones de brillantez, así que las volvió a utilizar. Podrían no ser lo suficientemente exactas, porque alguna mancha solar bastaría para alterar el cálculo en cuanto menos dos cifras decimales. Pero la primera salida de la superimpulsión tuvo lugar lo suficientemente cerca del sistema wealdiano como para permitir que Calhoun localizara sus planetas poniendo al máximo el telescopio electrónico. Apuntó hacia Weald, contando, claro, con la influencia aparente del movimiento de su imagen debido a la limitada velocidad de la luz. Trató de que los saltos de la superimpulsión fueran lo más breves posibles, para salir dentro de aquel sistema solar en una zona interior a la de vigilancia asignada a cualquier patrulla.

Aquello fue suerte pura. Y continuó. Había franqueado la pantalla formada por las naves de vigilancia marchando en indetectable superimpulsión. Por fin se halló a una hora de marcha -a la velocidad de sistema solar- de la flota granero. Al principio no hubo alarma. Como es lógico, los radares localizaron al navío médico como un objeto diminuto en el espacio, pero nadie le prestó atención. No se encaminaba a Weald. Probablemente le creyeron una nave de las de su propia vigilancia; tales equivocaciones son bastante frecuentes.

De nuevo sacó Calhoun trajes espaciales procedentes de uno de los armarios. Los cuatro primeros estudiantes, los veteranos, salieron, acompañando cada uno a un neófito y atándose todos con cuerdas. Calentaron el interior de cuatro de las naves, preparándolas para el viaje interestelar. Poco más tarde eran ocho los navíos dispuestos para partir, cada uno de ellos tripulado por un nuevo piloto, asustado pero resuelto, que aprovechaba el tiempo familiarizándose con los

controles. Después fueron dieciséis. Más tarde, veinte. Luego veintitrés.

Un navío policía salió de Weald a toda velocidad. Iría armado, claro. Subía, subía los más de sesenta mil kilómetros que les separaban del planeta. Calhoun masculló un juramento. No podía llamar a sus discípulos y decirles lo que ocurría; la nave policía estaría a la escucha. Tampoco podía confiar en que aquellos jóvenes inexpertos actuaran de manera racional si percibían la llegada de la nave policía, y ésta intentaba rutinariamente abordar a cualquiera de ellos.

Entonces sintió el soplo de la inspiración. Llamó a Murgatroyd, lo colocó delante del micrófono y ajustó la emisora para transmitir sólo la voz. Aquello era muy familiar para Murgatroyd. Había visto a menudo cómo Calhoun lo utilizaba.

–¡Jiii! – gritó Murgatroyd-. ¡Jiii! ¡Jiii!

Del altavoz salió una voz airada.

–¿Qué es eso?

–Jiii -repitió Murgatroyd con deleite.

El comunicador le hablaba a él. Murgatroyd adoraba tres cosas, por este orden: primera, Calhoun; segunda, el café. Tercera, el pretender conversar como un ser humano.

–¡Identifíquese inmediatamente! – dijo el locutor con tono explosivo.

–¡Jiii-jiii-jiii! – repetía Murgatroyd. Se retorcía de placer y añadía, cambiando de tono-: ¡Jiii!

Los altavoces bramaban.

–¡Llamando a tierra! ¡Llamando a tierra! ¡Escuchen esto! ¡Alguien que no es humano me habla por la radio! Escuchen y díganme, ¿qué puedo hacer?

Murgatroyd se interpuso, exclamando:

–¡Jiii!

Entonces Calhoun condujo despacio su navío médico lejos de la irregular formación de navíos granero aún inmóviles. Era muy improbable que la nave policía llevara telescopio electrónico. Lo más seguro es que sólo poseyera un radar de eco, y así podría únicamente determinar que un objeto de clase desconocida movíase por su propio impulso en el espacio. Calhoun aceleró el navío médico; eso sería la prueba final. Las naves granero estaban entre Weald y su sol. Incluso los telescopios electrónicos del suelo -y dichos telescopios no eran más que aparatos ópticos con amplificación electrónica- no podrían obtener una buena imagen de la nave a través de la atmósfera directamente iluminada por los rayos solares.

–¿Jiii? – preguntaba solícito Murgatroyd-. ¿Jiii-jiii-jiii?

–¿Son los pieles-azules? – inquiría temblorosa la voz de la nave policía-. ¡Tierra! ¡Tierra! ¿Son los pieles-azules?

Una voz gruesa, autoritaria, entró en liza a un volumen mayor.

–¡Eso no es ninguna voz humana! – dijo con aspereza-. Acérquense al navío y envíennos su imagen. No disparen a menos que lo vean dirigirse hacia el suelo.

La nave policía describió un círculo y se dirigió hacia el navío médico. Estaba aún muy lejos de él.

–Jiii-jiii -repetía animoso Murgatroyd.

Calhoun cambió el rumbo del navío médico. La nave policía hizo lo propio también. Calhoun la dejó acercarse más, pero sólo un poco. Con esas maniobras se apartaba cada vez más de los navíos granero.

Apuntó hacia ellos su telescopio electrónico. Vio una figura en traje espacial al exterior de una de las naves, pero bien atada y segura, sin embargo. No era difícil deducir que alguien había tratado de regresar al navío médico, para hacer un informe o recibir órdenes, encontrándose con que éste se había marchado. Volvería dentro y conectaría su emisora de radio.

–¡Jiii! – dijo Murgatroyd.

La voz gruesa estalló.

–¡Oigan! ¡Éste es un mundo ocupado por seres humanos! ¡Si vienen en son de paz, corten sus motores y dejen que se les aproxime nuestra nave policía!

Murgatroyd replicó en un tono interesado pero dudoso. La potente voz siguió atronando. Otra voz de mayor autoridad la reemplazó. Murgatroyd estaba extasiado al tener tanta gente deseando hablar con él. Entonces pronunció lo que prácticamente era todo un discurso. La última de las voces hablaba suave y de manera persuasiva.

–Jiii-jiii-jiii-jiii -decía Murgatroyd.

Uno de los navíos graneros destelló y dejó de estar donde antes estuviera. Acababa de entrar en superimpulsión. Otro. Y otro. De repente empezaron a desvanecerse de dos en dos y de tres en tres.

–Jiii -exclamó Murgatroyd, con una nota de culmunación.

El último navío granero desapareció.

–¡Llamando a la nave policía! – dijo Calhoun con sequedad-. Éste es el navío médico *Aesclipus Veinte*. Estuve aquí hace un par de semanas. Han estado ustedes hablando con mi tormal, Murgatroyd.

Una pausa. Una pausa absoluta. Luego un estallido de profundas y salvajes intemperancias.

–Ya estuve en Dará -dijo Calhoun.

Se produjo un silencio de muerte.

–Hay hambre en Dará -anunció Calhoun de manera deliberada-. Así que las naves granero que tenían ustedes en órbita han pasado a poder de los darianos que se las llevaron a su planeta para alimentarse a sí mismos y a sus familias, los pieles-azules si prefieren llamarlos así. Se estaban muriendo de hambre y no les hacía mucha gracia, cosa

natural.

La exclamación que se oyó es impublicable. Luego, la primera de las voces dijo con acritud:

–¡Está bien! ¡El Servicio Médico se enterará de su intromisión!

–Sí -contestó Calhoun-. Yo mismo presentaré el informe. Tengo un mensaje para ustedes: Dará está dispuesto a pagar cada onza de grano y cada nave granero. Lo pagarán en metales pesados… iridio, uranio, etc.

La voz suave medió, irritada.

–¡Como si fuéramos a permitir que aterrizara aquí nada procedente de Dará!

–¡Ah! Pero hay posibilidad de esterilizarlo todo. Empezando con los metales, el uranio se funde a 1150° centígrados, el tungsteno a 3370° y el iridio a 2350°. Ustedes podrían cargar esos metales, fundirlos en el espacio y luego remolcarlos hasta aquí. ¡Y se puede en la actualidad esterilizar muchas clases de otras materias!

La voz suave estaba furiosa.

–¡Daré parte de esto! ¡Usted se la cargará por su manera de obrar!

–Como estoy seguro de que cuanto digo está siendo grabado -dijo placenteramente Calhoun-, lo único que añadiré es que mi sugerencia es del todo práctica para Weald. Ustedes, los wealdianos, pueden aterrizar en Dará, tomar cuanto crean prudente, como pago al daño hecho por los pieles-azules, claro, y volver a sus naves sin el menor peligro de transportar consigo gérmenes contagiosos. Si tienen la amabilidad de asegurarse una clara grabación de cuanto les diga…

Describió clara y específicamente, con palabras exactas, cómo podía equiparse un hombre para caminar por cualquier área de posible contagio, hacer lo que considerara necesario en plan de saqueo -aunque Calhoun no empleó precisamente esa palabra- y luego volver con sus compañeros sin el menor riesgo de llevar encima los gérmenes o virus de la infección. Les proporcionó los detalles exactos.

–Mi radar me informa que tienen ustedes cuatro naves convergiendo hacia mí para desintegrarme en el espacio -dijo después-. Me voy.

El navío médico desapareció del espacio normal y entró en esa infinita área en la que aparecía diluido, haciendo improbable las constantes físicas por sus extrañas características, plenas de salvaje anormalidad. Porque hay un pequeño detalle: la velocidad de la luz en el espacio comprendido por la superimpulsión todavía no había sido medida. Era demasiado alta. Otra razón: un navío en superimpulsión podía viajar a muchísimas veces la velocidad de 300.000 kilómetros por segundo.

El navío médico hizo eso precisamente. No había nadie a bordo excepto Calhoun y Murgatroyd. Reinaba un amistoso silencio con sólo

los ruiditos de la pequeña ambientación dados por la cinta magnetofónica, y de los que uno apenas hacía el menor caso.

Calhoun disfrutaba al haber recuperado su intimidad. Durante siete días tuvo a otros veinticuatro seres humanos atestando el reducido espacio de las dos cabinas de a bordo, no dejando nunca más de un metro entre un individuo y otro. No era necesario ser un petimetre para ansiar poder estar solo alguna vez.

Murgatroyd se lamía las patillas pensativo.

–Espero que la cosa salga bien -dijo Calhoun-. Pero pueden acordarse, cuando estén sobre Dará, de que yo soy el responsable de que les hayan robado treinta millones de hectolitros de grano. Quizá… es una posibilidad, me escucharán y actuarán sensatamente. Después de todo, hay tan sólo un modo de acabar con el hambre. Y no consiste en repartir treinta millones de hectolitros de comida entre todo un planeta. Y, tampoco, dejando caer miles de bombas atómicas.

Marchando directo, sin pausas para que se ejercitara nadie, el navío médico llegaría a Dará en poco más de cinco días. Calhoun decidió aprovechar ese tiempo para relajarse y descansar. Como principio, se obsequiaría a sí mismo con una verdadera y opípara comida, la primera desde que aterrizara inicialmente en Dará. Luego, al poco, no tuvo más remedio que sentarse a consumir una ración doble de la comida dariana, nada apetecible por cierto. Pero es que en la nave no tenía otros comestibles.

Sin embargo, más tarde, tuvo unos momentos de placer al ver lo que ocurría en el universo normal, no comprendido dentro de la superimpulsión. Soles llameantes y cometas que se cruzaban en su camino, nubes que se formaban y que se disolvían en lluvia, y toda clase de fenómenos meteorológicos contemplados a la ultravelocidad de la superimpulsión, por medio de aparatos especiales que le permitían asomarse al espacio raudo que pasaba junto a la nave, pero sin verse afectados por él. Pensó también que en Weald reinaría el más puro de los pánicos.

La desaparición de las naves granero no se cargaría en el haber de sólo veinticuatro hombres. Se sospecharía de una flota dariana, y con las sospechas vendría el terror, y con el terror la crisis gubernamental. Luego habría el frenético impulso de tomar cualquier nave que partiera para el espacio, y la agitada improvisación de una flota espacial.

Pero además de eso, los técnicos en la guerra biológica defensiva examinarían las instrucciones de Calhoun referentes al equipo con el que los hombres armados podrían aterrizar en un planeta atacado por la plaga y luego salir de él tranquilamente y sin peligro. Los altos jefes militares y del Gobierno llegarían a la conclusión, eminentemente lógica y cuerda, que aunque Calhoun no tomara medidas activas en

contra de los pieles-azules, como ciudadano sensato de la Galaxia estaría de parte de la ley, el orden, la propiedad y la justicia… es decir, del lado de Weald. Por tanto, construirían los trajes anticontagio de acuerdo con las instrucciones de Calhoun y los probarían a conciencia. Funcionarían de manera admirable.

En Dará, mientras Calhoun viajaba con placidez de regreso, el grano se repartía diligentemente y todos los habitantes del planeta veían casi dobladas sus raciones de cereales. Todavía el suministro no era suficiente, pero el alivio era mayúsculo. Se experimentaba una gratitud considerable hacia Calhoun, que como siempre incluía un anticipo por los favores posteriores que él les tenía que hacer. Maril fue varias veces entrevistada, por ser la persona que mejor le conocía, y la muchacha contribuyó a elevar su reputación de hombre ecuánime. Todo esto es lo que ocurría en Dará…

No. Ocurría algo más. Una cosa muy curiosa, también. Se habían extendido unos suaves síntomas que nadie podía catalogar como enfermedad. Duraban unas pocas horas. Una persona se notaba ligeramente febril, la temperatura le llegaba a 39° centígrados y bebía más agua que de costumbre. Luego su temperatura volvía a la normalidad, y se olvidaba de la indisposición. Siempre han habido epidemias benignas. Rara vez se registraban en el historial médico individual o general, porque escasísimas personas recurrían al doctor. Ese mismo fue el caso de aquella.

Calhoun consideró el porvenir inmediato. La flota de naves granero llegaría y descargaría, y volvería a partir hacia Orede; en esta ocasión harían una infinita carnicería de las hordas de ganado salvaje y traerían cantidades increíbles de carne fresca congelada. Casi todo el mundo volvería a probar la carne, lo que sería muy de agradecer.

Luego, las industrias de Dará trabajarían en los pedidos del Gobierno. Una asombrosa cantidad de materias fisionables se vería convertida en bombas -concesión hecha por Calhoun- y las fábricas de plásticos confeccionarían un número apabullante de trajes dobles de dicho material, al estilo de los atuendos espaciales, pero con dobles paredes. Y enormes cargamentos de lingotes de metales pesados serían llevados a la capital del planeta, donde habría algunos cañones y otros materiales de menor cuantía.

Quizá alguien se llevara anticipadamente alguna de esas mercancías menores, pero era harto improbable que eso ocurriese. Nadie excepto Calhoun, sin embargo, habría puesto aquellos géneros juntos y esperado con urgencia a que las cosas salieran bien. Sólo él podía prever un resultado prometedor. En efecto, en el navío médico marchando por el espacio en su cuarto día de viaje, Calhoun pensaba en un posible perfeccionamiento que se podía efectuar en el conjunto total de todos aquellos acontecimientos, cuando se mezclaran unos

con otros.

Regresó a Dará. Maril visitó el navío médico; Murgatroyd la saludó con entusiasmo.

–Algo extraño ha ocurrido -dijo Maril, muy preocupada-. Ya le dije a usted que algunas veces las manchas azules desaparecían en los niños, y luego ni ellos ni sus hijos volvían a tenerlas.

–Sí -respondió Calhoun-, recuerdo que me lo dijo.

–Y usted se acordó de un grupo de virus de Tralee. Entonces afirmó usted que sólo tenían efectividad en las personas que padecían de mala condición física, pero que entonces podían pasar de madre a hijo, hasta que algunas veces desaparecían.

Calhoun parpadeó.

–¿Y bien?

–Korvan -dijo Maril con el máximo cuidado- ha hecho pública la teoría de que eso mismo ocurre con las manchas azules de los darianos. Cree que la gente que casi murió en la epidemia adquirió el virus, y al sobrevivir lo transmitió de manera que los pieles-azules siguieron siéndolo al cabo de pocas generaciones.

–Interesante -dijo Calhoun con indiferencia.

–Pero cuando fuimos a Weald -prosiguió Maril con mayor cuidado todavía- usted trabajaba en no sé qué cultivos biológicos. Escribió varias cosas en el diario de a bordo. Se dio a sí mismo una inyección, ¿recuerda? Y otra a Murgatroyd. ¿No anotó su temperatura y la de Murgatroyd? – se humedeció los labios-. ¿No dijo también que si la infección se pasaba de uno a otro de nosotros dos es que la enfermedad cultivada sería muy contagiosa?

–Eso es muy largo para discutirlo ahora -interrumpió Calhoun-. ¿A dónde pretende usted llegar?

–A eso voy -repuso Maril-. Miles de personas están viendo cómo sus lunares de pigmento se desvanecen. No sólo los niños, sino también los adultos. Y Korvan ha descubierto que esto sucede tras un día febril y en el que se siente mucha sed, para luego encontrarse perfectamente bien. Usted ensayó algo que le puso en ese estado de fiebre y sed. A mí también me pasó, en la nave. Korvan cree que ha habido una epidemia de algo que está borrando las manchas azules de cuantos pillan esa benigna enfermedad. Siempre hay plagas de escasa importancia de las que nadie se da cuenta. Korvan ha encontrado la prueba de que la frase piel-azul no tardará en perder todo su significado.

–¡Asombroso! – exclamó Calhoun.

–¿Es cosa suya? – preguntó Maril-. ¿Inició usted esa inofensiva epidemia que aniquila al virus que nos convertía en pieles-azules?

–¿Cómo puede pensar tal cosa, Maril? – dijo Calhoun, con fingido asombro.

–Porque estuve aquí -contestó Maril, para proseguir en tono casi desesperado-: ¡Sé que usted lo hizo! Pero la cuestión es: ¿va a proclamarlo? Cuando la gente descubra que ya no hay pieles-azules, cuando se entere de que esas marcas infamantes han desaparecido para siempre, ¿les dirá usted por qué?

–Naturalmente que no -repuso Calhoun-. ¿Por qué iba a decir…? –le detuvo, sospechando la verdad-. ¿Acaso Korvan…?

–Él cree que la hipótesis se le ha ocurrido a él -dijo Maril-. Ha encontrado la prueba. Está muy orgulloso. Si usted va a hablar, tendré que decirle a Korvan cómo se le ha podido ocurrir tal hipótesis. Entonces, Korvan se enfadará y se sentirá avergonzado.

Calhoun meditó unos instantes mientras la miraba con fijeza.

–Como haya ocurrido no importa -dijo, por último-. La idea de que alguien lo ha hecho deliberadamente sería conturbadora también. No debiera propagarse. Parece que lo mejor para Korvan es que sí haya descubierto lo que ocurre con el pigmento azul de la piel humana. Pero que no averigüe el por qué.

Ella leyó en su rostro con atención.

–Usted no hace esto como un favor hacia mí -decidió-. Lo que pasa es que lo prefiere así.

Siguió mirándole largo rato, hasta que Calhoun le guiñó un ojo. Entonces la muchacha asintió y se fue.

Una hora después, llegó la noticia de que la flota espacial wealdiana viajaba por el espacio en dirección a Dará.

VIII

Unos pequeños navíos exploradores se adelantaron a la flota principal. En su origen habían sido navecillas de vigilancia, destinadas para el servicio dentro del sistema solar y completamente incapaces de entrar en superimpulsión. Vinieron de Weald transportadas por los navíos de carga, ahora transformados en naves de batalla. Los exploradores volaron bajo, transmitiendo a las pantallas de la flota imágenes de todo cuanto podían ver y que constituyera un objetivo contra lo que disparar. Hallaron la torre de aterrizaje: no contenía ninguna nave mayor que el navío médico de Calhoun, el *Aesclipus Veinte*.

Registraron por doquier. Subieron y bajaron, explorando amplias bandas en la superficie de Dará. Las ciudades del planeta, las carreteras y los centros industriales estaban completamente abiertos a las inspecciones del cielo. Parecía como si los exploradores rastreasen en busca de la flota de antiguos navíos depósito de cereales que Calhoun había dicho que los pieles-azules tomaron y se llevaron. Pero aunque los exploradores los buscaron, no pudieron hallarlos.

Dará no ofreció oposición alguna a las naves. Nada se levantó en el espacio para impedir el registro. Los pequeños navíos exploradores

atravesaron el cielo de cada porción del planeta hambriento, lo mismo mares que tierras, y no pudieron percibir signo alguno de preparativos militares contra su venida. Las enormes naves de la flota principal esperaban, mientras los exploradores informaban monótonos que no veían rastros de la flota robada. Pero la flota robada era el único medio por el que el planeta podía defenderse. Sería inútil entablar una estúpida batalla en el vacío. Pero una flota respaldada por un planeta… eso sí que podría ser peligroso.

Pasaron las horas. La principal flota wealdiana esperaba. No había efectuado ningún movimiento ofensivo. Tampoco había acción defensiva desde el suelo. Con las bombas de fisión, prestas a ser utilizadas en cualquier conflicto actual, aquello era cosa parecida a una pausa embarazosa. Las naves wealdianas estaban dispuestas a bombardear. Sin embargo, se sentían menos ansiosas de verse vaporizadas por embestidas posiblemente suicidas de naves defensoras que pudieran destruirlas al entrar en contacto con sus enemigos.

Pero una flota no puede viajar varios años luz a través del espacio para hacer sólo una mera amenaza. Y la escuadra wealdiana estaba provista de material suficiente para una completa devastación. Podría dejar caer bombas a una distancia de cientos, miles, e incluso decenas de miles de kilómetros. Podía cubrir el mundo de Dará con nubes en forma de hongo, ascendiendo y distendiéndose para formar un palio continuo a la tierra, convertida en una masa de productos de fisión atómica. Y podían luego posarse y matar a todo ser viviente que no hubiera sido destruido por las explosiones. Incluso las criaturas de los más profundos océanos morirían a causa de las partículas con que se contaminaría el agua a propósito.

La flota wealdiana contemplaría su propio poder destructor. Al no encontrar capacidad para defensa en Dará, avanzó.

Pero entonces, un mensaje provino de la ciudad capital de Dará. Dijo que una nave de superimpulsión acababa de avistar a la flota dariana del espacio. La flota dariana marchaba hacia Weald. Estaba compuesta por treinta y siete naves gigantescas. Llevaban bombas en tal y tal cantidad y de tal y tal calidad. A menos que recibieran contraórdenes, dejarían caer sobre Weald sus bombas, ajustadas para que explotasen. Si Weald bombardeaba Dará, no podría darse contraorden. Weald podía hacer lo que quisiera, bombardear Dará, si le complacía. Eso destruiría toda vida en el planeta paria. Pero Weald moriría al mismo tiempo.

La flota cesó en su avance. La situación era de tablas, con pura desesperación en un lado y pura frustración en el otro. Aquél no era modo de acabar la guerra. Ningún planeta podía confiar en el otro, ni siquiera escasos minutos. Si no se destruían simultáneamente, lo que era factible, cada uno esperaría que el otro se lanzase con un ataque

sin aviso en cualquier momento. Por último, tanto uno como el otro mundo perecerían, y el superviviente podría ser el más experto en traición.

Por entonces, el planeta paria hizo una nueva proposición. Enviaría una nave mensajera para detener su propia flota evitando que bombardease, si Weald aceptaba el pago de las naves granero y sus cargamentos. Se efectuaría en lingotes de uranio y tungsteno y oro, si así lo deseaba Weald, incluso añadiendo una indemnización por cuantos daños reclamase Weald.

También se pagaría indemnización por los mineros de Orede que habían muerto por accidente, aunque, hilando muy delgado, quizá por culpa de Dará. Se pagaría. Pero si los wealdianos bombardeaban, el propio Weald se convertiría en una hoguera atómica y la flota jamás encontraría planeta propio al que regresar.

Aquella proposición parecía al mismo tiempo loca y desesperada. Podía permitir a la flota de Weald saquear y traicionar después a Dará. Pero era idea de Calhoun. Pareció plausible a los almirantes de Weald. Sentían sólo desdén por los pieles-azules. Con orgullo, aceptaron la semirrendición.

La radio de Dará dio cuenta del acuerdo, y un rencor fiero y salvaje llenó por completo a la gente del planeta paria. Hubo casi una revolución para insistir en la resistencia, a pesar de que fuese desesperada y fatal. Pero no todos en Dará se dieron cuenta de que acababa de producirse un cambio vital en el estado de cosas del planeta. Sin embargo, algunos sí lo comprendieron. Pero, por otra parte, la flota enemiga ni lo sospechó.

En formación de combate, la flota invasora se extendió por los cielos de Dará, mucho más allá de la atmósfera. Voces ásperas hablaron con increíble arrogancia al personal de la torre de aterrizaje. Un monstruoso navío de Weald aterrizó pesadamente, utilizando los campos de fuerza de la torre de aterrizaje. Tocó el suelo con suavidad. Sus ocupantes parecían aprensivos, pero hambrientos del pillaje que creían ya suyo, a su alcance. El casco exterior del navío sería esterilizado antes de regresar a Weald, naturalmente. Y también la patrulla de desembarco gozaría de adecuada protección.

Los hombres salieron por las escotillas de la nave. Utilizaban los dobles trajes transparentes que Calhoun había sugerido, que habían sido cuidadosamente probados y que ofrecían perfecta protección contra el contagio. Eran trajes dobles de plástico, con tanques de aire dentro de la envoltura flexible interior.

Los hombres que utilizasen tales vestiduras podrían pasear por Dará. Podrían trabajar en Dará. Podrían saquear con impunidad y sin temor a las contaminaciones que afectarían sólo a la parte exterior de los vestidos, y a su regreso a sus naves no tendrían más que

permanecer de pie en las escotillas de aire mientras gases desinfectantes circulaban entre ellos, matando cualquier posible microorganismo de la enfermedad. Luego, para mayor seguridad, cuando el aire de Weald llenase de nuevo la cámara, los hombres quemarían el plástico exterior de su traje y entrarían dentro del navío sin el menor riesgo de ser portadores de plástico contaminado por gérmenes infecciosos.

En cuanto al botín, con toda evidencia podía descontaminarse antes del regreso a Weald. Era posible fundir los metales, en caso necesario. Las piedras preciosas podían esterilizarse. Era un descubrimiento más que satisfactorio el de que los pieles-azules no sólo podían ser vejados, sino también robados. Había sólo un trozo de información, poco importante, que la flota espacial de Weald no había recibido.

Esa información era que las gentes de Dará ya no eran pieles-azules. Había habido una epidemia trivial…

Los ensacados hombres de Weald se dedicaron gustosos a su trabajo. Tomaron a su cargo las operaciones de la torre de aterrizaje, desplazando a los operadores darianos. Por primera vez en la historia, los miembros de la dotación de una torre de aterrizaje utilizaron maquillaje para simular que tenían pigmento azul en sus pieles, porque ya no lo tenían. El grupo de desembarco wealdiano comprobó el funcionamiento de la antena, e hicieron bajar otro navío gigante. Luego otro, y otro.

Grupos de gentes ensacadas con sus trajes espaciales se extendieron por toda la ciudad.

Se veían pilas enormes de metales preciosos, traídos allí para entregarlos y que fuesen transportados a otro planeta. Unos cuantos se pusieron a cargar los lingotes en los depósitos de las naves de Weald. Otros marcharon animosos en busca de botín personal.

Salieron a la vista muy pocos darianos. Se apartaron muy malhumorados de aquellos a quienes vieron. Entraron en las tiendas y tomaron cuanto les apeteció. Luego, vivarachos, se apoderaron del tesoro de los bancos.

Informes triunfantes y desdeñosos fueron dirigidos a las grandes naves todavía en el espacio. Los pieles-azules, decían los informes, estaban desanimados y se mostraban cobardes. Permitían que se les robara. Se mantenían fuera del camino, sin obstruir. Se había observado que la población se marchaba en masa de la ciudad, huyendo porque temían a los grupos de desembarco de las naves. Los pieles-azules habían entregado sumisos todo cuanto prometieron en metales preciosos, pero había mucho más que tomar.

Bajaron más navíos, y más. Algunos de los primeros, fuertemente cargados, se elevaron al vacío y el proceso de descontaminación de sus

cascos comenzó. Se produjeron celos entre las naves del espacio y las que estaban en el suelo. Los primeros navíos aterrizados pudieron elegir el botín. Ahora disputaban acerca de prioridades, desde que la flota de Weald tenía carta blanca para el saqueo. Hubo confusión entre los miembros de las patrullas de desembarco. Desapareció la disciplina. Los hombres con los trajes de plástico actuaban como individuos, buscando en el saqueo su pillaje particular.

Grupos de desembarco armados y vigilantes formaban guardia en torno a la torre de control, claro, pero la ciudad capital de Dará estaba abierta. Los hombres volvían con el botín encontrado a sus naves, que inmediatamente despegaban para dejar sitio a las otras. Muchos se encontraban con que el navío que les trajo ya no estaba. Entonces entraban en los grupos reembarcantes de otras naves. A cada momento habían más y más hombres en embarcaciones a las que no pertenecían, y en cambio otras naves carecían de los miembros habituales de su dotación.

Para cuando la mitad de la flota había aterrizado, ya no se intentaba siquiera mantener una nave en el suelo hasta que hubiera regresado toda su tripulación. Había tripulantes en demasía de otras naves espaciales pidiendo la llegada de su turno en el saqueo. Además, las nóminas de muchos navíos no tenían relación particular con los hombres actualmente a bordo.

Había poco menos de quince naves cuyos depósitos debían ser fumigados pero todavía estaban vacíos, cuando el vigilante gobierno de Dará emitió un nuevo mensaje a los invasores. Pedían que cesara el saqueo. No importaba lo que reclamase Weald como pago, porque ya habían tomado esa cantidad por lo menos cinco veces más. Ahora era el momento de cesar.

Fue divertido. El almirante espacial de Weald ordenó a sus naves que estuvieran alerta para entrar en acción. La nave mensajera que partió para mandar que la flota dariana se mantuviese alejada de Weald, había partido mucho tiempo antes. ¡Era imposible que despegara otra nave ahora! Los darianos podían elegir entre aceptar las consecuencias de la rendición, o que la flota se elevara para bombardearles.

Se pidió con educación que Calhoun fuera llevado a presencia del almirante wealdiano nada más comenzar el jaleo. No estaba en tierra, en absoluto. Todo se hallaba bajo el espléndido control de la fuerza que ocupó la torre de aterrizaje y los terrenos de los alrededores. El almirante del espacio tenía su cuartel general avanzado en el mismo despacho de la torre de aterrizaje. Llegaron informes, se emitieron órdenes, se intercambiaron enérgicos saludos entre los hombres vestidos con aquella especie de sacos de plástico. Todo allí marchaba a las mil maravillas…

Pero entre las naves del espacio cundió el pánico. Los operadores de radio emitieron gritos horrorizados. Se oyeron chillidos. Las comunicaciones inteligibles cesaron. Las naves marcharon locamente de aquí para allá. Alguna se desvaneció en la superimpulsión. Por lo menos otra se lanzó a toda velocidad contra el océano dariano.

El almirante del espacio se encontró a sí mismo al mando de solamente quince naves, los rescoldos de su antigua fuerza. El resto de la flota atravesó un período de locura histérica. En algunas naves duró sólo minutos. En otras, continuó hasta media hora o más. Luego todas prosiguieron el vuelo por encima del planeta, pero ninguna respondió a las llamadas.

Calhoun llegó al puerto espacial con Murgatroyd cabalgando sobre su hombro. Un azorado oficial en traje especial de plástico doble le detuvo.

–He venido para hablar con el almirante -dijo Calhoun-. Me llamo Calhoun y soy del Servicio Médico, y creo que conocí al almirante en un banquete hace pocas semanas. Él me recordará.

–Tendrá que esperar -protestó el oficial-. Hay algunas dificultades…

–Sí -contestó Calhoun-, lo sé. Yo ayudé a prepararlas. Quiero explicarlas al almirante. Necesita saber lo que ocurre, si es que quiere tomar las medidas apropiadas.

Hubo murmullos, sobresaltos. Muchos hombres en trajes de plástico doble, que no tenían idea de lo que funcionaba mal. Alguno aparecía portando contento su botín. Otros se colgaban ansiosos en las escotillas de las naves posadas en el puerto espacial, esperando su turno para soportar los gases corrosivos que descontaminaran sus vestidos, para luego quemar el traje exterior y entrar, cansados y felices, de nuevo en una nave wealdiana. Todos se imaginaban lo ricos que serían a su regreso a Weald.

Pero la situación entera era confusa y muy ominosa. Se discutía a gritos estridentes. No tardó Calhoun en verse ante el almirante wealdiano.

–He venido a explicarle algo -dijo Calhoun con placidez-. La situación ha cambiado; estoy seguro de que se ha dado usted cuenta.

El almirante le fulminó con la mirada a través de la doble hoja de plástico, que le cubría como si fuese el paquete de un regalo de navidades.

–¡Dése prisa! – rezongó.

–Primero -dijo Calhoun-, ya no hay pieles-azules. Una epidemia de no sé qué otra clase ha hecho que las pieles azules de los darianos desapareciesen. Siempre han habido quienes no tuvieron retazos azules. Pero ahora, nadie los tiene.

–¡No diga tonterías! – carraspeó el almirante-. ¿Y qué tiene eso que

ver con esta situación?

–Oh, todo -dijo Calhoun con vez meliflua-. Parece ser que los darianos pueden hacerse pasar por wealdianos cuando les plazca. Es más, se *están* haciendo pasar por hombres de Weald. Se han mezclado con sus soldados, visten trajes de plástico exactamente iguales al que usted lleva ahora. Están subiendo a bordo de sus naves en la confusión del regreso de los saqueadores. Ahora no hay ninguna nave sin ellos, es decir de las que han aterrizado hoy, y por lo menos poseen a bordo unos quince darianos por término medio… quince darianos que ya no son pieles-azules.

El almirante rugió. Luego su rostro se volvió gris.

–No puede llevarse su flota de regreso a Weald -prosiguió Calhoun con suavidad-, si cree usted que sus tripulaciones se han expuesto a portar consigo la plaga de Dará. De todas maneras, no le permitirían aterrizar.

–¡Destruiré…! – dijo el almirante entre dientes.

–No -le repuso Calhoun, de nuevo con gentileza-. Cuando usted ordenó que todos los navíos estuviesen alerta para la acción, los darianos de cada nave soltaron gas del pánico. Sólo necesitaban para hacerlo una serie de bombas pequeñas, de bolsillo. Las llevaban. No tuvieron después nada más que hacer que utilizar los tanques de sus trajes espaciales de plástico, para protegerse contra el gas. Los conservaron a mano. Casi todas las naves de ustedes, me refiero a las tripulaciones, están enloquecidas por el gas del pánico. Permanecerán así hasta que se cambie el aire que respiran. Los darianos se han hecho fuertes en las salas de control de la mayor parte de sus naves. Ustedes no poseen ya ninguna flota. Los pocos navíos que obedecerían sus órdenes… no se atreverán a dejar caer una sola bomba, porque de hacerlo, nuestra flota que ahora sobrevuela Weald lo arrasaría, lanzando cincuenta bombas por cada una que aquí se lanzara. No creo que sea conveniente que ordene usted ninguna acción ofensiva. En su lugar, me parece que será mejor que haga venir a sus oficiales médicos y que se enteren de unos cuantos hechos vitales. No es necesario que haya guerra entre Dará y Weald, pero si ustedes insisten…

El almirante emitió un gemido sofocado. Podía haber ordenado que mataran a Calhoun, pero los hechos acababan de abrumarle, impidiéndole el raciocinio. Los hombres desembarcados de la flota respiraban aire wealdiano llevado en sus tanques. No les duraría mucho tiempo. Si se les hacía regresar a los navíos que todavía permanecían en el espacio obedientes al almirante, los darianos se entremezclarían con ellos. No habría manera de distinguir y separar a los de ambos planetas en tierra firme, porque ello haría necesario la exposición al contacto con los darianos. Lo mismo ocurriría si se llevaba a cabo la identificación a bordo de las naves. Era, pues,

imposible separar a darianos de wealdianos.

–Daré las órdenes -dijo el almirante con voz espesa-. No sé cuáles son sus diabólicos planes, pero… bueno, tampoco sé cómo detenerle.

–Todo lo que se necesita es espíritu abierto- afirmó Calhoun cálidamente-. Hay un equívoco que disipar, que explicar algunos principios de sanidad planetaria y hay que echar por la borda toda una serie de prejuicios. Pero nadie necesita morir por haber cambiado de opinión. ¡El Servicio Médico Interestelar lo ha demostrado una y otra vez!

Murgatroyd, sentado en su hombro, creyó que había llegado el momento de tomar parte en la conversación.

–¡Jiii-jiii! – dijo.

–Sí -asintió Calhoun-. Queremos que se realice con éxito la misión que nuestros superiores nos encomendaron. Por ahora, llevamos bastante retraso.

No fue posible, claro, para Calhoun partir inmediatamente. Tuvo que presidir varias reuniones de los oficiales médicos de la flota y las autoridades sanitarias de Dará. Tuvo que ofrecerles explicaciones, corregir errores y sugerir con delicadeza la clase de experimentos biológicos que habría que hacer para probar a los doctores de Weald que ya no había epidemia alguna en Dará, por lo ocurrido tres generaciones antes.

Tuvo que sentarse junto a un joven doctor dariano en extremo confiado en sí mismo -llamado por cierto Korvan -y que fue lo bastante condescendiente como para demostrarle que la antigua pigmentación azul se debía a otro producto, a un virus que nada tenía que ver con la epidemia y que había sido materialmente barrido por una trivialísima indisposición general, de tales y cuales características.

Calhoun miró al joven con destacado interés. Maril le creía maravilloso, aun cuando en secreto le proporcionara material para su brillante trabajo. El propio Korvan estaba de acuerdo acerca de su maravilloso talento con la chica. Calhoun se encogió de hombros y siguió adelante con su propia tarea.

Se devolvió el botín mutuo y se llegó a un completo acuerdo sobre que los darianos ya no transmitían la plaga, si es que alguna vez la habían transmitido. Especialmente Weald se mostró muy interesado en esa especie de restablecimiento de la «inocencia» y el buen nombre dariano, porque si no lograba convencer a los otros mundos, el propio Weald se vería aislado, junto con Dará, de los planetas vecinos. Una nave mensajera llamó a los veinticuatro navíos que aún sobrevolaban Weald. Muchos serían usados todavía y durante algún tiempo por los darianos para traer carne de Orede. Otros, transportarían más grano de Weald. Claro es que Dará pagaría todos estos servicios. Sería necesario intercambiar entre Weald y Dará misiones comerciales. Sería

preciso…

Pasó toda una semana antes que Calhoun pudiera acudir a su pequeño navío médico y prepararlo para la partida. Incluso a bordo había materias y problemas que resolver. Todas las provisiones de las que las autoridades de Dará se incautaron, eran irreemplazables. Había también muestras biológicas que sustituir, y otras que debían ser destruidas.

Maril visitó de nuevo el navío médico cuando Calhoun estaba casi listo para partir. La muchacha no parecía muy segura de sí misma.

–Me gustaría presentarle a Korvan -dijo, con cierto tono pesaroso.

–Ya le conozco -respondió Calhoun-. Creo que, con el tiempo, llegará a ser un ciudadano prominente. Tiene talento para llegar a serlo.

Maril sonrió muy débilmente.

–Pero usted no le admira.

–Yo no diría tanto -protestó Calhoun-. Al fin y al cabo, a usted le parece deseable, cosa que conmigo no le ha pasado nunca. Me refiero que él le gusta como hombre y yo…

–Usted nunca intentó gustarme -respondió Maril-. Lo mismo que yo tampoco intenté fascinarle a usted. ¿Por qué?

Calhoun extendió las manos. Pero miraba a Maril con respeto. No todas las mujeres habrían sabido encararse con el hecho de que habría por lo menos un hombre que no se decidió nunca a cortejarlas. Era una cosa sencilla que nada tenía que ver con la deseabilidad, el encanto, o cualquier otra cualidad parecida.

–Usted va a casarse con él -dijo Calhoun-. Espero que ambos sean muy felices.

–Korvan es el hombre a quien amo -repuso Maril con franqueza-. Y dudo que él haya mirado nunca siquiera a otra mujer. Sus miras están puestas en los espléndidos descubrimientos que piensa lograr en un próximo futuro. Aunque desearía que no mirara tanto hacia allí.

Calhoun no formuló la pregunta lógica. En su lugar, dijo, pensativo:

–Hay ahí algo que usted podría hacer. Es necesario hacerlo, además. El Servicio Médico en este sector se ha llevado rematadamente mal. Hay cierto número de descubrimientos que es necesario hacer en este planeta. No creo que Korvan se entusiasmara si se los ofreciéramos en bandeja de plata. Pero, repito, es preciso que esos descubrimientos se «redescubran» en esta zona…

–Creo que entiendo lo que quiere decirme -atajó Maril-. Yo dejé caer insinuaciones acerca de cómo desaparecían las marcas azules de la piel, sí. ¿Tiene usted algo preparado para mí?

Calhoun asintió. Rebuscó en una de las estanterías y sacó de ella varios libros.

–Si nos hubiéramos enamorado, Maril, ¡qué equipo más maravilloso hubiésemos formado usted y yo! Lástima. He aquí mi regalo de bodas… que hará usted muy bien en mantener celosamente guardado.

La muchacha le cogió las manos.

–¡Le quiero a usted tanto como quiero a Murgatroyd! ¡Sí! Korvan nunca sabrá nada de estos libros y… llegará a ser un gran hombre. –Después añadió, como a la defensiva-: Pero no creo que los únicos descubrimientos que haga él se deban a insinuaciones mías. Ya verá como hace progresos, e inventa y descubre cosas por su propia cuenta, que luego serán maravillosas.

–De todos modos ya ha hecho un descubrimiento maravilloso -dijo Calhoun-. El más maravilloso de cuantos sean posibles: la ha descubierto a usted. Buena suerte, Maril.

La muchacha se fue sonriendo. Pero tuvo que secarse los ojos apenas salió de la nave.

Al poco rato, el navío médico despegó. Calhoun lo apuntó hacia el siguiente planeta de la lista de cuantos tenía que visitar. Era el último; después regresaría al cuartel general del sector y presentaría un amargo informe acerca de cómo habían sido llevadas las inspecciones sanitarias por sus antecesores en el cargo.

–¡Preparados para la superimpulsión, Murgatroyd!

Entonces las estrellas desaparecieron… y reinó el silencio y la intimidad, y un débil, débil, casi inaudible ruido de fondo, destinado a mantener al navío médico dentro de los límites de lo soportable.

Muchos, muchos días más tarde, el navío salió de la superimpulsión y Calhoun lo condujo en torno a un soleado mundo. A su debido tiempo pulsó el botón del comunicador.

–¡Llamando al suelo! – dijo vivaz-. ¡Llamando al suelo! Navío médico *Aesclipus Veinte* informando de su llegada y pidiendo coordenadas para el aterrizaje. Propósito del viaje: inspección sanitaria. Nuestra masa es de cincuenta toneladas estándar.

Hubo una pausa mientras la onda viajaba miles y miles de kilómetros. Luego el altavoz dijo:

–¡*Aesclipus Veinte*, repita su identificación!

Calhoun la repitió con paciencia. Murgatroyd le contemplaba con ojos brillantes. Quizá esperaba que se le permitiera mantener otra larga conversación con otras personas mediante la emisora de a bordo.

–Se le avisa que cualquier engaño o decepción acerca de su identidad o del propósito del aterrizaje, será gravemente castigado -dijo la voz por el altoparlante-. ¡No nos gusta correr riesgos! Si a pesar de este aviso persiste en querer aterrizar…

–Voy a hacerlo -cortó Calhoun-. Déme las coordenadas necesarias…

Se las dieron. Las anotó. La expresión de Calhoun era ligeramente apenada. El navío médico marchó hacia adelante utilizando la velocidad para viajar por el interior de los sistemas solares. Murgatroyd dijo:

–¿Jiii-jiii? ¿Jiii?

Calhoun suspiró.

–¡Tienes razón, Murgatroyd! ¡Allá vamos otra vez!

FIN